This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

3 3433 05751522 7

Satire, Spanish-American —
Guatemala

476

N°1

Zecc

Plumadas

2

Mariano Zeceña

PLUMADAS

GUATEMALA:
SIGUERE & CIA., EDITORES
1901.

2

Mariano Zeceña

PLUMADAS

NEW YORK
PUBLIC
LIBRARY

GUATEMALA:
SIGUERE & CIA., EDITORES
1901.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
883491A
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
R 1937 L

ULTRA - TEMPORA

CONFERENCIAS

DEL

DR. GREEN

pronunciadas en los días 4 y 5 de febrero del año II.207

DE LA

ERA CRISTIANA,

EN EL

Instituto Antropológico de Bellópolis.

Ultra=Témpora

Prólogo

El entusiasmo verdaderamente inusitado que en esta hermosa ciudad de Bellópolis despertaron las notables conferencias del Doctor Green, nos mueve á emprender la presente publicación, con la seguridad de que habrán de agradecérnosla todos aquellos aficionados á la ciencia antropológica que no pudieron escucharlas.

Estas conferencias, interesantísimas por cuanto aportan un gran caudal de datos y de luz para la solución de numerosos problemas que mantienen divididos á los hombres de ciencia, fueron pronunciadas en los dos últimos días ante inmenso auditorio compuesto por más de setecientas mil personas que difícilmente cupieron en el gran salón de actos de nuestro instituto antropológico.

A medida que el orador las pronunciaba, se trasmitían también por medio del fotófono, á los grandes institutos científicos diseminados por diversos puntos del territorio de la actual confederación yuropiana, antiguamente llamada Europa ó Yuropa; á la Nueva Albión ó sea la China de los antiguos y al vasto imperio africano. De este modo pudieron ser escuchadas á la vez por más de cincuenta millones de personas.

El interés creciente con que han sido vistas por todos los sabios las investigaciones llevadas á cabo en la confederación americana, extendida hoy en los no muy vastos territorios que nos han quedado de lo que

en un tiempo constituyó el continente americano, se ha hecho aún más vivo últimamente debido á las exploraciones que á diario se llevan á cabo.

Los hombres de ciencia de esta hermosa capital de la República, asentada, á lo que parece, sobre las ruinas de una antiquísima ciudad que debe haberse llamado *Jiutemal*, se han apasionado tanto por las investigaciones relativas al conocimiento de las viejas razas humanas, que se reunieron en nuestro instituto antropológico con el objeto de continuar las exploraciones en grande escala y por su cuenta.

Han comenzado las excavaciones, las que se siguen con gran actividad, á unos treinta ó treinta y cinco kilómetros al norte de esta capital, lugar en donde casi puede asegurarse que existió la antigua Bellópolis ó Jiutemal.

Los resultados obtenidos hasta hoy, permiten esperar conquistas más notables para completar el estudio de la remota civilización de estas comarcas. Sobre todo, cuando se logre desecar una inmensa laguna que cubre por completo lo que fue Jiutemal, de la que se ha descubierto ya una pequeña área, estaremos en posibilidad de conocer detalladamente, cómo vivieron los antiguos americanos, "homus-simios," como hoy se les dice, progenitores quizá del hombre actual.

***

El sabio antropólogo Doctor Green, fue llamado por fotófono de la ciudad de París (la misma París de los yuropianos) para pronunciar en nuestro instituto una serie de conferencias, de las cuales presentamos en este

volumen las únicas que le fue dado exponer en los días cuatro y cinco del corriente.

Llegó á Bellópolis hace dos días á las cinco de la tarde del cuatro de este mes, fecha en que se le llamó por la mañana. Sabido es que con nuestro moderno sistema de comunicaciones, un viajero puede llegar hasta nosotros procedente de París, en dos horas. El Dr. Green empleó en el viaje cinco horas porque sus colegas de la sociedad astronómica de Klondike le habían invitado para asistir á un banquete que dieron en su honor.

Es el Dr. Green un sabio cuyos descubrimientos han tenido inmensa resonancia en todos los mundos conocidos de nuestro sistema planetario. Es el inventor del célebre método para trasladarnos al satélite Selenita, llamado antiguamente Luna (hoy dividido en dos partes) y una de las más grandes figuras científicas de estos tiempos. A él debe la humanidad el que al fin hayamos podido comunicarnos con los habitantes de Marte, Júpiter y Saturno por medio de ese maravilloso aparato llamado fotófono, trasmisor de la voz humana á través de millones de leguas; un rayo de la luz solar ó de la artificial es el vehículo!

Sus trabajos astronómicos llamaron tanto la atención hace algún tiempo, que en Marte se fundó una gran sociedad con el objeto de llevar á cabo profundas investigaciones respecto de diversos problemas científicos sobre los que ha sido imposible el acuerdo entre los sabios de nuestro sistema planetario.

Nada podríamos decir acerca de las recientes conferencias del Dr. Green, que no resultara pálido ante los fulgores que despiden. Ellas solas se recomiendan y traen nuevos datos acerca de la remotísima civilización

de Bellópolis en la década de 1890 á 1900 de la Era Cristiana; sobre la literatura, ciencias, artes, industrias, gobierno, etc., de los habitantes de Jiutemal allá en el último tercio del siglo IV y principios del siglo V después de Colombo.

El Dr. Green es joven aún. Apenas cuenta 150 años de existencia. Es de complexión robusta, aunque de pequeña estatura, pues no pasa de tres metros, de una actividad incansable y de un genio poderoso.

La humanidad espera mucho aún del genio, de la ilustración y de la juventud del Dr. Green.

BELLÓPOLIS, 6 de febrero de 11,207 E. C.
Hetche,
SRIO. DEL INST. A. DE BELLÓPOLIS.

ADVERTENCIA.

Nos hemos decidido á traducir estas conferencias directamente del original "volapuk," hoy idioma único en el mundo, al castellano, para dar mayor interés, si cabe, al estudio que actualmente se emprende con ahinco, de las lenguas muertas desaparecidas hace millares de siglos.

EL TRADUCTOR.

Primera Conferencia

TRASTORNOS CÓSMICOS.— ANTIGUOS POBLADORES DEL CONTINENTE AMERICANO.— IRRUPCIÓN YANKI SOBRE JIUTEMAL.— ORIGEN DE LA PALABRA "BELLÓPOLIS."

SEÑORES:

Los siete ú ochocientos periódicos que se publican diariamente en esta suntuosa capital de la República americana, se ocupan desde hace algunos días, en la importante cuestión de averiguar el origen verdadero del nombre "Bellópolis" con que se conoce desde hace millares de años á nuestra gran ciudad. He seguido con muchísimo interés la discusión empeñada, en la que han tomado participación sabios de los más opuestos puntos de nuestro planeta.

El problema no parece encontrarse en estado de ser resuelto definitivamente, apesar de todas las investigaciones llevadas á cabo y de los grandes esfuerzos hechos por la sociedad de filología, auxiliada poderosamente en sus trabajos por la etnográfica. Los más recientes descubrimientos han traído muchísima luz sobre este intrincadísimo problema y permiten abrigar la esperanza de que nos acercamos rápidamente á la verdad.

***

Es un hecho averiguado y que entró ya en el número de las verdades científicas, que allá en remotísimos si-

glos, probablemente cuatrocientos años después de Colombo, lo que hoy forma la confederación americana, constituyó parte de un vasto continente. Se prolongaba éste desde el polo norte, entonces impenetrable talvez á causa de los mares de hielo, hasta la actual "Terra-foguina" ó Tierra del Fuego, paraje que ha conservado su nombre á través de las viscisitudes cósmicas sufridas por nuestro planeta. Grandes y numerosos ríos bajaban de la extensa cordillera que atravesaba al continente á todo lo largo de su costa occidental, ríos que desembocaban en uno y otro mar, entonces llamados *Pacific* y *Atlantic*, según restos que conservamos de unos mapas interesantísimos levantados por los geógrafos de aquella época. No existía como existe ahora, ese hermoso canal de enorme anchura que comunica á uno con otro mar, emplazado sobre parte de un territorio que en aquellas edades era conocido con el nombre de Cuesta Rica ó Costa Rica, como autorizan para creerlo las más recientes investigaciones.

En el mar que hoy llamamos "Mar del Centro," existió un dilatado imperio denominado "meshicano," que se hundió para siempre á causa del mismo diluvio que determinara el choque espantoso sufrido por nuestro planeta contra un astro intruso en nuestro sistema planetario. Choque terrible que transformó completamente la faz de la tierra; hundió territorios vastísimos é hizo aparecer otros, sin que nos sea hoy posible precisar á qué leyes obedeció el fenómeno ni si los cuatro pequeños satélites que alumbran nuestras hermosas noches, constituyeron en un tiempo parte de ese cuerpo celeste que cayó sobre nosotros como una avalancha gigantesca.

ATLANTIC
BELLÓPOLIS
IMPERIO MESHICANO
PUERTO DE LOS YANKEES
LOS YANKEES

Los pedazos de mapas que se han extraído á muchos metros bajo la superficie del suelo, nos dan á conocer que el territorio que entonces se extendía al norte del referido imperio "meshicano," se encontraba habitado en aquellos remotos tiempos, por una raza poderosa de civilización pujante; raza conquistadora, bárbara y brutal, que poco á poco extendió su dominio hasta apoderarse, en virtud de irrupciones sucesivas y paulatinas, de todo el territorio del sur. Esa vasta región, patria entonces del pueblo de los yankis, quedó completamente transformada después del cataclismo; y hoy nos presenta hermosísimos lagos sobre los cuales hemos fundado ciudades flotantes que no hubiera soñado la más rica fantasía de los antiguos pobladores de esa tierra.

Numerosos testimonios, obras de arte y máquinas enteramente destruidas, pero cuyos restos se conservan con cuidado en el museo de Klondike, atestiguan que aquella raza llegó al más alto grado de civilización y de progreso; civilización que fue decayendo desde que el pueblo yanki, olvidando sus tradiciones, haciendo á un lado su sabia política de nación mercantil, comenzó á convertirse en brutal conquistador; á llevar la guerra á pueblos débiles para apoderarse de ellos y por consiguiente á despertar suspicacias y celos entre las otras potencias del mundo. Desde que los yankis quisieron dominar, no por su sabiduría y su comercio sino por sus armas, dieron entrada en sus entrañas al germen de la decadencia: convirtiéronse en pueblo guerrero, levantaron poderosos ejércitos permanentes y escuadras formidables para defenderse de los peligros propios de toda nación conquistadora y absorvente, y hubieron de

JVIA
KFEL
CUT
VOT
TIISI
ROVISXID
MAR PACIFIC
MAR ATLANTIC
CVXIC
UTLX
MAR DEL CENTRO
BELLÓPLI
BRAV

caer en el fatal sistema de mantener la paz en la punta de sus bayonetas. Ya próximo el cataclismo que borró de la haz de la tierra á las antiguas razas humanas, ese pueblo caminaba rápidamente hacia su ruina que habría sido inevitable.

Mas los yankis, como representantes de una raza inteligente, no fiaban el éxito de sus conquistas sólo en el poder de sus armas: dominaban ante todo por sus riquezas y por su genio indiscutible. Ya veremos cómo verificaron sus irrupciones en los otros países del continente americano; y si bien admiraremos su progreso, su civilización, sus instituciones libérrimas y hasta su carácter brutalmente rudo, nos asombrarán también la corrupción, la debilidad, el egoísmo de los pueblos invadidos que no tuvieron valor bastante para rechazar la conquista.

¿Qué naciones fueron las esclavizadas por los yankis en este continente? Se sabe que hace unos ocho ó nueve mil años, todo lo que hoy forma la confederación americana, se hallaba poblada por tres razas que podríamos llamar tipos, y que constituyeron gran cantidad de nacionalidades. Al norte, la raza yanki, raza híbrida, mezcla pujante de distintas y variadas sangres procedentes de Yuropa, predominando la anglo-sajona, como se llamó en aquellos tiempos. En el centro y en el sur dos razas que íntimamente mezcladas, produjeron la americana; razas descompuestas, llenas de vicios y también de grandezas. Estaban en completa decadencia en la época de la conquista yanki. Debe hacerse una excepción del pueblo que habitó un largo territorio del sur denominado entonces Chille ó Chilén. En Chille, también existía la misma raza americana;

pero tan distinta de las demás, tan superior, tan viril y tan sabia, que fue la única que opuso seria resistencia á los yankis y la única que fue capaz de conservar su independencia, la que salió incólume de las tremendas batallas en que los chilenos, unidos á los argentinos (pueblo de la vecindad), admiraron al mundo por su bravura.

En lo que hoy forma el estado de Bellópolis, distrito federal de la confederación americana, debe de haber existido, hace unos nueve mil años, un país regido por jefes absolutos, probablemente indígenas. Bellópolis se llamaba entonces Jiutemal y constituyó una nación de escaso número de habitantes, en la que dominaba por su mayoría, una raza indígena de estas comarcas, raza especial de enanos, bárbara y atrasada y semi-ilota, muy semejante á la ya extinta de los mogoles; una especie de monos que en los albores de la vida en el planeta, deben haber sido los monos "simios" del continente americano.

Llevaban en aquellas remotas edades el nombre de indios; fueron los primitivos propietarios de esta tierra, y parece que después de larga conquista llevada á cabo por una raza superior, los pobres indios, quedando á merced de sus amos, fueron convertidos en esclavos hasta la fecha en que los pueblos bárbaros del norte, llamados yankis, acabaron para siempre con ellos después de convertir en esclavos á los antiguos señores.

¿A qué causas se debió la conquista de los yankis? ¿A qué leyes obedecieron esas irrupciones y porqué motivos los bellopolitas ó jiutemalinos no tuvieron energía bastante para rechazarlas?

Esos movimientos de pueblos sobre pueblos que

quizá fueran determinados en los tiempos primitivos por la lucha por la existencia, se encuentran completamente envueltos en el misterio y perdidos sus detalles más interesantes en la tenebrosa noche de los siglos.

Algo se ha desgarrado el velo que cubre estos secretos, hechos casi impenetrables á causa del cataclismo espantoso que trasformó por completo la faz de la tierra y hundió en el polvo para jamás levantarse, las civilizaciones de cinco mil años.

Datos hay para asegurar que el país de los antiguos habitantes de la Bellópolis post-colombina, se llamó, como creo haberos dicho, Jiutemal, pueblo raro que dio en el prurito de no llamar á las cosas por su verdadero nombre

¿Cómo aconteció que cayese en garras de los irruptores yankis? Los hechos nos han llegado después de millares de siglos, bien obscuros; pero cabe suponer que aquel país, hoy convertido en estado floreciente de la confederación americana, fue disgregándose poco á poco á causa del marasmo y de la corrupción espantosa que invadieron á las clases sociales directoras, fue desangrándose por las llagas que le imprimieron sus vicios hasta entregarse inerme, completamente enervado en manos del yanki.

Ya os hablaré de la antigua civilización de la república de Jiutemal en las postrimerías del siglo IV y principios del siglo V de la era Colombina. Por ahora me basta hacer constar que los jiutemalitas ó jiutemalinos, como es probable que se llamaran los antiguos dueños de estas comarcas, parecen haber constituido un pueblo semi-bárbaro en comparación con el nuestro, si se atiende á su extraño sistema de organización social.

Nuestras sociedades no saben lo que son esos fenómenos horrendos que devoraron á las generaciones pasadas. No conocemos el pauperismo ni sabemos lo que es tiranía. La palabra autocracia se introdujo en nuestros diccionarios hasta que la encontramos usada entre los antiguos habitantes de la tierra, costándonos grandes esfuerzos llegar á conocer su terrible significación. No podemos pues, tener una idea completa de las miserias de los pueblos, de la injusticia, ni siquiera del despotismo ni de la tiranía que consisten en erigir en ley soberana la voluntad del monarca en cuya persona están reunidos todos los derechos y todas las facultades, hasta las de arrebatar la propiedad y la vida á sus vasallos!

El pueblo jiutemalita fue cayendo poco á poco en la más terrible de las impotencias: la impotencia moral. Despedazadas las nociones del bien y del mal para ser puestos en su lugar principios egoístas y doctrinas del más feroz utilitarismo; sacrificadas las ideas claras de la conciencia y del deber en beneficio de conveniencias transitorias y de doctrinas del más puro utilitarismo, los vínculos morales se relajan, el patriotismo se obscurece y todos los lazos de derecho y de justicia se rompen, dejando en cambio un fatalismo desconsolador, una indiferencia criminal, que no puede dar más frutos que la ruina y la descomposición de las sociedades. Algo semejante debe de haber pasado en Jiutemal y en los demás pueblos congéneres por los años de 1920 á 1930 de la Era Cristiana. Eso debe de haber sucedido por que de otra suerte no se explica que tan fácilmente el conquistador extendiera sus dominios y se apoderara de pueblos capaces de

oponer resistencia y de pelear con denuedo por su libertad.

Respecto de Jiutemal, parece haber influido muchísimo en su descomposición moral, la crisis económica que sufriera tres ó cuatro años antes de la conquista yanki, verificada de 1935 á 1940. ¡ Cuan cierto es que los principios morales y las fuerzas internas determinantes de las acciones humanas, descansan muchas veces en leyes científicas externas, perceptibles y perfectamente formuladas ! La miseria y la pobreza, que son un mal, tienen de acarrear con frecuencia el relajamiento de nociones morales que se consideran inconmovibles en la conciencia de un pueblo. Una crisis económica tiene de peligroso que conduce al egoísmo y también al olvido de los preceptos más elementales, y hasta á la corrupción de la dignidad humana, pues que la vileza se encareta con el nombre de patriotismo, el robo con el nombre de negocio, la desvergüenza con el de necesidad, y á la injusticia y á la cobardía se las llama, por convención tácita y monstruosa de todos, virtudes indispensables.

No sé yo hasta qué grado la crisis económica atravesada por los jiutemalitas engendró tan gravísimos males. Pero fácil es suponer que atrajera daños inmensos, dado que aquellos hombres habíanse acostumbrado al lujo, á la vida ostentosa y al boato, cuando cayó sobre ellos, como un azote vengador, la inmensa desgracia de la miseria, más terrible cuanto que menos se la espera, más desesperante por cuanto es más difícil y doloroso desprenderse de las delicias que proporcionan las fortunas.

Que esa crisis existió determinada por causas igno-

radas entre los jiutemalitas, no cabe dudarlo: hay datos fehacientes que nos lo demuestran de manera contundente. La plata y el oro desaparecieron para dar paso al régimen de la moneda de papel. Quizá vosotros no sabéis lo que ésto significa por que hoy, dado nuestro sistema de organización, no existe ese cuerpo, esa riqueza típica que servía en los tiempos antiguos para realizar el cambio de unas riquezas por otras riquezas: la moneda. Pues bien: usábase en el mundo una moneda fabricada con metales preciosos (que así llamaban á la plata y al oro), cuerpos hoy apreciados, no como riqueza sino como materiales necesarios en ciertas industrias. El primer fenómeno de la crisis consistió en el desaparecimiento de esa moneda; pero como había necesidad de ella, por que sin ella era imposible el tráfico, los jiutemalitas hubieron de caer ineludiblemente en el sistema de fabricarlo de papel, el cual era una pasta blanca hecha con cortezas de árboles ó con los productos de un arbusto que llamaban *algodón*.

¿Porqué llamaron *guacamules* á esas monedas de papel? Aún no se ha descubierto. Parece la hipótesis más verosímil la de que arrancaron el nombre del árbol denominado *guacate*, de que fabricaban ese papel especial para la moneda, árbol desaparecido ya de nuestros bosques.

Sea por estas ó por otras causas ignoradas, el hecho es que los jiutemalitas empezaron á corromperse y á desorganizarse, preparando ellos mismos el campo para ser absorvidos por otra raza más pujante, más civilizada y más activa. No quisieron regenerarse ni abandonar los caminos extraviados, y prefirieron la vida

vergonzosa del esclavo á morir por la independencia que les legaron sus abuelos como un depósito sagrado.

El pueblo norte de los yankis, tenía sus ojos de águila fijos en la apetitosa comarca jiutemalina. Por medios hábiles y ateros fue logrando acaparar las principales industrias del país, valiéndose al efecto de unos agentes comerciales muy poco escrupulosos y muy listos en la compra de conciencias y á quienes llamaban *judíos*, nombre con que se designaba á la especie macho de unos granos muy suculentos denominados *judías*. Por medio de estos judíos lograron los yankis comprar á un precio bajísimo las mejores y más fértiles tierras de los jiutemalitas; apoderarse de una compañia colosal de vapores; y de ciertas empresas de muelles, etc. Fundaron poderosas casas comerciales, establecieron grandes bancos y concluyeron por acapararlo todo, hacerse dueños y señores de la tierra y expulsar ignominiosamente á los anteriores dueños. Desgraciados y miserables dueños que no tuvieron valor, dignidad, patriotismo, ni energía bastantes para regenerarse, fundar la justicia, base de todo progreso, y contener el avance del yanki que los sitió por hambre y por miseria!

***

Enseñoreados los yankis de estas comarcas con aquella actividad asombrosa que fue su rasgo distintivo, fundaron y poblaron hermosísimas ciudades en menos de cinco años, y levataron grandes centros de población hoy completamente hundidos en el abismo y perdidos para siempre de que apenas nos quedan débiles rastros respetados por el cataclismo. Todas las indus-

trias de su país fueron implantadas en la colonia y fundaron la capital de ésta en los extensos llanos de Chicaltenango ó Chimaltenango, viejo nombre jiutemalita de la ciudad de Bellópolis.

Y toco ya, señores, uno de los puntos culminantes de esta conferencia. ¿Porqué se dio el nombre de Bellópolis á esta gran capital? Multitud de versiones á cuales más ingeniosas se han lanzado. Unos sostienen que este nombre trae su origen del idioma hablado aquí entre los jiutemalitas; otros por el contrario, que nació en la época de la invasión yanki y que ha llegado intacto hasta nuestros días Entre los más entusiastas sostenedores de esta última doctrina se encuentra el Dr. Martignan. Según él, Bellópolis se deriva de dos voces *bell* y *polis*. La primera perteneciente al idioma que se habló en la isla yuropiana England y la segunda proviene del greco, lengua también extinta. *Bell* significaba en el habla de los yankis *campana* y *polis* en la greca *pueblo*. De suerte que, según Martignan, significaría "ciudad de las campanas." Y hasta no falta quien suponga, en apoyo de esta teoría, que se la bautizó así porque la primera industria establecida en estas tierras, á la época de la invasión yanki, fue una gran fundición de campanas.

Existen muchas otras hipótesis: se asegura que los antiguos jiutemalitas constituyeron una raza de hombres muy hermosos los cuales se llamaban entre sí "bellos," resultando de aquí que el referido nombre significaría "pueblo de hombres hermosos." En confirmación de esta ingeniosa hipótesis se citan algunas pinturas y retratos hallados en una excavación practicada no hace mucho en el área descubierta de una la-

guna que hoy se está desecando á ocho ó nueve leguas al norte de esta ciudad, excavaciones de que os volveré á hablar en otra ocasión.

Ciertamente que esos retratos, que conservamos en perfecto buen estado en nuestro museo, representan á mujeres hermosísimas. Pero es preciso considerar que el arte fotográfico adquirió un gran progreso entre los jiutemalitas anteriores á la invasión yanki, progreso tan asombroso que la prueba fotográfica bellisima, rara vez se parecía al original.

No ha faltado tampoco quien suponga que en aquellas remotas edades los jiutemalitas llegaron, á consecuencia de sus vicios, á un grado tal de relajación y de vileza que introdujeron en sus costumbres el culto sanguinario de Belo, procedente de las apartadas regiones de la Siria. Así mismo llamaron á su jefe Belo ó Bello como la encarnación viviente de todas las virtudes y de toda la sabiduría del dios; y de aquí el nombre de Bellópolis dado á la ciudad desde donde el autócrata gobernaba á los jiutemalitas. Esta hipótesis no tiene absolutamente dato alguno auténtico que la apoye, por más que se ha pretendido reconocer la residencia del Belo en un suntuoso Palacio de piedra, con altas y esbeltas torres, muchas estatuas y lujosas galerías, asentado sobre una especie de bóveda atestada de restos humanos que suponen ser despojos de los sacrificios hechos para tener propicia á la voluntad divina.

Otra versión ha querido hacerse valer con gran insistencia en estos últimos días, no sé con qué interés. Se supone que los jiutemalitas de 1938 ó 1939 eran hombres que tuvieron todo el cuerpo cubierto de pelo ó *vello*, y que á la época de la invasión yanki, los

conquistadores llamaron Bellópolis á su capital, ó "ciudad de los hombres velludos," significación que dan á ese vocablo.

Esta teoría, como veis, no pasa de ser subjetiva, pues se ha comprobado ya que los jiutemalitas hacía muchos siglos que habían dado el salto del mono americano al indio salvaje ; y del indio salvaje al hombre semi-civilizado que fue la situación en que les encontraron los invasores yankis.

Es fatigoso ir deshaciendo teorías que tienen muy débiles puntos de comprobación. Temo cansaros..... (muchas voces : ¡ no, no ! seguid ! !)..... pues si sois tan bondadosos, permitidme que no deje pasar en el silencio una hipótesis más acerca de este interesante asunto, hipótesis que se acerca algo á la verdad ó parece presentirla. Según esta teoría, formulada por mi distinguido colega el célebre Dr. Mougnose, existió entre los jiutemalitas, muchos años antes de la invasión yanki, un sabio filólogo y publicista que se llamó Andrea Bello. Fue hombre tan notable, que sus compatriotas levantaron colosales estatuas para perpetuar sus méritos. Y para que su gloria fuese imperecedera y para dar á las generaciones futuras un ejemplo elocuentísimo de la manera cómo sabían honrar á sus grandes genios, dispusieron llamar "Bellópolis" á su capital, en memoria de aquel sabio.

Pero con perdón de mi ilustre colega, voy á presentar aquí pruebas concluyentes que desbaratan esa hipótesis, honrosa por cierto para los antiguos adoradores de Belo, según unos.

El sabio filólogo Andrea Bello, no vivió nunca entre los jiutemalitas. Las excavaciones llevadas á cabo

últimamente en la parte sur de la cordillera indina ó andina como antes se decía, á los 23° del paralelo austral, demuestran que aquel ilustre hombre vivió en un territorio llamado antiguamente Chilén ó Chille, poblado por un núcleo de habitantes de civilización poderosa, industrias avanzadas y libertades florecientes, único pueblo de su raza que fue capaz de oponer seria resistencia á la conquista de los yankis, cuando estos emprendieron la hazaña de dominar todo el continente.

Por otra parte, hemos llegado casi al conocimiento completo del carácter y modo de ser de los antiguos jiutemalitas; y el estudio atento de su civilización y de su progreso, nos pone en aptitud de poder asegurar que aquel pueblo nunca honró á sus sabios ni levantó jamás estatuas á sus hombres de genio. Honró y levantó estatuas, ciertamente; pero fue á sus jefes, como lo prueba una aldea completamente aterrada que parece haberse llamado "Varilas," en honor de un hombre que fue supremo mandatario pero no un genio.

Como veis, señores, todas estas versiones son subjetivas y apenas tienen débiles datos que apoyen las hipótesis, sin poder asegurarse de que son la verdad.

Ahora bien ¿cual es entonces el verdadero origen de la palabra Bellópolis? ¿Es un vocablo de creación nueva ó nació por el contrario entre los antiguos habitantes de estas comarcas trasmitiéndose á través de las edades hasta llegar á nuestros días?

Está fuera de duda que esa voz es de origen antiquísimo pues la vemos usada con frecuencia poco después de la irrupción de los yankis sobre estos territorios. Existió entre aquellos un hombre notabilísimo por su

saber y su virtud, dedicado á la investigación de los fenómenos físicos de un agente que llamaban electricidad que es el mismo que hoy comprendemos bajo la denominación general de éter dinámico. Se le llamaba Graham Bell ó Bello. Los yankis, que eran gentes civilizadas y celosísimas de sus glorias nacionales, dispusieron dar á su capital el nombre de este ilustre ciudadano en honor al gran electricista, por manera que el Jiutemal antiguo pasó á llamarse Bellópolis ó pueblo de Bell, bajo la dominación de la raza conquistadora del norte.

Sabido es que el cataclismo espantoso que sufrió nuestro planeta hizo perecer á las razas que lo habitaban. El diluvio terrible y perpetuo que se desencadenó, hizo imposible la vida humana, hasta que los elementos se cansaron de tanto destrozo, dieron de mano á su insana furia y hubo ocasión para que apareciera de nuevo sobre los arruinados continentes de la tierra la actual raza humana, completamente distinta de la desaparecida por cuanto que es más fuerte, más inteligente y sobre todo libre.

Los primeros pobladores de estas regiones, muchos siglos después del cataclismo, fueron progresando asombrosamente, rápidamente. Inventaron la escritura, ya conocida por las razas que nos precedieron en el escenario de la vida ; y después de contínuas investigaciones y de profundos estudios de comprobación, llegaron al fin á convencerse de que en este mismo sitio había existido miles de años atrás, una ciudad que se llamó Bellópolis de la cual quedaban apenas algunos vestigios. La palabreja hizo fortuna ; y aquí tenéis señores, cómo su uso se fue extendiendo por todas partes, hasta

llegar intacta á nuestros días á través de millares de siglos.

Las excavaciones hechas en esta ciudad, asentada como ya os dije, sobre los llanos de la población que en un tiempo se llamó Chimaltenango, han dado por resultado venir al conocimiento de la civilización relativamente avanzada que alcanzaron los yankis. En multitud de restos de monumentos se han encontrado piedras marmóreas y bronces de figuras raras que revelan algún gusto artístico, con la palabra "Bellopolis" grabada con caracteres procedentes de un antiquísimo pueblo situado á miles de leguas de distancia.

***

Veis aquí señores, como en un panorama espléndido y soberbio, el gran proceso de la trasformación que constituye una ley general de la Naturaleza. Todo se renueva sin cesar, todo cambia; y revoluciones tras revoluciones, renacimientos tras inmensos eclipses, la materia rueda, evoluciona á través del tiempo y del espacio sin que se pierda uno sólo de sus átomos. Está intacta, íntegra, tal como salió de las poderosas manos del Creador.

Estos cataclismos de que ha sido teatro inmenso y magnífico el universo, no han hecho sino trasformar á la materia; han sido necesarios para que la ley invariable del progeso se cumpla. Ese cataclismo que dividió al antiguo continente americano, que hundió para siempre al Asia, que hizo pedazos la Yuropa, fue necesario, señores, indispensable para que las nuevas generaciones nacidas sobre el polvo de las razas extintas, vinie-

ran con los gérmenes poderosos de la civilización que hemos alcanzado en nuestro siglo.

El mismo fenómeno se verifica en el orden social. Las leyes de la naturaleza son inquebrantables. Entrañan el castigo de crímenes pasados cuando azotan con furia sobre las sociedades humanas. El castigo de estravíos incalificables y de errores monstruosos. El desaparecimiento de los jiutemalitas para ser convertidos en esclavos del yanki brutal, no fue sino una consecuencia lógica é ineludible de su completa carencia de sabiduría para organizarse; una consecuencia necesaria de la gangrena maligna que se apoderó de aquella civilización; resultado de los principios maleados sobre que se fundó aquella sociedad; producto infalible de la postración moral que hace á los hombres aptos únicamente para la esclavitud y el servilismo.

La conquista yanki entrañó, es verdad, un castigo; pero tambien informó en aquellos remotos tiempos, un bien inapreciable por cuanto que los conquistadores entraron al aprovechamiento, en beneficio de la humanidad, de elementos que los jiutemalitas despreciaban torpemente; por cuanto que los yankis pusieron al servicio del hombre y del progreso campos extensos y fertilísimos, estériles en manos de los jiutemalitas, territorios que no tenían ya derecho á detentar desde el momento en que se declararon incapaces para defenderlos, desde el instante en que el egoísmo y la carencia de ideales, hicieron presa de aquel pueblo para convertirlo en masa dúctil, incapaz de otras emociones que las producidas por el látigo feroz del conquistador brutal.

Y no creáis, señores, que aquel pueblo era bárbaro. Os he dicho que era semi-bárbaro porque su organiza-

cion descompuesta y todos los vicios en fin que se apoderaron de algunas partes del cuerpo social, presentan un cuadro verdaderamente desconsolador que sube de tono al compararlo con la suma de su población. Pero id á analizar su literatura, sus ciencias y sus artes y os asombrará que un país de semejantes aptitudes, haya caído en la disolución y en la ruina, en el abismo espantoso de la esclavitud y de la miseria que fue descendiendo escalón por escalón.

***

La ley del progreso, señores, se cumple en todos los órdenes de la naturaleza. Es una ley ineludible que nos impele hacia adelante; pero su impulso está contrarestado por la ley del retroceso. Son dos caminos los que se presentan al hombre en su carrera: la sabiduría consiste en tener tino para escoger. Las naciones antiguas nos presentan numerosos ejemplos en comprobación de esta tesis. No parece sino que los pueblos fatigados de su penosa marcha hacia adelante, se detienen á veces y toman el camino extraviado, como pesarosas de no haberlo emprendido enérgicamente desde un principio. Tal fenómeno se vió entre los jiutemalitas. La historia de este antiquísimo pueblo nos revela que 70 ó 90 años antes de la conquista yanki, vivió una era de progreso que desapareció como un meteoro, dejando un recuerdo brillante, recuerdo perdido bajo las tinieblas de la autocracia que muy pronto apareció encarnada en la figura de un hombre de genio á quien llamaron Carrera. Me refiero á la época de un célebre Arístides jiutemalita, Gálvez ó

Galvuz que de ambos modos aparece escrito ese nombre en los modernos textos de historia pos-colombina. En la época de Gálvez llegaron los jiutemalitas al apogeo de su grandeza. ¿Sabéis por qué? Pues únicamente porque aquella fue una época de libertad.

Señores: hemos visto cómo, tras un cataclismo que borró de nuestro planeta cuanto de animal existía en él, apareció, en condiciones aptas para un nuevo género de vida, una raza humana completamente distinta de la antigua. Habéis visto cómo el progreso se ha ido realizando á través de millares de siglos. ¿Quién, señores, de los antiguos jiutemalitas reconocería hoy á su patria? ¿Quién de aquellos creería hoy que la actual Bellópolis es la antigua Jiutemal?

Comparad las épocas y sus condiciones y decidme si ello sería fácil. Hoy estamos aquí en una capital de doce millones de habitantes; abandonamos el vapor y la electricidad, pesados elementos de que se valían los antiguos, porque son agentes inútiles para el vuelo de nuestras actuales industrias; caminamos por los aires cual si fuera nuestro elemento natural; nos comunicamos con nuestros congéneres de los demás planetas de nuestro sistema; hemos fundado una gran República en todo el viejo continente americano, y establecimos su capital sobre los escombros y sobre el polvo en que yace la Bellópolis yanki ó el Chimaltenango jiutemalita. Y no contentos con tales maravillas, tratamos de fundar ciudades y naciones en el fondo de los mares por que no basta ya la superficie del planeta para contener el número de sus habitantes. Fundaremos esas ciudades; y cuando ya ni el fondo de los mares sea bastante á nuestras ambiciones, nos apercibiremos or-

gullosamente para una nueva y colosal empresa: la conquista de los otros planetas de nuestro sistema estelario.....

HE DICHO.

Segunda Conferencia

LITERATURA Y BELLAS ARTES DE BELLÓPOLIS. — PROSISTAS, ORADORES Y POETAS DE 1890 Á 1900: RASALAZAR, ABATRES, MONTÚFAR, VALLE, PUJOL, FALLA, PAULINO, ETC.

SEÑORES:

"El mundo marcha," decía en remotísimas edades un sabio francés que se llamó Pelletin y que entonces pronunciaban Pelletán.* "El mundo marcha." Y esta verdad formulada hace millares de siglos, ha venido confirmándose hasta nuestros días en que nos ha tocado en suerte presenciar el desarrollo maravilloso alcanzado por todas las artes merced al poderoso empuje del genio humano.

El mundo marcha con la mirada fija en el porvenir y no nos es dado preveer hasta donde terminará esta carrera incesante en que caminamos vertiginosamente hacia la meta de la civilización.

Tenemos á nuestro servicio á todas las fuerzas de la naturaleza; hemos domeñado al "ananké" de los elementos á los cuales convertimos en dóciles servidores de nuestras necesidades y hasta de nuestros caprichos; hemos conquistado los dominios de la atmósfera y dilatado nuestro imperio hasta las profundidades del oceano; hemos convertido los continentes polares, en

* Pelletán no fue francés. Parece que fue ibero; y su nombre, probablemente, debió pronunciarse tal como está escrito en esta nota. (N. del T.)

una época presas del frío y de la muerte, en tierras fertilísimas de primavera perpetua; hemos establecido comunicaciones con nuestros congéneres de los otros planetas de nuestro sistema; hemos suprimido el trabajo animal porque ya no le necesitamos para la producción de nuestros artefactos ni para la satisfacción de nuestras necesidades; hemos creado la química, imperfectamente conocida por los antiguos habitantes de este mundo; y el vuelo de esta ciencia ha sido tan inmenso, que suprimimos el alimento en la forma sólida y lo ingerimos en la gaseosa por medio de nuestros pulmones; hemos fundado la verdadera libertad desde que abolimos por inútil todo gobierno; hemos avanzado tanto y tanto que hasta somos gigantes corpulentos de larguísima vida comparados con los pigneos que habitaron estas regiones hace ocho ó nueve mil años.

En vano tendemos la mirada buscando el término de nuestro camino: nuestros ojos giran, descubren horizontes siempre nuevos, bellos panoramas siempre extensos; pero nuestra mirada no se detiene en ningún punto: vaga de un lugar á otro buscando, buscando siempre el fin de la jornada sin hallarlo jamás.

Y no satisfechos con las conquistas asombrosas que legaremos á nuestros sucesores, queremos más y descendemos á las entrañas de la tierra para sorprenderla sus secretos. Queremos más: queremos saber cómo vivieron las viejas razas, extintas ya; é investigamos, revolvemos enmarañados escombros y nos transportamos á siete ú ocho mil años atrás de nuestros días; sacudimos las momias rígidas y yertas y preguntamos á montones de esqueletos humanos y á los hacinamientos de ruinas grandiosas, qué fue lo que constituyó su

existencia, cuáles fueron las artes y cuáles fueron las ciencias que se cultivaron, qué dioses adoraron y qué organización política y social tuvieron cuando la fuerza vital les animaba. Y esas ruinas cubiertas con el polvo de mil generaciones y esos esqueletos petrificados por el tiempo y esas momias tiesas y graves, con sus ojos abiertos, inmóviles y sin luz, nos responden con entusiasmo, ponen á nuestra vista un inmenso y magnífico panorama con la esperanza de sorprendernos y maravillarnos como si no estuviéramos á cubierto de todos los asombros y de todas las maravillas!

¿Cuáles son los monumentos literarios de los antiguos habitantes de Bellópolis; qué altura alcanzaron la poesía y la prosa entre los jiutemalitas; qué impulsos tomaron las artes?

Esto es lo que hemos ido á preguntar á los escombros y á las ruinas aterradas; y ellas nos contestan poniendo á nuestra vista las obras y los nombres de los poetas y de los artistas de aquellos antiquísimos pueblos.

Tienen grandísima importancia á este respecto, las excavaciones hechas en la parte desecada de esa gran laguna de que os hablé en mi anterior conferencia. Entre otras cosas dignas de llamar la atención se ha descubierto el ala austral de un edificio de cal y canto de pequeñas dimensiones. Parece haber servido de biblioteca entre los antiguos jiutemalitas, pues se han hallado ricas colecciones de libros impresos en papel, muchos de ellos echados á perder completamente á causa de las filtraciones de la laguna.

Se han encontrado hasta hoy unos trescientos volúmenes, bien que algo deteriorados, aún legibles. Pertenecen á autores jiutemalitas de los años de 1890 á

1900 de la Era Cristiana. Tenemos así mismo algunas colecciones de periódicos y varios folletos de que os hablaré ligeramente.

Los primeros libros extraídos son novelas contemporáneas escritas por los ingenios de aquella época. Descuella entre ellos un célebre doctor R. A. Salazar ó Rasalazar, nombre éste que algunos han supuesto ser el anagrama de otro ó un pseudónimo literario (costumbre entonces muy en boga), por la particularidad que tiene de pronunciarse de igual manera leído por el derecho que por el revés. He tenido ocasión de examinar estos libros y tengo datos ciertos para asegurar que ese nombre no es un pseudónimo ni mucho menos un anagrama, sino el verdadero nombre del autor.

Parece que fue este un personaje importante de su tiempo, químico profundo y literato de alto vuelo, espíritu despreocupado y político de ideas radicales. Como literato nos ha dejado obras meritorias tales como "El Tiempo Viejo," "Conflictos" "Stella" y otras. "El Tiempo Viejo," es una obra en que el autor refiere á sus compatriotas las impresiones de su niñez y el estado político y sociológico de Jiutemal, probablemente unos setenta años antes de la conquista yanki. Llama á Jiutemal, Guatemala, que es una variante poética del verdadero nombre.

Rasalazar fue escritor viril. Su estilo puede llamarse abigarrado, lleno de imágenes brillantes, de metáforas de fuego y de un desaliño encantador. La frase de Rasalazar, llega á la inteligencia y sacude el cerebro, hace vibrar todos sus átomos de modo vertiginoso y el lector se identifica con el autor sintiendo lo que aquel sintió y pensado lo que pensara el filósofo al es-

RAMÓN A. SALAZAR.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
R L

cribir su obra. Aquellas imágenes violentas, momentáneas, os conmueven hasta lo hondo, y reís y gozáis con Rasalazar ó derramáis como él lágrimas de dolor.

Escritor realista en alto grado, observador profundo de la sociedad en que vivió, más poderosa en él la inteligencia analizadora que el sentimiento soñador, describe los sucesos y las cosas tales y como fueron y ni siquiera moraliza: le basta hacer comparaciones para que el ánimo se sienta atraído hacia el platillo que sustenta al *tiempo nuevo*. Porque en el fondo, las obras de Rasalazar son tendenciosas: se dirigen hacia el porvenir y no son sino las piedras de un edificio nuevo, majestuoso y soberbio, cuya sombra envolvió en las tinieblas al pasado..... "El Tiempo Viejo" se resiente de alguna superficialidad. Dado el espíritu analítico de Rasalázar ¡ qué cadenas tan terribles, qué preocupaciones sociales tan poderosas deben de haberle impedido llevar su escalpelo hasta el fondo! Mas no creáis por ésto que Rasalazar fue como el médico que dice al enfermo el mal de que agoniza. ¡ Oh no! En sus obras hay rincones deliciosos en donde el ánimo se dilata soñando; soñando no sé que cosas encantadoras. Os trasporta, á veces á las regiones etéreas, os sentís dominados por no sé que efluvios hipnóticos, y á veces despertáis creyendo que habéis soñado cuando habéis tocado la realidad. La impresión en Rasalazar es violenta, rápida como un relámpago: la coge al vuelo y al vuelo también la cincela, la da forma, la funde en palabras y la incrusta por decirlo así, en el cerebro en donde se graba de tal suerte que el lector acaba por creer que él mismo la sintió. ¡ Maravilloso arte en realidad! ¡ Dichoso él que pudo manejarle con tanta maestría!

He dicho que Rasalazar fue un personaje importante de su tiempo. Como político debe de haber sentido sinsabores. Pero su misión no fue política. Su misión ¡ gran misión en verdad ! fue despertar el movimiento literario que yacía adormecido en sopor vergonzoso en su patria. Y supo cumplirla como bueno, pues la publicación de sus obras fue un gran estímulo y marcó una nueva etapa en el desarrollo de la literatura nacional.

Antes de él la novela no tuvo mas que un representante digno de llevar alta la bandera de la gloria literaria : el célebre literato llamado Milla ó Gil que de ambas maneras se le cita, siendo probable que se llamara Gil Milla. Fue el precursor de Rasalazar, aunque ambos literatos siguieron procedimientos diametralmente opuestos.

Rasalazar escribió mucho, aunque parece que sus contemporáneos nunca supieron apreciar su talento y dejaron apolillarlo dentro de los vetustos infolios de una biblioteca, entre cuyas cuatro paredes le encerraron hasta que se asfixió, quizá falto de libertad para escribir y con el desencanto y la nostalgia en el alma, producidos por el vacío glacial que la indiferencia de sus compatriotas hizo sistemáticamente al rededor de todo hombre de verdadero mérito.

***

Otro literato notable de aquella época fue Abatres Jaureguí, apellido que parece proceder de la "Galia" de aquel tiempo y que probablemente se pronunció Choreguí. Entre los libros encontrados de este célebre escritor, existe uno verdaderamente raro é interesan-

tísimo, por cuanto nos pone en aptitud de conocer la vida íntima del pueblo jiutemalita, antes de la dominación yanki. Es un diccionario de modismos ó idiotismos usados por sus contemporáneos. Al definir cada provincialismo, nos revela el escritor su exquisito talento analítico á la vez que nos encantan la belleza y la suavidad de su dicción.

Otra de sus obras encontradas se titula "Los Indios." Este libro de carácter histórico, es verdaderamente hermoso y tiene para nosotros un valor inapreciable porque su estudio nos ha dado á conocer cómo vivían y cual era la civilización de los primitivos pobladores de estas comarcas, así como los descubrimientos y conquistas que aquí hicieron unos hombres procedentes del otro lado de los mares, pertenecientes á una raza superior. Es indiscutible que esos hombres vinieron de la "Bética," hermosa isla yuropiana, unida en un tiempo al continente por tierra firme y no por el puente colosal que ahora contemplamos.

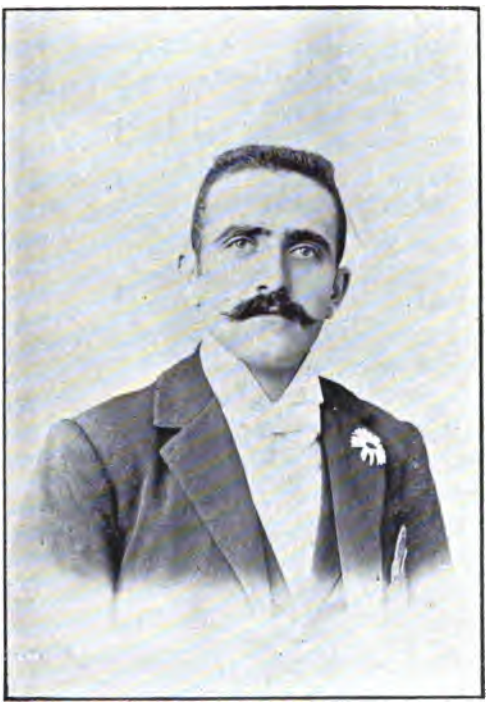
Abatres no fue un escritor filósofo. Lejos de él los problemas pavorosos de la prostitución, de la miseria y del socialismo que devoraron á la humanidad en que vivió! ¡Lejos de él esas llagas sociales, hediondas y corrompidas que mostraron su podredumbre en medio de un concierto facticio de igualdad, de libertad y de progreso! ¡Lejos de él el análisis de la gangrena que derrumbó al fin aquellas sociedades minadas por los vicios y por el egoísmo!

Abatres buscó otras vías. Fue á inspirarse á las fuentes de lo bello y de lo puro y por eso sus obras son bellas y son puras, elevadas en alas de un sentimiento exquisito muy lejos de la atmósfera brutal del rea-

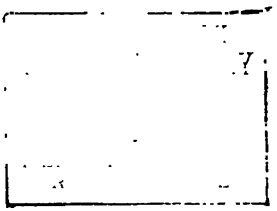
lismo exajerado. Imaginación soñadora y poética, sus escritos llevan el sello de lo dulce y de lo suave; en ellos se reflejan siempre los límpidos lagos, los plateados riachuelos y el azul hermoso del cielo jiutemalita. Su frase deleita porque se desborda en magnífica poesía: nos recuerda ya el rumor de la cascada, ya el ruido suavísimo de las hojas abatidas por impalpable céfiro; ya en fin, soñáis encontraros dentro de palacio encantado cuyas bóvedas son celajes de bordes áureos. Leedle y os sentiréis poseídos de no sé que efluvios misteriosos, rodeados por un perfume gratísimo que no se sabe de donde viene ni como os envuelve..... Lástima que tantas cosas bellas se evaporen y se desvanezcan como una nubecilla al quererlas retener para gozarlas siempre.....!

***

A fines de 1899 de la Era de Cristo, apareció entre los jiutemalitas un escritor novel cuyas obras fueron muy alabadas por sus contemporáneos. Se llamó Martínez Sobral. Cuando apareció con todos los brillos y todas las galas de un escritor nuevo y lleno de alientos, sus compatriotas se asombraron, vieron en él una revelación y gozaron con la lectura de sus novelas. Yo las he leído todas. Encontré en ellas los gérmenes poderosos de un verdadero artista inspirado en los maestros galos; una inteligencia soberbia prometedora de grandes cosas. Si ciertas circunstancias que me callo porque no vienen al caso, no me lo impidieran, os hablaría con amplitud de este literato; pero tengo de prescindir, muy á pesar mío, de este placer, teme-



ENRIQUE MARTÍNEZ SOBRAL

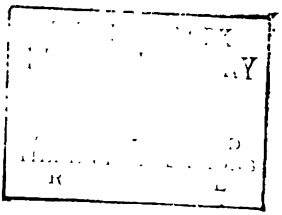


roso de que mis palabras puedan atribuirse á causas que nada tienen que ver con mis impresiones.

Descolló también en aquella época como hablista de primer orden Agustino Gecarrillo, purista del idioma, artista verdadero de la palabra, profundo conocedor de su lengua y gramático de fuerza. Lástima que sus obras tan bien modeladas, no sean más profundas!

Mencos Agustino brilló por los años de 1898 á 1930 de la Era de Cristo. Como polemista fue un adversario temible en su época. Vehemente y apasionado, sus discursos (que por desgracia nos llegaron incompletos) revelan una inteligencia bien cultivada, habilísima en descubrir el lado flaco del adversario y con la facultad maravillosa de aprovecharse rápidamente de cuantos elementos pueden servir al triunfo de su tesis. El silogismo y el sofisma en manos de Mencos, son armas terribles, armas que manejó con facilidad portentosa. Ultimo representante en su patria de principios filosóficos poco armónicos con el medio ambiente en que vivía, supo mantenerse en pie, sustentando su bandera con orgullo, tremolándola dentro del campo enemigo, atleta verdadero que al fin cayó envuelto entre el torbellino que causaron nuevas ideas y doctrinas nuevas.

En sus obras literarias siguió las huellas de Gil Milla. Y á pesar de haberse encontrado en las filas de una escuela literaria desacreditada ya en su época, agradó á sus contemporáneos porque supo encontrar lo bello y producirlo—que la belleza y el arte no son patrimonios de escuelas determinadas. El hombre encuentra lo bello por distintos procedimientos; y la sensación estética se produce, sea cual fuere la escuela esco-



roso de que mis palabras puedan atribuirse á causas que nada tienen que ver con mis impresiones.

Descolló también en aquella época como hablista de primer orden Agustino Gecarrillo, purista del idioma, artista verdadero de la palabra, profundo conocedor de su lengua y gramático de fuerza. Lástima que sus obras tan bien modeladas, no sean más profundas!

Mencos Agustino brilló por los años de 1898 á 1930 de la Era de Cristo. Como polemista fue un adversario temible en su época. Vehemente y apasionado, sus discursos (que por desgracia nos llegaron incompletos) revelan una inteligencia bien cultivada, habilísima en descubrir el lado flaco del adversario y con la facultad maravillosa de aprovecharse rápidamente de cuantos elementos pueden servir al triunfo de su tesis. El silogismo y el sofisma en manos de Mencos, son armas terribles, armas que manejó con facilidad portentosa. Ultimo representante en su patria de principios filosóficos poco armónicos con el medio ambiente en que vivía, supo mantenerse en pie, sustentando su bandera con orgullo, tremolándola dentro del campo enemigo, atleta verdadero que al fin cayó envuelto entre el torbellino que causaron nuevas ideas y doctrinas nuevas.

En sus obras literarias siguió las huellas de Gil Milla. Y á pesar de haberse encontrado en las filas de una escuela literaria desacreditada ya en su época, agradó á sus contemporáneos porque supo encontrar lo bello y producirlo—que la belleza y el arte no son patrimonios de escuelas determinadas. El hombre encuentra lo bello por distintos procedimientos; y la sensación estética se produce, sea cual fuere la escuela esco-

NEW YORK PUBLIC LIBRARY

roso de que mis palabras puedan atribuirse á causas que nada tienen que ver con mis impresiones.

Descolló también en aquella época como hablista de primer orden Agustino Gecarrillo, purista del idioma, artista verdadero de la palabra, profundo conocedor de su lengua y gramático de fuerza. Lástima que sus obras tan bien modeladas, no sean más profundas!

Mencos Agustino brilló por los años de 1898 á 1930 de la Era de Cristo. Como polemista fue un adversario temible en su época. Vehemente y apasionado, sus discursos (que por desgracia nos llegaron incompletos) revelan una inteligencia bien cultivada, habilísima en descubrir el lado flaco del adversario y con la facultad maravillosa de aprovecharse rápidamente de cuantos elementos pueden servir al triunfo de su tesis. El silogismo y el sofisma en manos de Mencos, son armas terribles, armas que manejó con facilidad portentosa. Ultimo representante en su patria de principios filosóficos poco armónicos con el medio ambiente en que vivía, supo mantenerse en pie, sustentando su bandera con orgullo, tremolándola dentro del campo enemigo, atleta verdadero que al fin cayó envuelto entre el torbellino que causaron nuevas ideas y doctrinas nuevas.

En sus obras literarias siguió las huellas de Gil Milla. Y á pesar de haberse encontrado en las filas de una escuela literaria desacreditada ya en su época, agradó á sus contemporáneos porque supo encontrar lo bello y producirlo—que la belleza y el arte no son patrimonios de escuelas determinadas. El hombre encuentra lo bello por distintos procedimientos; y la sensación estética se produce, sea cual fuere la escuela esco-

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX AND TILDEN FOUNDATIONS

roso de que mis palabras puedan atribuirse á causas que nada tienen que ver con mis impresiones.

Descolló también en aquella época como hablista de primer orden Agustino Gecarrillo, purista del idioma, artista verdadero de la palabra, profundo conocedor de su lengua y gramático de fuerza. Lástima que sus obras tan bien modeladas, no sean más profundas!

Mencos Agustino brilló por los años de 1898 á 1930 de la Era de Cristo. Como polemista fue un adversario temible en su época. Vehemente y apasionado, sus discursos (que por desgracia nos llegaron incompletos) revelan una inteligencia bien cultivada, habilísima en descubrir el lado flaco del adversario y con la facultad maravillosa de aprovecharse rápidamente de cuantos elementos pueden servir al triunfo de su tesis. El silogismo y el sofisma en manos de Mencos, son armas terribles, armas que manejó con facilidad portentosa. Ultimo representante en su patria de principios filosóficos poco armónicos con el medio ambiente en que vivía, supo mantenerse en pie, sustentando su bandera con orgullo, tremolándola dentro del campo enemigo, atleta verdadero que al fin cayó envuelto entre el torbellino que causaron nuevas ideas y doctrinas nuevas.

En sus obras literarias siguió las huellas de Gil Milla. Y á pesar de haberse encontrado en las filas de una escuela literaria desacreditada ya en su época, agradó á sus contemporáneos porque supo encontrar lo bello y producirlo—que la belleza y el arte no son patrimonios de escuelas determinadas. El hombre encuentra lo bello por distintos procedimientos; y la sensación estética se produce, sea cual fuere la escuela esco-

gida, con tal de que haya arte y buen gusto en exponerlo.

Mencos vivió en una época muy próxima á la conquista yanki, que calculo fue por los años de 1920 á 1930, época de triste recordación para los jiutemalitas conquistados. Se conoce que la carencia de libertad para escribir y para hablar, debida quizá á preocupaciones sociales, á prejuicios de su pueblo no explicados aún satisfactoriamente, mantuvo contenido el vuelo de su talento y de su inspiración, que debió ser asombroso sin aquellos obstáculos.

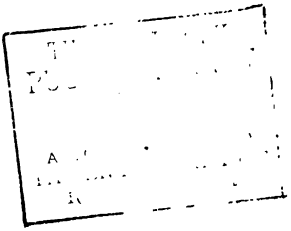
Como poeta no está á la misma altura que como prosista.

Escritor fácil y brillante, sus versos están á muy bajo nivel de sus artículos en prosa, entre los cuales descuellan admirablemente sus polémicas. Su cuerda, su verdadero medio ambiente, era el periodismo, la lucha candente, la polémica apasionada, el combate impetuoso, no la lira del poeta que no cuadra bien en manos viriles ni á talentos que parecen haber sido creados para gozar con el fragor de la batalla.

***

Entre los libros encontrados en las excavaciones de que ya os hablé, han llamado mucho la atención los del Doctor Montúfar ó Mont-Ufar. Montúfar fue un gran luchador político de su época. *Leader* de un partido, puso al servicio de su causa las capacidades y las energías todas de su alma. La pluma de Montúfar (porqué entonces se escribía con pluma) llegaba hasta lo hondo, revolvía á su paso todas las entrañas, con-

LORENZO MONTÚFAR



movía todos los sentimientos y hacía rebullir el cerebro á impulsos de ideas que allí se incrustaban de manera indeleble. ¡Qué pluma aquella! Asegúrase que durante más de medio siglo vapuleó á un partido, le hizo trizas, le destrozó sin compasión. Pero donde había que verle, según las crónicas, era en la lucha parlamentaria. Leyendo sus dircursos, se nos figura contemplarle de pie, soberbio, la venerable cabeza alzada, combatiendo con la palabra vibradora, rugiente como la tempestad, violenta como el rayo, fulgurante como la luz á sus adversarios políticos.

Aquel estilo cortado, contundente, como el hacha que cae y hiere, anonadaba. Aquella palabra lanzada con furia, palabra chispeante, incendiaria, barría sin misericordia, lo arrollaba todo y levantaba huracanes entre los cuales también el atleta quedaba asfixiado.

Sus enemigos le tacharon de apasionado. Tuvieron razón. Pero decidme si en las luchas políticas, cuando se tiene la misión de barrer y de destruir, puede conservarse inalterable la serenidad; decidme si no es precisamente la exageración de un sentimiento, el desborde de una pasión lo que causa las grandes trasformaciones sociales y produce los grandes avances de los pueblos. ¡Decid pues, á la tempestad que no ruja y al viento que no derribe cuando les encontráis desencadenados en plena lucha.....!

***

Las obras de estos escritores son suficientes para revelarnos el movimiento literario de aquel pueblo en los años de 1890 á 1900. Se han hallado otros libros de

escritores nacionales; pero no me detendré á examinarlos, ya porque la índole de estas conferencias me obliga á analizar muy rápidamente, ya porque la mayor parte son por lo general relativos á la enseñanza de la niñez, y á veces, copias hechas con mayor ó menor habilidad de autores exóticos como ha venido á descubrirse, merced á los hallazgos hechos en diferentes latitudes de la confederación yuropiana.

Permitidme que os hable un instante acerca de las obras de un escritor de la época á que me refiero. Javier Valenzuela, hijo, fue un literato cuyas producciones encantan por la donosura del lenguaje, las exquisiteces del estilo y la sátira fina y bien intencionada. ¡Lástima que rompiera su pluma demasiado pronto, decepcionado tal vez de un arte que jamás rindió provechos positivos en la Bellópolis de los antiguos jiutemalitas!

No me detendré á hablaros de otros prosistas de reconocido mérito, tales como Fernando Cruz, Domingo Estrada, Max Soto Hall, etc., porque sus obras (que las hay bellísimas) no han llegado completas á mis manos, y parece que fueron escritas con mucha anterioridad á la época á que vengo refiriéndome. Además, repito que la índole de estas conferencias me obliga á ir muy de priesa y necesitaría mucho tiempo de estaros fatigando, si hiciese análisis profundo y concienzudo de cada obra literaria de los antiguos jiutemalitas.

¡Ah! perdonad..... Me olvidaba de hablaros de un autor cuyas obras se adelantan muchísimo á la época y al medio ambiente en que fueron escritas. Fue Valero Pujol. ¡Qué bella es su "Miscelánea literaria é histórica!" Cada palabra es una idea, cada frase

una concepción profunda, cada período la fuente de un libro. Leed esa Miscelánea; leedla para beber allí á torrentes la savia que alimenta á la inteligencia y deleita y embriaga al espíritu. Leed sus artículos históricos; gozad como he gozado yo de aquella diversidad de imágenes deslumbradoras, de aquel estilo seductor, de aquel modo de decir las cosas con el que os embelesais y os trasportais sin quererlo á la época de los helenos, conversais con Platón, discutís con Sócrates y combatís en Las Termópilas.

Y si le admirais como escritor y como filósofo, os sentís poseídos de no sé qué espanto cuando le examinais como orador. ¡Qué verbo aquel! Cuando Pujol subía á la tribuna, hasta la tempestad debía enmudecer. Imaginaos una cascada violentísima, un torrente de palabras abrumadoras, de ideas fulgurantes, de metáforas deliciosas. Su palabra adormecía y deleitaba como adormecen y deleitan las canciones lanzadas al viento al son de una guzla. Y cuando el asunto arrebataba al orador, oyerais aquella palabra antes dulce y meliflua, adoptar las inflexiones del trueno, rugir como ruge el mar, haciendo extremecer hasta las últimas fibras del corazón; vierais torbellinos de ideas sacudiendo todos los nervios con no sé qué oleadas de entusiasmo, hipnotizando á los oyentes, arrastrándoles como el huracán embravecido arrastra en pos de sí las amarillentas hojas que el cierzo frío se encargó de dispersar!.....

***

Oradores hubo magníficos en Jiutemal. Parece que fue un pueblo muy dado á la oratoria. Entre los es-

combros de la biblioteca se ha encontrado profusión de discursos pronunciados por motivos de fiestas ó solemnidades políticas, pues por desgracia no han llegado completos hasta nosotros los discursos académicos ni los parlamentarios, buscados éstos con ahinco en una interesantísima colección que se conserva como un tesoro, de un periódico titulado "La Asamblea," si mi memoria no me es infiel.

Entre los discursos hallados bajo los escombros de la biblioteca, merecen ser leídos con profunda atención, los de Falla Salvador y Valle Manuel. Si leéis los del primero encontraréis la pura doctrina científica engalanada dentro de la frase brillante y la forma viril y enérgica. Pensador profundo, su talento inundó la patria jiutemalita con destellos y fulgores tales que han llegado hasta nuestros días intactos, que la verdad y el genio jamás envejecen. Todavía nos deleitan sus lucubraciones económicas; y á través de millares de años, sentimos la influencia irresistible de una argumentación sólida y científica, la única eficaz para convencer.

¡ Es incalculablemente asombrosa la fuerza de la verdad ! Las leyes científicas explicadas por Falla en sus discursos, se están cumpliendo hoy, lo mismo que hace millares de siglos; los fenómenos á que esas leyes obedecen, los estamos palpando y no parece sino que el cataclismo no hubiera hecho sino crear una gran laguna en el todo humano para reproducir en nuestros días hechos olvidados, pero que vamos desenterrando poco á poco del polvo acumulado por la sucesión eterna de las cosas. Falla fue un verdadero hombre de ciencia. La Economía, la Política, la Sociología, nada se

MANUEL VALLE.

escapó á su talento soberano. En sus obras campea el estilo severo y elevado que conviene á la verdad. No encontraréis en ellas palabras desperdiciadas, porque cada una responde á una idea; y por eso su frase es concisa, su período acabado y profundamente científico.

Los discursos de Valle (por lo menos los que nos ha sido dable leer) son políticos. En ellos sobresale á veces la imaginación soñadora de un poeta del antiguo oriente. Leeis y os encanta la frase rítmica, la palabra dulce y armoniosa, de tal suerte, que se os antoja una odalisca que os aduerme al arrullo de su guzla. Valle debe de haber sido poeta ; y poeta de alto vuelo, de inspiración elevada, de sentimento delicado. ¿Qué hizo de su lira de que apenas nos han llegado pocas pero bellísimas muestras capaces de fundar una imperecedera reputación literaria? ¡Ah! Probable es que la haya roto en mil pedazos, poseído del despecho que la indiferencia glacial de los contemporáneos produce en los corazones entusiastas y en los cerebros pujantes repletos de ideas luminosas!

Os decía que en esa inestimable colección de "La Asamblea," pocos discursos parlamentarios se encontraron. Entre éstos es digno de notarse el de un joven orador á quien sus contemporáneos llamaban Spínola. Es una bella producción literaria, la única que conservamos de este autor. Campea en ella ingenio asombroso en la defensa de cierta doctrina jurídica. Con todo, sus argumentaciones más se dirigen al alma que á la inteligencia. La vista se deleita en presencia de aquellas imágenes, el cerebro se embriaga ante la profunda justicia de la tesis que sostiene y el cora-

zón se conmueve al contacto de aquella frase cadenciosa, hábilmente preparada para el triunfo de una doctrina eternamente moral y eternamente justa. Se trataba de saber si los hijos que llamaban naturales, tenían ó no derecho para exigir del padre el cumplimiento de los sagrados deberes que la naturaleza le impusiera; de saber si el hijo tenía ó no derecho de haber un padre, de saber en fin si los infames pueden burlar las obligaciones impuestas por la ley moral. Las opiniones se hallaban divididas entre los jiutemalitas; la cuestión jurídica y moral habíase convertido en una cuestión de partidos y era preciso que viniera la ley á restablecer el derecho y á poner para siempre una barrera á los que pensaban que era cosa fácil crear desgraciados, arrojarlos al mundo con un estigma social estúpido en la frente y reirse de su infamia. Y la ley se arrancó al fin á despecho de los malvados y la estatua de la justicia, velada hasta entonces, dejose ver radiante y esplendorosa. La ley nació restableciendo el derecho para hacer cumplir por la fuerza sus obligaciones á aquellos en quienes el egoísmo y la perversidad sofocaban la voz de la conciencia. La ley nació con graves defectos; pero lo cierto es que dio padres á los parias sociales, dio nombre á los desgraciados, dio derechos á los infelices que vinieron al mundo con un pecado original que no era suyo porque nadie es responsable de haber nacido.

El discurso de Spínola trata toda esta cuestión magistralmente. Adalid y adalid poderoso de los desgraciados, supo triunfar como bueno, haciendo que la justicia resplandeciera é iluminara aquella cloaca en que se revolcaban heridos por su luz, los sórdidos in-

RAFAEL SPÍNOLA.

Y

tereses del egoísmo, como se revuelven los gusanos sobre un montón de fiemo.

Hoy esa ley nos parece absurda, porque en el estado actual de nuestra civilización, en que vivimos sin leyes y sin gobierno, puede decirse, no comprendemos su necesidad: no existen entre nosotros los móviles que obligaron á promulgarla. Pero para juzgar de las instituciones de un pueblo, es preciso mirarlas á través de otro prisma, trasportarnos por medio del pensamiento hacia épocas remotas, estudiar su historia y su situación social para que el fallo resulte justo é inapelable. En aquellos siglos en que la moral no se había constituido aún en un cuerpo de doctrina científica uniforme, en que las conciencias vacilaban sin atreverse á discernir exactamente el bien y el mal, en que las religiones exclusivistas todas, confundían las ideas éticas con sus dogmas encontrados é insalvables, la ley se hizo necesaria para dar sanción á principios naturales, borrados del corazón humano por la garra poderosa del egoísmo. La ley se hizo necesaria para sujetar á los malvados, para volverlos por la fuerza al carril del bien y evitar, aunque fuese por la amenaza, el creciente extravío del sentido moral. Tal fue la misión de esa ley y á Spínola tocó lo gloria de defenderla.

***

Quiero hablaros siquiera sea ligeramente, de los periodistas jiutemalitas. Parece que esa profesión no rindió nunca provechos positivos en Bellópolis, salvo algunas excepciones de que nos han llegado muy confusas noticias. ¿Era aquel un pueblo poco dado a la

lectura? Esta es la verdad: se tenían en muy poco las producciones del ingenio, no se las estimaba y lejos de ello, la burla y la rechifla saludaron más de una vez á los escritores públicos. Después de la invasión yanki todo cambió: el periodismo adquirió en estas regiones un vuelo asombroso, tal que no lo creeríamos si no hubiéramos tenido en nuestras manos varios ejemplares de un periódico, el *Bellópolis Herald* de dimensiones verdaderamente extraordinarias, cosa de cuatro metros en cuadro, impresos en sus ocho páginas.

Fue sin disputa el primer periodista jiutemalita de su tiempo, un célebre "Paulino," cuyas producciones deben haber encantado á sus compatriotas aún á sus más encarnizados enemigos. Descuellan en ellas una gracia y un donaire inimitables; una sátira fina que punza hasta las entrañas sin dejar cicatriz; una energía asombrosa en aquella época; tal profundidad de ideas y tal amplitud de pensamientos que se reconoce en el acto al hombre versado en el conocimiento del corazón humano, analizador viril de las llagas y de los vicios de la sociedad en que vivió. Leyendo sus artículos satíricos, no se sabe qué admirar más: si la viveza y la gracia en el decir, si el alcance y la hermosura de la frase, ó el valor de poner el dedo en la úlcera y apretarlo y removerlo con furia y sin misericordia hasta arrancar las lágrimas. No solamente diarista fue Paulino: se conservan de este notable escritor otras obras que revelan un talento reflexivo y filosófico, desbordándose entre flores de la más rica poesía. Leed su "Visita á Jesucristo" y encontraréis allí tesoros inagotables de los más sanos principios envueltos en las cadencias de una prosa inimitable, suave y natural.

Leed su "Omnibus": cada frase es una idea, cada trozo, la condensación de un libro, cada párrafo, la fórmula de una ley. Juzgad si no, por estos dos que conservo en la memoria:

"He visto ser más fácil entre adversarios políticos, vadear un río de sangre, que un arroyo de lágrimas."

"La fuerza del Derecho es incontrastable. Se la ve con frecuencia oprimida por la fuerza bruta; pero jamás vencida. De la misma manera que el corcho, sujeto por la mano bajo una masa de agua, apenas libre, torna á la superficie por su propio impulso; así el Derecho torna siempre á ganar la altura y preeminencia que le corresponden."

Al lado de Paulino, los jiutemalitas saborearon los artículos de Radamés, escritor de raza chamita, y los de Ramiro Fontecha, médico afamado originario, á lo que parece, de las fértiles campiñas de la Bética.

Fontecha nos dejó mucho escrito, sobre todo, acerca de finanzas, ciencia á la cual fue muy aficionado. Son notables y llenos de ideas luminosas sus artículos económicos. No tienen, en concepto mío, mas que un defecto: los proyectos que en ellos propuso para salvar á Jiutemal de una crisis pasajera que la invadió, son utópicos, dado el modo de ser de los jiutemalitas; él debe de haberlo conocido mejor que yo. Todos sus proyectos habrían sido útiles si hubieran descansado sobre esta base: revolución y reforma radicales del sistema económico de Jiutemal. Cierto que propuso esa reforma con laudable empeño y patriótico anhelo; pero con todo, sus proyectos siempre habrían fracasado porque les faltaba esta otra base previa: hacer que los jiutemalitas no fueran los jiutemalitas. Me diréis que

ésto es muy metafísico y lleno de embolismo: os aseguro que si él me oyera, me entendería admirablemente.

No quiero dejarme en el tintero á Ben-Gebirol, otro periodista jiutemalita, originario de la Turquía ó de la Arabia (á lo que parece), cual lo demuestran el corte de la barba (¡ aquellos hombres tenían barbas !) según retrato auténtico que tuve á la vista y el mismo nombre del escritor. Sus artículos (para entenderlos hay que empaparse en las costumbres del país en que escribió), salpicados de pimienta, llenos de donaire y de picaresca gracia, me han hecho reír más de una vez en ocasiones en que estaba para rabiar. Se hicieron tan populares esas producciones en Jiutemal que las dieron el nombre de *ben-gebirolianas.*

***

Tócame ahora hablaros ligeramente de las manifestaciones de la poesía entre los jiutemalitas durante aquella época. Debe de haber sido considerable el número de poetas que figuraron en Jiutemal á fines del siglo XIX de la Era Cristiana. En un país que gozó siempre de perpetua primavera, en donde las campiñas vestíanse eternamente de verdura, en donde las emanaciones de la tierra húmeda fecundada por la lluvia torrencial, se confundían con el grato perfume de las flores; en donde inmensa variedad de pájaros llenaba el aire con sus melodiosas notas, y el sol espléndido inundaba de luz y de calor las altísimas cuanto abruptas crestas; en una tierra en donde las mujeres nacen lindas y esbeltas como sus palmeras, con grandes ojos

negros, boca deliciosa, redondeada barba, sonrisas enloquecedoras.....*(bravos y aplausos frenéticos).*

Digo que en un país así de cielo siempre azul, paraíso más bello que el de la fantasía mahometana, el arte de hacer versos debe de haberse elevado á las más ricas regiones de lo bello y de lo armonioso. Todo, todo cuanto le rodeaba, invitó al jiutemalita para dar poderoso vuelo á su estro, por que todo era bello en aquella tierra tan generosamente dotada por la naturaleza. Allí el poeta debía beber á torrentes la inspiración. Solicitados sus sentidos por tanta magnificencia, su alma debió dilatarse extasiada en la contemplación de tanta grandeza y exhuberancia tanta !

Y no era solamente en las bellas regiones que habitaba en donde habría de encontrar asuntos que hiriesen su imaginación poética : también hallara un rico filón en sus tradiciones, en las luchas sostenidas por sus antepasados en defensa de la libertad, en las epopeyas grandiosas de la conquista é independencia. Por desgracia son pocos los poetas cuyos nombres llegaron hasta nosotros ; y hoy por hoy fuerza es contentarnos con los fragmentos hallados en las excavaciones y con las escasas noticias que nos trasmiten los historiadores, algunos anónimos de aquella edad.

Descuella entre los aficionados á la gaya ciencia en la década en que me ocupo, Fermín Ay Cinena, apellido de orígen árabe á todas luces. Pueblo que produjo á un poeta como Ay Cinena, tan dulce, tan inspirado, tan correcto, es pueblo digno de nuestra admiración. Al leer las poesías de este inspirado cantor, se siente uno trasportado á las regiones impenetrables á donde sólo osa llegar el soberano genio del artista.

Leed esos versos, saboreadlos y decidme si no sentís algo grato en vuestra alma, un dulce bienestar que no hay como definir, un consuelo que dilata vuestro corazón y algo sutil que arrulla y deleita vuestros sentidos.

He aquí algunas estrofas conservadas de la composición que tituló:

"AL PENSATIVO:

"Ninfas del silencioso *Pensativo*,
¿porqué adornáis vuestra marchita frente
con ramas de ciprés?
¿Del pueblo de Kikab, triste y cautivo,
las glorias que empañó la hispana gente,
llorando vais con él?
Alegres otro tiempo, bellas ninfas,
al son del arpa de las cuerdas de oro,
sobre el terso cristal,
corriendo en pos de bulliciosas linfas,
celebrabais con cántico sonoro,
los triunfos de Utatlán.....
.....
De la conquista al golpe cayó herida
de Jiutemal la raza heroica y fiera;
mas vengarse juró.
Y en medio del banquete de la vida
el cielo con su espada justiciera
hirió al conquistador.
Ninfas del silencioso *Pensativo*,
adornad sí, vuestra marchita frente
con ramas de ciprés.
Del pueblo vencedor y del cautivo
las glorias extinguidas juntamente,
llorad, llorad también."

¿No os imagináis á los vencidos guerreros de la esclavizada raza llorando á orillas del riachuelo la pérdida de su libertad y del territorio de sus abuelos? Y qué candentes lágrimas deben de haber caído sobre las límpidas ondas del poético arroyo!

Esos versos, del más puro clacisismo, tienen para nosotros además del interés artístico, una importancia

capital de carácter científico. Según se desprende de su atenta lectura, el primitivo pueblo de Jiutemal, quizá troglodita, quizá en el último grado de la trasformación "simia," se llamó Kikab, conquistado, muchos años antes de la invasión yanki por la "hispana gente" que fue, á no dudarlo, pueblo belicoso originario de la Bética. Esa raza de Kikab fue "heroica y fiera," según nos dice el poeta con tanta galanura. Así debe de haber sido, pues aunque los poetas antiguos, guiados por la exhuberancia de la imaginación, solían exajerar un poco, hay datos para creer que Ay Cinena ciñó á sus justos límites á esa "loca de la casa." Este excelso poeta nos dejó otras obras dignas de su pluma, como "El Hombre de bien," comedia de costumbres jiutemalitas, compuesta en verso y de la que desgraciadamente apenas nos ha sido dable conocer uno que otro fragmento.

Al lado de Ay Cinena otros poetas dejaron oír los suaves cantos de su lira. Tal fue Alberto Mencos, quizás hermano de aquel otro autor del mismo nombre de quien ya os hablé. Sus composiciones son bellísimas, limadas y llenas de atildamiento como las de cualquier académico de nuestros días. Si es verdad que el estilo es el hombre ¡ qué bien nos retratan á Mencos sus producciones poéticas! Leyéndole, nos imaginamos verle, todo él atildado é irreprochable, severo y olímpico, el ceño fruncido, la palabra breve y dentro de todo ésto no sé qué de asperidad que extraña y admira. Campea en sus versos un clasicismo suelto que recuerda las obras de antiquísimos poetas hispanos en cuyas fuentes, no hay duda, bebió la inspiración. Son versos que podrían calificarse de elegantes,

escritos para ser leídos entre la aristocracia literaria educada en la más rígida escuela del buen gusto. Tenemos los pedazos de una oda que debió de haber escrito por motivo de no se qué fiestas colombinas que hicieron época en Jiutemal, pedazos que nos demuestran que Mencos fue un poeta de vigoroso estro, delicado en el sentir y dulce en la manera de expresar sus sensaciones.

Manuel Valle, aquel orador famoso de que ya os hablé, es un tierno cantor jiutemalita cuyos versos deleitan y encantan, sobre todo cuando escribe sobre asuntos elegidos libremente por su rica fantasía.

Pío Riépele y Manuel Valladares Rubio, poetas de sentimiento exquisito, de gusto refinado y de inspiración soberbia, adormecieron con sus ritmos á sus compatriotas. Nos quedan de ellos fragmentos de composiciones bellísimas. He aquí uno de Riépele:

"INTIMA.

" Despierta, corazón: bella es la vida
cuando al amor sonríe la esperanza.
De tu pasado la tristeza ovida,
y contempla cual surge en lontananza,
—entre aureolas de espléndidos colores
que esmaltan el espacio
de cambiantes de nácar y topacio—
una aurora de vivos resplandores.
Se acerca difundiendo los primores
que la alborada en sus encantos tiene
y los que nacen de la mente inquieta,
soñadora y fecunda del poeta:
¡ es la ilusión que á acariciarte viene ! "

A Valladares puede llamársele con propiedad, el rey de la sátira, la que manejó con arte y habilidad maravillosas.

Angelo Urrutia cantó también con maestría arran-

cando de su lira notas que admiramos todos los amantes de lo bello. Fue poeta fecundo; pero por desgracia las injurias del tiempo nos han impedido saborear sus producciones dramáticas. He aquí una estrofa de "La Tempestad," fenómeno cosmográfico frecuente entonces en estas regiones y quizá anunciador de la próxima catástrofe que habría de destrozar al planeta:

"Quiero cantar el sin igual concierto
de hermosa tempestad; quiero atrevido
el rayo aprisionar en mis palabras,
la luz y el estallido,
y el ronco son de estrepitoso trueno
que al mundo deja de rumores lleno."

***

Apareció en Bellópolis á fines del siglo XIX de la Era Cristiana, un poeta cuyas composiciones revelan á un ingenio de alto vuelo, próximo á elevarse á las más ricas regiones del arte tan pronto como alcance la ocasión propicia. Fue José Flamenco. Hay en sus poesías impregnadas de ternura, no sé qué de dulce y de sencillo, de infantil pudiéramos decir, que no parece sino que en ellas estuviera mostrándosenos un alma franca y espontánea, noble y generosa, repleta de ilusiones y de esperanzas llena. Hay algo en esos versos que nos pone en contacto íntimo con un corazón delicado, pronto á llorar todas las desdichas y á gozar con todas las felicidades; algo que conmueve al lector recordándole sus propias ilusiones tronchadas, sus propios dolores sentidos, sus mismas esperanzas muertas; algo tan artísticamente impreso en ellos, que uno siente la misma tristeza y le amargan de nuevo los mismos

sinsabores, ya amortiguados por el tiempo pero que renacen á la lectura de aquellas poesías inspiradas en los dolores que todos hemos sufrido ó en las cosas que todos hemos amado. ¡ Qué dulzura y qué delicadeza de pensamientos en "Bajo los tilos!" ¡ Qué dolor tan profundo y tan real y tan bellamente expuesto en "Lágrimas!" En esta composición "Lágrimas," es en donde mejor se muestra el alma de Flamenco y en donde su talento poético se eleva á altura inconmensurable. ¡ Ah ! Es que el sentimiento que la inspiró es tan profundo que holgaba todo amaneramiento y estaban demás los recursos facticios: bastó al poeta exponer artísticamente las tribulaciones de su alma para que resultara una obra inspirada, llena de atrevidos pensamientos, filosófica, realista como el dolor que pinta, tan verdaderamente realista y humana que no se escapan ni las imprecaciones impías que brotan de los labios cuando el ánima está embargada por la locura del pesar. He aquí algunas de sus estrofas:

"¡ Oh dejadme llorar, que necesito
Desahogar hoy el corazón deshecho....!
Un grito de dolor, inmenso grito
Que salga de mi pecho
Y traspasando su mortuoria losa
Aun le conmueva en tan obscuro lecho....!

"Noche de luto, de pesar y espanto
Fué aquella en que mi madre
Confundiendo su llanto con mi llanto
Casi loca me dijo ¡ estás sin padre....!

"¿ Y lo quisiste tu, Dios de clemencia?
¿ A un venerable anciano
De erguida frente y de cabello cano
El hilo de su plácida existencia
Cortar quiso tu mano....?

"¿ Por qué permites que el malvado impío
Por el mundo se ostente poderoso,
Y al honrado y al noble generoso,
Como era el padre mío,
Le has hundido por siempre en el vacío....?"

***

José Flamenco

¿La mujer decís? ¡Oh sí! También la mujer jiutemalita, virtuosa, abnegada, llena de dulzura, bella como el astro de la mañana, desparramó los suaves reflejos de su inspiración sobre esta bendita tierra. Dotada de un sentimiento estético maravilloso, genial, llena de gracias, deslizó en sus versos algo de los dones con que la naturaleza la dotara tan magníficamente. Los caudales de ternura que su alma encerraba como escondido y riquísimo tesoro, se desbordaban en torrentes y por eso los versos de la mujer jiutemalita, son tiernamente bellos.

Lola Montenegro fue sin disputa la primera poetisa de su patria á fines del décimonono siglo. Romántica y soñadora á veces, excéptica otras, sus versos tocan los límites de lo sublime, conmueven hondamente y dejan no sé qué impresión de tristeza que jamás se borra. Leyéndola, siente uno sin quererlo que las lágrimas brotan espontáneas de los ojos, que el corazón duele cual si le atormentara ignorado pesar, que el cerebro arde al contacto de tanto fuego y de energía tanta. ¡Qué poder tan soberano é imperecedero el del artista de genio! Hace millares de años que Lola Montenegro respiró este mismo aire que ahora respiramos; hace millares de siglos que su lira gimió entre los agrestes campos y bajo el cielo azul de Jiutemal. Y sin embargo aún parece que el ambiente vibra al influjo de sus notas. Sus cantos han llegado hasta nosotros para cautivar nuestro corazón, llorar con ella, sentir lo que ella sintió, arrobar nuestros sentidos y deleitar nuestra alma en goce purísimo. Dijérase que el eco de sus notas, cuidadosamente guardado por las abruptas mon-

tañas, ha venido repitiéndose de edad en edad hasta llegar á nuestros días joven, sonoro, inmortal!

Nos quedan de ella varias poesías líricas que conservamos como el avaro conserva sus tesoros. Recitaré una que otra estrofa para que podáis juzgar por vosotros mismo. Así se dirige á la "Vanidad y Orgullo":

"No pretendas bajar la erguida frente
que hirió la mano del fatal dolor.
¡No lo pretendas! que mi pecho ardiente,
te da piedad por tu sarcasmo atroz.
.....
Pasad, pasad entre placer sin cuento
pompa, riqueza, orgullo, vanidad;
yo haré vibrar mi armónico instrumento....
¡Misero orgullo, junto á mi pasad!
.....

"A La Sociedad" se titula otra composición llena de valor y de energía, tanto que algunos doctos han creído imposible se albergara tal virilidad en los pensamientos de una mujer de su tiempo y de su país. Para concluir de hablaros de esta poetisa, oíd estas cuartetas de su composición "Mujer" dirigidas á Dios. Rara vez se escribió en Jiutemal algo tan varonilmente bello:

"Le sobra vuelo al alma que me diste;
no dejes ¡ay! que el mundo la mancille;
quiero ser un lucero esplendoroso,
que en tu diadema para siempre brille.
Yo aquí no vivo! Romperé mi carcel,
porque no quiero la existencia aquí,
llévame á la grandeza de tu gloria,
ó no me culpes cuando llegue á tí!"

***

No quiero detenerme en hablaros de otros muchos poetas que florecieron en Jiutemal en aquellas remotí-

LOLA MONTENEGRO.

simas edades tales como Mishco, Trejo ó Treyo, cuyos versos parecieron sublimes á los contemporáneos, Meanymeán, etc., porque se haría eterna esta conferencia. Pero permitidme dos palabras acerca de un libro de versos desenterrado no hace muchos días al cavar los cimientos para levantar un palacio en la Setentinueve Avenida. Y por cierto que se encontró en extrañas condiciones: agarrado por un gancho de metal parecido á nuestro acero moderno Se titula "Brumas y Estrellas," nombre raro que en su tiempo debe de haber sido metáfora atrevida y deliciosa. Su autor Vegabe ó Be Ga Ve, poeta novel que se dijo parecido á un ingenio llamado Núño de Arce, debe de haber cautivado á sus compatriotas, soñadores por naturaleza, no obstante que fue entusiasta representante de una escuela "decadente," que así se la llama en tratados de aquella época. Los lectores de esas composiciones, entre las cuales hay algunas de buen gusto y que revelan á un númen que bien cultivado habría producido mucho y mejor, los lectores, digo, de esas composiciones poéticas, deben de haber estado dotados de profundo conocimiento del idioma castellano, porque hoy, no obstante el adelanto alcanzado en el análisis de esa lengua muerta, apesar de que nuestros sabios lograron penetrar su genio, muchas estrofas son verdaderos enigmas indescifrables, tales son la elevación metafísica y lo alambicado de los pensamientos. Algunas de las que no hace mucho parecían misteriosas, se han podido desentrañar y merced á ello hemos llegado al conocimiento de ciertos detalles interesantes de la biografía del autor y de que entre los jiutemalitas se desarrolló muchísimo el arte de grabar dedales,

joyas de metal precioso que usaban las bellas en los dedos.

***

La música fue un arte tan extendido y cultivado entre los jiutemalitas que puede decirse que todos fueron músicos. ¡ Qué pueblo aquel tan admirablemente artístico ! Poseído del sentimiento delicado de la música, apreció en todo su valor las creaciones de los grandes maestros, se las asimiló de tal manera que pudo dejarnos armonías que pueden calificarse de soberbias. No diré que sus compositores hayan emulado á Gounod, Puccino, Wagner y á otros genios yuropianos cuyas obras nos deleitan aún ; pero la música jiutemalita tiene tal gracia, se insinúa de tal manera, comprende tanta deliciosa variedad, que al oírla el alma queda como suspensa y el corazón se llena de no sé qué ecos de tristeza, de no sé qué persistencia armoniosa que encanta y entristece y conmueve todo á un tiempo mismo.

Usaban diversos instrumentos, algunos sumamente complicados, otros muy sencillos y populares, consistentes por lo general en una caja de resonancia sobre la que se distendían seis cuerdas metálicas ó de una sustancia hasta hoy desconocida. Los nombres de Sáenz, Arias, Alvarez, Alcántara, Bracamonte..... son nombres de músicos afamados que supieron interpretar á los maestros eminentes ó el espíritu nacional con tan gran talento artístico, que la armonía de sus notas aún cautiva á nuestro espíritu deleitándole y adormeciéndole. No quiero hablaros de las canciones populares porque apenas tenemos de ellas algunas muestras. Si

las oís notaréis en ellas algo de gemidos, algo de suspiros que se os antojan escapados entre lágrimas y sollozos. En esas canciones vibra el alma del pueblo; condensadas en ellas están sus aspiraciones, sus sufrimientos, su vida toda. Algunas, compuestas quizá durante la época de la invasión yanki, parecen las protestas del esclavo, los gritos desesperados del paria, el ¡ ay ! desgarrador del miserable ilota. No las oigáis porque causan daño: llagan el corazón de lástima. Son reflejos del sentimiento ó desbordes rápidos y fugaces de la indignación contenida por el temor.

¿ Quién compuso esas canciones ? El pueblo, ese gran todo anónimo, desgarrado y esclavizado que buscaba en la música alguna puerta de escape para exhalar sus gritos de dolor. Las canciones aquellas corriendo de boca en boca, cantadas desde la cuna por los niños, eran mejoradas, adulteradas, cambiadas hasta lo infinito por los músicos populares hasta resultar un canto lleno de armonías con aquel sello de tristeza ó de picaresca gracia que son típicos de la música jiutemalita. Oyéndolas parece que se oye temblar el alma de aquel pueblo: allí están su genio, su vida, el corazón todo de la nacionalidad jiutemalita mostrándose en toda su magnificencia, enseñándonos sus grandezas y también sus llagas...

Imaginaos oír al son de una guitarra, cantadas con fresca voz argentina, á la temblorosa luz de hachones de pino y como brotando por entre tupídos breñales, estas coplas populares, rebosantes de profunda filosofía:

" Yo ví una flor hermosa,
Una mañana;
Perfumada y graciosa,
Fresca y lozana
¡ Qué bella estaba ! ¡ qué bella estaba !
Sobre su verde tallo....
Se balanceaba....! se balanceaba....!"

O bien estas otras melancólicas, cantadas con voz joven, llena, poderosa, pero que parece un lamento armonioso:

" ¡ Oh ! cuan dulce es tener en el mundo,
Algún ser que nos tenga piedad ;
Que responda al lamento profundo
Que de mi alma al viento se va.

" Arrojado á estas playas, Dios mio,
Cuanto amaba en mi patria perdí ;
Y sintiendo mi pecho vacío
Tristemente pensé, pensé en morir...."

¿ Qué músicos y qué poetas compusieron semejantes coplas? ¡ Nadie lo sabe ! Y probablemente no se supo jamás. Es que son desahogos del alma, suspiros fugaces de un pueblo eminentemente artista, algo así como gemidos anónimos en los cuales van envueltas la vida y los sentimientos, girones del corazón, cuitas y pesares de toda una clase social !

El instrumento típico y popular entre los jiutemalitas fue una especie de piano de madera de que nos quedan rarísimos ejemplares medio echados á perder. Llamábanle *mar-imba* y consistía en una serie de tabletas dispuestas sobre cajas de resonancia y colocadas de manera que daban los sonidos naturales de la escala. Se tocaba con unos palillos largos terminados en birolas de materia blanda, y pienso que se necesitarían por lo menos cuatro artistas para cada instrumento. Los ensayos hechos para reconstruir este arte dieron maravilloso resultado. Es un instrumento primitivo, herencia quizá de las primeras razas que poblaron este continente; pero con todo, las notas son sonoras, temblorosas como si en ellas vagara un acento de tristeza indefinible, algo así como el lamento trémulo de

una raza aniquilada, algo como el sollozo empapado en lágrimas vertidas durante largos siglos de martirios y sufrimientos.

Cuando se producen trozos ligeros, el efecto es delicioso. Os digo con verdad que un *son* que fue el vals popular de los jiutemalitas, tocado con arte en una *mar-imba*, hace retozar el corazón de la alegría, entusiasma hasta el delirio y el hombre más grave se siente atraído por no sé que fuerza misteriosa que le obliga á saltar de gozo, á gritar vivas y ¡ hurras ! á olvidar por un instante todas las miserias y todas las penalidades de la existencia.....*(aplausos prolongados.)*

Bien es cierto que la estructura del instrumento impone siempre el trémolo, pero quizá por ésto mismo sea maravillosamente mágico el *son*, por lo menos para mí.

***

La arquitectura jiutemalita en la época que analizo estaba floreciente, aunque se nota en su estilo ese espíritu decadentísimo que invadió á todas las manifestaciones del arte. Débese al infatigable explorador Avil el descubrimiento de algunos edificios soberbios, verdaderos monumentos de belleza arquitectónica. A orillas del lago que hoy cubre los restos de la que fue Jiutemal, y precisamente en la parte desecada, vense montículos cubiertos de verdura en la época de las lluvias, escalonados en delicioso desorden, lo que da al paraje un aspecto encantador. Hace muchos siglos que los hombres pasan indiferentes al lado de esas colinas sin sospechar que bajo la tierra exhuberante y perfumada con los gratísimos aromas de los jazmines y de las marga-

ritas de que se tupen cual si cubriéralos caprichosa alfombra, yacen sepultados en el olvido los testimonios de una civilización poderosa, muerta hace millares de años. Fue la casualidad la que vino á revelar que bajo algunos de esos cerros se encuentran aterrados edificios repletos de bellezas. Pobre labriego cruzaba un día por uno de estos montículos cuando de pronto sus ojos fueron heridos por un pedazo de columna granítica medio salido en uno de los surcos abiertos por reciente lluvia. Corrió la noticia vertiginosamente y Avil comenzó á remover toneladas de tierra, á sacar de sus entrañas y á mostrarlos á nuestros ojos atónitos, capiteles medio destruidos, arcos rotos, columnas de ladrillo y esa colección riquísima de libros de que os hablé anteriormente. Los descubrimientos de Avil causaron sensación profunda en el mundo de la ciencia: se restauraba toda una edad perdida bajo el polvo acumulado de los años; salía á luz toda una civilización olvidada cubierta con el manto hasta entonces impenetrable del cataclismo; aparecía de pronto la vida de un pueblo extinguido para siempre. La ciencia con su antorcha soberana descendió á las cuevas, buscó bajo de las aguas y disipó las densas nieblas para iluminar el misterio y satisfacer esta sed insaciable que nos devora por conocer hasta lo que está fuera del alcance de nuestros sentidos imperfectos.

Entre los palacios ó templos hasta hoy descubiertos han llamado la atención sobre todo, los situados al sur y al noroeste de la laguna que cubre á la antigua capital jiutemalita. Es el primero un edificio de ladrillos sólidamente unidos entre sí por medio de una argamasa muy resistente; ocupa una superficie ex-

tensa y una ancha puerta da entrada hacia un patio á cuyos lados se alargan inmensas galerías pegadas á muros dobles sentadas sobre cuevas subterráneas. Las opiniones más encontradas se han expuesto acerca del destino que se dió antiguamente á ese edificio; pero la que hasta hoy parece más verosímil, es la que supone que sirvió de residencia á los criminales jiutemalitas. De otra suerte no se explican la lobreguez de aquellas estancias, las garitas que sobresalen por encima de los altos muros ni la espesura de las paredes.

La arquitectura de este palacio es severa. Infunde pavor al ánimo y frío al corazón al contemplarle con sus altas torres y sus almenas rígidas, agrietadas y hechas pedazos. Instintivamente se huye la vista llena de espanto como si uno temiera presenciar las escenas de dolor, oír los gritos de desesperación, las imprecaciones de rabia que aquellas paredes inmóviles presenciaron y oyeron unos cincuenta ó sesenta años antes de la invasión yanki y quizá después.

Al contrario, el otro edificio casi restaurado hoy, encanta la vista. No presenta la grandeza pavorosa y tétrica de aquel. Lejos de ello, la profusión de mármoles y de estatuas, pedazos de un techo lujoso cubierto de arabescos caprichosos artísticamente esculpidos y entrelazados, fragmentos de una escalinata marmórea que debió haber sido una maravilla de belleza, nos revelan que aquel fue un templo dedicado quizás al placer y al esparcimiento. ¿Fue un palacio para dar en él los suntuosos saraos y los banquetes de la corte jiutemalita? Yo me extasio trasportando mi pensamiento hacia aquellas remotas edades para contemplar algo así como visión fugaz de lo que fueron las grandes fies-

tas. Me imagino los amplios salones reverberantes de luz, vomitándola por las ventanas, é iluminando en las calles caras pálidas y hambrientas que husmean el olor gratísimo de las flores y de los perfumes de las aristocráticas damas. Veo á éstas arrastrando los brillantes y las perlas, la seda oriental y el riquísimo terciopelo, sonrientes de felicidad, gustando el placer á manos llenas, repartiendo sonrisas y miradas hechiceras. Veo á los jiutemalitas embobados, contemplándolas con arrobamiento, galanteándolas; les veo estirar la garganta arrollada entre cuello blanquísimo para inclinar la cabeza humilde; á varios veo afectar las más ridículas posturas, luciendo el frac y doblando la espina dorsal, esforzándose por encontrar palabras más halagüeñas, frases más melifluas, adulaciones más serviles y mientras más altisonantes, menos sinceras; y veo también el ojo del yanki atisbando aquello, atizándolo, fijo en la corrupción del sentido moral y en la pérdida absoluta de todo sentimiento de vergüenza para hincar más fácilmente su zarpa conquistadora. ¿Qué brindis oyeron esas paredes cubiertas con lujosos cuadros murales, qué vilezas contemplaron (si es que las hubo) esas estatuas de mármol hoy hechas pedazos, qué lisonjas resonaron allí que por desgracia no han llegado hasta nuestros días para penetrar ampliamente las causas de la decadencia de aquel pueblo? Nada sabemos; la conquista yanki lo barrió todo talvez para no darnos el placer de dar pábulo á nuestra curiosidad; lo barrió por indigno, dicen las viejas crónicas yankis, lo destruyó todo para evitar un mal ejemplo á las generaciones venideras.

Sea como fuere, la verdad es que aquellas fueron las

conjeturas hechas cuando el montículo que cubría las ruinas de este palacio, comenzó á desmoronarse á fuerza de picos, y cuando empezaron á brotar á la vista de nuestros ojos maravillados, pedazos de mármoles, fragmentos de cuadros colosales y de columnas labradas caprichosamente. Pero esas hipótesis formuladas cuando apenas habíanse apartado los escombros, variaron completamente de dirección con el descubrimiento reciente de un pedazo de lápida en el que se encontraron caracteres realzados, cuya interpretación y cuyo complemento han sido causa de la más ardorosa de las discusiones. Merced á ese hallazgo feliz, creo poder asegurar que el objeto de ese palacio fue servir de Museo entre los jiutemalitas. Autorizan para creerlo así los fragmentos de las frases que debió ostentar esa lápida en la época de la grandeza jiutemalita. Se encuentran en ese mármol destrozado, los siguientes caracteres medio destruidos:

.....FICIO FUE CONS.....
.....TINO A MU.....
.....AL DURANTE.....
.... REY.....

Las más ingeniosas explicaciones se han dado por los doctos y eruditos para completar el sentido de esas frases cuyos fragmentos no parece sino que han sido respetados por el tiempo para desesperación nuestra. Unos dicen que el *mu*..... no es la primera sílaba de *museo* sino de municipalidad; y que el *al* no corresponde á la palabra *imperial* sino á *general*, deduciendo de allí que ese fue el palacio de una *municipalidad*

general, etc. Pero es de advertir que los jiutemalitas nunca tuvieron palacios para sus municipalidades y mucho menos municipalidades generales. La interpretación que hasta hoy me parece más acertada, es la de que esa lápida debió decir en un tiempo:

ESTE GRANDIOSO EDIFICIO FUE CONSTRUIDO
CON DESTINO Á MUSEO IMPERIAL
DURANTE LA MINORIA DE
S. M. EL REY.....

Quedan únicamente por discutirse y dilucidarse las arduas cuestiones de si fue construido durante el poder de algún rey yanki ó si fue antes de la conquista. Probable es que haya sido posterior á ésta porque es cosa averiguada que los yankis impusieron reyes. De todos modos el problema se resolverá plenamente cuando se logre descubrir la fecha del monumento.

Creo que ya os hablé de otro extraño palacio de piedra encontrado á unos sesenta ó setenta metros bajo la superficie terrestre. Para descubrirle en la pequeña parte que hoy puede verse, fue necesario remover millares de toneladas de tierra. La hipótesis más verosímil es la que supone que este edificio fue un templo dedicado al culto predominante entre los jiutemalitas que era el católico y no el de Belo, culto aquel lleno de misterios y de doctrinas tenebrosas y desconsoladoras, casi incomprensibles para nosotros y que probablemente no fueron sino simbolismos que el pueblo rudo tomó como verdades materiales y tangibles. Son bellísimas las colosales columnas de granito que adornan la fachada de este palacio y todo él debe de haber presentado un conjunto imponente con sus elevadas torres, soberbios

cinborrios y airosos capiteles. La esbeltez y la elegancia de este edificio, tal como le reconstruimos en nuestra imaginación, nos recuerdan nuestro actual palacio Legislativo, por la arquitectura severa en algunos puntos, juguetona y graciosa en otros, todo combinado deliciosamente en este monumento gigantesco, bastante por si sólo para atestiguar á las futuras generaciones la grandeza del pueblo que le construyó. Es admirable que aquel país de enanos haya podido levantar una fábrica tan bella como el templo de que os hablo.

Las estatuas de madera halladas en su interior, revelan que los jiutemalitas llegaron á una altura prodigiosa en el arte de la estatuaria. Son obras bellas, á no dudarlo, pertenecientes á una escuela que podríamos llamar ultra-romántica porque traducen una belleza ideal, belleza jamás contemplada entre los humanos: la belleza angelical. Y ved aquí cómo las reglas de la estética aunque no su concepto, varían con los hombres y con los tiempos: hoy nos parecen las cosas más bellas y más artísticas cuanto más se asemejan á la realidad, á la naturaleza de que las obras de arte no son sino copias. Antaño no, que las escuelas se disputaban á entrar por semejante criterio y cada cual se formaba su tipo de belleza, por donde, dicho sea de paso, se confirma de modo indudable la tesis sostenida por nuestro ilustre colega el Dr. Lizún: "la idea de la belleza es eminentemente relativa: no hay en la inteligencia humana nociones absolutas." Doctrina atrevida que hubo de levantar inmenso clamoreo en el mundo, la primera vez que se formuló.

Pero en la estatuaria jiutemalita hay también obras realistas de tal mérito, que el alma se arroba en su con-

templación, los sentidos se deleitan y se trastornan hasta el punto de convertirse en uno sólo: el de la vista. He contemplado una estatua que representa al Dios jiutemalita llevando una cruz á cuestas, tan perfecta, tan admirablemente bella que más no puede serlo. Se halla Jesús en aquellos momentos supremos en que sube la pendiente fatal del calvario con el instrumento del martirio oprimiendo sus espaldas. La mirada del justo, martiriza el alma: es la mirada del hombre medio muerto de fatiga, la mirada melancólica del moribundo llena de promesas y de dulzura, llena de una luz pálida que os inunda y penetra hasta el fondo de vuestro corazón. De su frente coronada de espinas brotan gruesas gotas de sudor sanguinolento que van á perderse entre las espesuras de una barba negra y hermosa, la barba típica del hebreo de raza pura. La palidez mortal que se extiende por todo el rostro enflaquecido, da idea exacta de los martirios y quebrantos á que el Dios hombre se sujetó para hacer triunfar una doctrina justa y bella, entre la protervia y la perversidad humanas. Y su boca entreabierta como para detener el suspiro que se exhala de su pecho, tiene una expresión tan amarga y tan dulce al mismo tiempo, que parece que los labios se mueven para dejar escapar un "perdónalos Señor, que no saben lo que se hacen." Id á contemplar aquella belleza de facciones y de perfiles, ese lujo en los detalles más mínimos, esa expresión tan acabada y tan realista y sobre todo aquellos ojos cuya mirada no se resiste sin gemir, sin que se sientan deseos de llorar, sin que invada hasta las ultimas células de la masa cerebral, algo de la luz esplendorosa que el justo derramó junto con su sangre.

No han llegado hasta nosotros por desgracia los nombres de aquellos inspirados artífices jiutemalitas que tales estatuas tallaron. Lo que sí puede afirmarse es que las halladas hasta hoy, son anteriores á la conquista yanki quizá en unos doscientos años. Hay quien supone que el pueblo perdió las tradiciones del arte escultórico ya próxima la dominación de los extranjeros y que tuvo necesidad de importar sus estatuas. Otros sostienen que las estatuas no se tallaron aquí, no porque el pueblo careciese de habilísimos artistas, sino porque dió en el prurito de preferir siempre lo extranjero, aunque los productos nacionales del mismo género, fuesen de mejores calidad y precio.

***

La pintura es el arte que menos desarrollo nos presenta entre los jiutemalitas durante la época que vamos analizando. Parece que sí hubo artistas inspirados; pero ó los jiutemalitas no supieron apreciarlos ó aquellos abandonaron el arte de alto vuelo para descender á la pintura de rótulos, el que parece rindió positivos provechos á los que á él se dedicaron. He dicho que la fotografía alcanzó gran progreso entre los jiutemalitas. Los retratos fotográficos que nos llegaron, por desgracia casi echados á perder, están admirablemente ejecutados por lo que respecta á lo que pudiéramos llamar la técnica del oficio, pues no nos es posible apreciar el parecido con los originales, en lo que entra positivamente el ingenio del artista, sino de un modo harto imperfecto. Se han visto diversas imágenes auténticas de una misma persona tomadas en el mismo año; apa-

recen en unas muy hermosas y en otras horrorosamente feas. ¿Cómo explicar este fenómeno curioso? ¿Serán las unas caricaturas? No porque son fotografías. ¿Cómo explicarlo entonces? Ello es un enigma que aclararán los jiutemalólogos. Lo úuico que hoy podemos conjeturar, es que es muy probable que las galerías fotográficas que tenían el don de mejorar al original, serían entonces, como son hoy, las preferidas, que la vanidad humana es la misma en todas las edades.

Pero esos retratos tienen para nosotros, aparte del interés artístico, un valor inmenso: nos muestran la organización de los viejos habitantes del planeta y nos dan á conocer su modo de vestirse, sus actitudes favoritas y á veces hasta escenas íntimamente domésticas. Los jiutemalitas (y quizás por ésto siempre representaron á Dios barbudo, pintándole á imagen y semejanza de ellos), tenían barbas en la cara! ¡Pelo en el rostro! En unos negro, en otros blanco y en algunos amarillo. ¿Verdad que es fenómeno curiosísimo? *(manifestaciones de asombro entre los concurrentes).*

¡Y aun á pesar de ésto hubo quien conjeturara que "Bellópolis" viene de bello! ¡Bellas unas gentes que tenían pelos en la cara.....! Como se comprende esta circunstancia es importantísima en nuestras investigaciones: si tenían el rostro lleno de pelo dejando muchas veces al descubierto únicamente los ojos, la nariz, la boca y la frente (esta peluda también en diversos ejemplares) quiere decir que los jiutemalitas y también los yankis estaban en el último paso de la evolución. Confirmanlo así la correcta forma de las orejas, los pómulos perfectamente modelados como se ve en algunas

calaveras, la configuración bella de las manos y la nariz que por lo general no es aquella nariz aplastada reconocida en otros ejemplares, probablemente no oriundos de estas comarcas.

Pero los retratos que verdaderamente cautivan el ánimo, son los de las mujeres jiutemalitas. ¡Qué mujeres! De ojos rasgados en los que se ve titilar la luz, labios deliciosamente sonrientes en que parece vagar la gracia típica, allí condensada en los hoyuelos de las comisuras, de cabellera undosa y quebrada en que reverberan los rayos del sol, cejas negras, muy negras, prometedoras de los arrebatos de las diosas..... (*aplausos*)..... Os digo que á la vista de esos retratos imagináis no sé qué dulzuras jamás soñadas y sentís no sé qué ímpetus, de adorar esas imágenes que se os figuran tomadas de huríes soberanamente bellas. Por supuesto que hablo en tesis general: no sé hasta donde llegaría la habilidad del artista, y además, podría yo mostraros otros retratos de mujeres jiutemalitas que..... deben de haber desacreditado muchísimo á las galerías en que se tomaron.

***

Antes de concluir este rápido bosquejo de las manifestaciones artísticas de Jiutemal, permitidme dedicar unas cuantas palabras al arte tipográfico que llegó entre los jiutemalitas á un estado de adelanto verdaderamente admirable. La nitidez de los libros que salían de las prensas del Estado, no tenía rival; la gracia y el buen gusto de las ediciones de Sánchez y de Guise, eran inimitables; y la limpieza y galanura de los tra-

bajos de Síguere y Compañía resistían la comparación con lo mejor enviado por el extranjero. Jamás rayó á tanta altura este bello arte como en la época que analizo. ¿A qué se debió? A dos causas que se unieron en feliz consorcio: al renacimiento, pudiéramos llamarlo así, de la literatura jiutemalita ayudado eficazmente por la libertad, y á los esfuerzos y espíritu de adelanto de esa casa de Síguere y Compañía. Esta empresa introdujo sistemas nuevos en el arte, nuevos procedimientos tipográficos, una verdadera revolución en las bases sobre que hasta entonces se había asentado la imprenta jiutemalita. Justicia obliga; hay que hacerla: á Síguere debió Jiutemal el progeso asombroso que alcanzó en este país el arte tipográfico.

***

Entre los descubrimientos más asombrosos é interesantes verificados últimamente en esas excavaciones, han llamado la atención de los sabios algunos esqueletos y cráneos que se hallaron en perfecto buen estado. ¡Qué pigmeos eran entonces los hombres! El esqueleto más grande hasta hoy descubierto no llega ni á un metro. Los cráneos pequeños y llenos de tierra húmeda como este que os exhibo, parecen el hueso de una fruta seca. Se nos presentan con las concavidades de los ojos desmesuradamente abiertos como si nos interrogaran porqué les removimos de su lugar eterno; los frontales, medio desorganizados, amarillentos, débiles como cascarilla que se desmenuza al tocarla, presentan ramificaciones óseas é incrustaciones fósiles que son como las líneas de un libro abierto donde leemos la his-

toria de las evoluciones de aquellos infelices restos de una raza degenerada, mutilados, ennegrecidos por el tiempo, mudos é inmóviles á través de las edades. ¡ Y pensar, señores, que hace millares de siglos, esas calaveras, tristes despojos de hombres que murieron para siempre, encerraron entre sus paredes diminutos cerebros ; diminutos, sí, pero capaces de crear la grandiosa civilización que estamos haciendo reaparecer por encima de los escombros y de las ruinas. ¡ La mente se abisma y la inteligencia queda muda al contemplar estos pedazos inertes, un día llenos de vigor, alentadores de grandes ideas y también de pequeñeces y de miserias ! ¿ Cómo, ésta pequeña bóveda ósea, amarillenta y frágil, apolillada y deleznable, encerró un día substancia gris por donde cruzaron pensamientos é ideas ? ¿ Qué pasiones y qué pensamientos fueron esos que agitaron á este cerebro de que aún quedan partículas petrificadas en las paredes de esta calavera ? En vano buscamos los rastros, en vano clavamos nuestra mirada ávida sobre este pobre despojo por que nada nos responde. Aquí bulleron el bien y el mal, aquí estuvieron juntos esos dos principios antitéticos ; aquí cruzaron, no hay duda, ideas criminales é ideas generosas, aquí se realizó tremenda batalla entre esos dos gérmenes que trae el hombre desde la cuna, aquí brilló algo como un destello de la aureola divina.....pero nada más sabemos ! Las ideas volaron dejándonos, para exasperar nuestra sed de romper el misterio, esto que se burla de nuestra presunción é irrita nuestra impotencia. ¡ Qué triste es el destino humano ! ¡ Nacer, sufrir, perecer ! ¿ Y después ? ¡ La Nada ! La Nada como término último, como felicidad final, como des-

canso eterno hacia el que aspira el hombre, ese compuesto miserable de todas las miserias, resultado de todas las grandezas, combinación absurda de todo lo pequeño y de todo lo elevado, de las fuerzas que determinan el bien y de las fuerzas que determinan el mal...

¡ Y este fragmento nos está golpeando en el rostro con los eternos problemas lanzados á la inteligencia del hombre desde que apareció sobre la superficie del planeta ! Aquí está burlándose de nuestra ciencia y de nuestra vanidad : á pesar de todas nuestras maravillas, á pesar de todos nuestros progresos, á pesar de todas nuestras pretenciones siguen y seguirán siendo enigmas impenetrables á nuestro cerebro, los misterios de la existencia y de la muerte. ¿ Qué es la vida, qué es la muerte ? Problemas planteados hace millares de siglos en cuya solución no hemos adelantado un ápice á pesar de cuanto se haya dicho y escrito. Siguen siendo la esfinge inmutable, el misterio inmóvil y eterno. ¿ Qué es la vida, qué es la muerte ?

Pero si no nos es posible penetrar en el arcano insondable del pensamiento que se albergó en esta calavera, por lo menos nos será dable interrogarla acerca de lo que no se escapa á nuestros sentidos. Escogí esta, entre otras muchas, por que tiene, como veis, particularidades. En primer lugar es muy grande. ¡ Muy grande y mi mano la cubre completamente ! Y luego esta perforación del frontal es curiosísima. ¿ A qué se debe este agujero ? Será á la trepanación ? Es dudoso porque el agujero, como veis, tiene una dirección oblicua hacia el plano lateral derecho, y además se corresponde perfectamente con una ligera huella que entre detritus y partículas óseas se descubre en el occipital.

Este agujero, presumo que indica el paso de un cuerpo metálico sumamente duro y de pequeñas dimensiones, probablemente alguna *bala*, palabra esta cuya significación os daré más tarde.

Esta es una conjetura. Nada tendría de raro que fuesen los rastros de una operación quirúrgica atrevidísima, pues los jiutemalitas contaron con médicos afamados, verdaderas eminencias en la ciencia de curar. Tales fueron, para citar algunos nombres, Ortega, de quien las crónicas [illegible] nos cuentan maravillas; Toledo, cirujano [illegible]mo; Alvarez, Domingo, bendecido por muchos desgraciados á quienes arrancó de los bordes del sepulcro, y multitud de otros sacerdotes de la ciencia y de la humanidad.....

***

Señores: me siento algo fatigado y voy á concluir..... prometiéndome hablaros en las próximas sesiones, con la amplitud que la importancia del asunto demanda, de las manifestaciones científicas é industriales, de la legislación y organización política de este pueblo cuyos restos hemos exhumado de las entrañas de la tierra.

He hecho un análisis rapidísimo de las manifestaciones literarias y artísticas de los jiutemalitas en los treinta ó cuarenta años que precedieron á la invasión de los yankis. Basta este ligerísimo estudio para penetrarse de que aquel fue un pueblo de brillantes aptitudes para el arte, las que parece fueron decayendo poco á poco no se sabe por que causas, quizá las mismas que determinaron la ruina de la nación y prepararon el terreno para que se verificara con facilidad pasmosa la conquista

llevada á cabo por el pueblo norte de los yankis. Este sentimiento artístico del jiutemalita estaba llamado á elevarlo á una altura asombrosa de civilización y de progreso, si no hubiera sido que la sociedad diera entrada en sus entrañas al germen funesto del marasmo y de la corrupción moral; si no hubiera sido que se olvidaran las tradiciones del patriotismo, se rompieran los vínculos sociales y la gangrena del egoísmo minara las entrañas de aquella sociedad que no quiso tener valor de extirpar sus vicios para tener el de entregarse inerme y exangüe al yanki brutal que la aplastó con los tacones de sus botas.

El arte quizá descendió entre los jiutemalitas conquistados por los yankis, porque el arte necesita para progresar y desarrollar, de un espíritu vivificante, de un ambiente puro que los conquistadores ahogaron con férrea mano. Decayó, señores, porque la inspiración languidece y se torna mustia y estéril cuando se la contiene dentro de moldes estrechos imposibles de salvar. Decayó porque el arte necesita de la libertad para vivir como el hombre del aire para respirar y de la luz para ver. ¡ Oh ! Exigid que el poeta cante en sonoros versos cuando le sumís entre cadenas ! ¡ Haced que el genio brote cuando aherrojáis á la sociedad, cuando no la dais espacio para moverse, cuando veis en cada libro, en cada frase, en cada estrofa un peligro para la autocracia del conquistador, un crimen que reprimís con severa mano !

¡ Borrad la libertad, señores, y habréis borrado el progreso del mundo !

DIJE.

ADVERTENCIA.

Como decimos en el *prólogo*, el Dr. Green se proponía dar una serie de conferencias en nuestro Instituto. Desgraciadamente no pudo llevar á cabo su propósito porque atenciones urgentísimas le llamaron esta mañana de Pekin á donde llegó sin novedad.

Acabamos de tener el gusto de hablar con este disguido profesor quien nos anuncia que próximamente reanudará sus conferencias; y que en cumplimiento del compromiso que contrajo, hablará acerca de la organización política y económica, de las ciencias, de las industrias y de la legislación de los antiguos habitantes de Bellópolis, ó sean los jiutemalitas de hace nueve mil años.

¡ Ojalá que pronto tengamos el gusto de oír la elocuente palabra del Doctor Green !

BELLÓPOLIS, 6 de febrero de 9287
(Era del Cataclismo.)
(11,207 de la Era Cristiana.)
Hetche,
SRIO. DEL INST. A. DE BELLÓPOLIS.

ESBOZOS

¡Viva el Czar!

I

—Vamos, doctor, cuéntenos Ud. alguna de sus aventuras. ¿Nunca estuvo Ud. comprometido en conspiraciones nihilistas?

El Doctor Mentchikoff, polaco de origen, políglota profesor de idiomas y médico afamado, quedose un rato contemplando por encima de sus anteojos al corro de estudiantes agrupados á su alrededor en una de las anchas galerías de la Escuela de Derecho.

"Sí, dijo con voz reposada acariciando su blanca barba — sí, una vez me ví envuelto en un atentado nihilista, cuando acababa de salir de las aulas con mis borlas de doctor."

Imagínense Uds. (continuó) una hermosísima avenida á largos trechos cortada por plazas soberbias y por jardines erizados de columnas y de estatuas; calles enarenadas á cuyos lados se ofrecen pesados asientos de mármol blanco y á lo lejos, destacándose sobre un azul que parece girón de raso satinado, las cúpulas y los minaretes del Krelim envueltos entre encajes de nubes cenicientas. Moscú estaba de fiesta. Desde por la mañana, la gran ciudad se había echado á la calle para gozarse en su belleza, aspirar la luz de su sol alegre, admirar sus banderolas pintadas con las armas impe-

riales, oír las músicas y contemplar á sus soldados, con sus kabadas de gala, sus cascos relucientes y sus brillantes entorchados.

Pero sobre todo ¡ esa avenida del Krelim ! ¡ Qué batahola aquella ! Por todos lados lujosos trenes que rápidamente pasan conducidos por *mujics* hirsutos sobre el pescante como autómatas de carne, vestidos á la francesa con elegantes libreas de botones dorados, esbeltas chisteras de pelo y ostentando recios mostachos terminados en agudas puntas. Más allá, codeándose con la grandeza de Moscú, los pobres desheredados de la fortuna introduciéndose por todos los resquicios de aquella masa humana, huyendo de las patas de los caballos, escapándose de las ruedas de los coches, tendiendo el grasiento gorro y contrayendo sus labios por sonrisas pálidas á través de las cuales se deja ver la silueta repugnante del hambre..... Vendedores de chucherías que las anuncian á voz en cuello metiéndolas por las narices y ofreciéndolas por miserables *kopecs;* militares que pasan garbosos y resplandecientes de entorchados sobre enormes trotones, el sable chapalaendo sobre los arreos de plata y oro; archimandritas de larga barba que cruzan de aquí para allá, con la cabeza baja, las manos metidas entre las anchas mangas de su vestidura y la mirada fija en el suelo como buscando alguna fórmula eterna de felicidad..... aquello era un hormiguero humano en que cada cual arrastraba cuidadosamente oculto, su fardo de miserias y de pequeñeces, de glorias y de grandezas, de ilusiones y de pesares. ¡ Cómo hervía toda aquella abigarrada muchedumbre, envuelta entre sedas y harapos, el ambiente envenenando con su disodia, revolviéndose y aplastándose

como un inmenso crótalo lleno de protuberancias y de cabezas al cual se encerrara entre círculo de llamas!

De repente todo aquel gentío hizo un movimiento titánico de reflujo. Se movió como una inmensa ola agitada por el huracán, para partirse en dos mitades por enmedio de las cuales avanzó un batallón de caballería á trote largo, por una espesa nube de arena y por el ruido formidable de cien clarines anunciado. La *foule*, poco antes revuelta, quedó inmóvil; todos los vaivenes fueron paralizados; los polizontes pusiéronse firmes como postes graníticos, con sus garrotes levantados á la altura de las viseras y del seno de aquella masa que blandía el aire con sus sombreros y ondeaba al viento pañuelos de mil colores, se exhaló un grito colosal lanzado por millares de gargantas, inmenso grito que conmovió la atmósfera y á estrellarse fue sobre los muros soberbios del Krelim:

"¡El Czar! ¡Viva el Czar! ¡Viva el Czar.....!"

¡Viva el Czar! Y á esa palabra mágica todas las frentes se inclinaban con respeto; muchas rodillas se hincaban en tierra; fervorosas plegarias se alzaban al cielo pidiendo la bendición para el pontífice supremo y..... muchas maldiciones y voces de rabia se ahogaban enlos labios.....

¡Viva el Czar! Y el oceano de cabezas destacado por encima de una superficie abigarrada, bullía furioso como si un choque interior é invisible conmoviera sus entrañas y repercutiera sobre todos aquellos pechos que gritaban, y agitara á todos aquellos ojos ávidos de ver y sacudiera aquellas miriadas de manos que aplaudían frenéticamente el paso del sol de Rusia. Las gentes en el afán de no perder uno sólo de los detalles de la

magnífica escena, se atropellaban las unas á las otras, libraban verdaderas batallas para apoderarse de un banco de mármol y se asfixiaban entre aquella presión incalculable producida por millares de brazos que se movían en todas direcciones como tentáculos de enorme pulpo.

¡ Viva el Czar ! Y el grito brotaba ardiente de los pechos anhelantes sobresaliendo por encima del formidable aplauso, murmullo de colmena gigantesca, mezcla híbrida de todos los ayes y de todas las imprecaciones, remedo espantoso del bramar de las olas y del rugir de la tempestad.

¿ Saben Uds. lo que es el Czar ? La sola palabra hipnotiza y hace extremecer el corazón. No es el autócrata : es el alma encarnada de la Rusia entera, creadora de energías, de vida y de salud. Es la encarnación de la fuerza y del poder, encarnación sublime del terror y del mando, de todas las grandezas y de todos los misterios, amalgama divina del supremo bien y de lo infinitamente espiritual. El Czar es el padre de todas las conciencias ; árbitro infalible del corazón y de la inteligencia ; árbitro absoluto de la ciencia, dispensador de la gracia y del derecho, resorte de todos los movimientos y regularizador de todas las aspiraciones, sol inmenso cuyos rayos ciegan y á cuya luz las ideas germinan, las almas palpitan, se dilata la vida, el aire se carga de oxígeno y la belleza se genera. El Czar es nuestro soberano y es nuestro papa ; es en fin el padre á quien lo debemos todo, hasta la existencia que vivimos y hasta el aire que respiramos..... ¡ Viva el Czar !

Y mientras Moscú hipnotizado y tembloroso de en-

tusiasmo se revolvía en el mirífico ramblar del Krelim. Su Majestad, pálido y severo el rostro, ceñuda la altiva frente, hizo su paso triunfal contestando á los vivas y á los aplausos con ligerísimas sonrisas, viendo con mirada soberana al mundo de siervos arrodillados y á veces siguiendo con infantil curiosidad los remolinos que los ferrados cascos de sus caballos levantaban sobre la alfombra de flores arrojadas á manera de lluvia sobre el coche imperial.

De repente, toda aquella muchedumbre recede á saltos gigantescos, se desparpaja atónita como una bandada de palomas á vista del milano, huye en círculos concéntricos como inmensas ondas, formando el vacío al rededor de un punto central desde donde gris y espesa nubé se levanta y parten como disparados en monstruoso vómito, pedazos de miembros humanos y fragmentos de carruajes en medio del estruendo de mil piezas de artillería inflamadas al mismo tiempo..... ¡ El golpe fue dado en falso ! Estalló la bomba pero el coche imperial salió ileso !

¿ Después ? Esparcidos por el suelo y nadando en charcos de sangre roja, que íbanse extendiendo poco á poco sobre la blanda arena, quedaron montones informes de miembros humanos, las piernas confundidas con pedazos de mandíbulas ; cascos de caballos revueltos con cráneos destrozados y ennegrecidos por el humo y cubiertos de llagas cual si hubieran estallado al impulso inconmensurable de la dinamita. Veíanse allí cosacos con las entrañas de fuera manando sangre, las facciones horriblemente contraídas, los ojos saltados y la cabeza aplastada como por ciclópea maza ; polizontes con los sesos de fuera, con las piernas que-

brantadas, chamuscada la barba, los músculos de la cara retratando el terror, apretados los dientes en una última convulsión, los ojos abiertos desmesuradamente, enormes ojos que miraban inmóviles al cielo con mirada de odio, llena de imprecaciones, pletórica de blasfemias; cadáveres de mujeres revolcadas entre girones de ropas, apretando contra su corazón los miembros palpitantes y mutilados de sus hijos.....; niños aplastados por los pies de todo el mundo.....el infierno!

Los aplausos y las hurras se convirtieron en ayes de dolor y de todos los labios brotaban gritos lastimeros, aullidos de rabia y desesperación confundidos con las oraciones de los moribundos, con sus gemidos y suspiros. Allí en plena rambla se organizó en el acto un hospital; y los cirujanos comenzaron su terrible misión de amputar piernas y brazos con el blanco delantal manchado de rojo y los labios sonrientes murmurando palabras de valor y de consuelo que no mitigaban los agudos dolores de las víctimas.

Yo ví á un joven de veinticuatro años, lo más, próximo á exhalar el último aliento. Los intestinos de fuera barría con ellos el lodo sanguinolento del piso. "¡No quiero morir! — gritaba rabiosamente — ¡No quiero morir! Sálveme Ud. doctor!" Revolcándose entre un charco de sangre, al cielo levantaba los puños crispados y de sus labios espumosos brotaban bramidos de dolor, quejas lastimeras, amenazas feroces y blasfemias inauditas. Quiso incorporarse; pero las fuerzas le faltaron; sus piernas fracturadas no obedecieron á su voluntad y su cuerpo, un hermoso cuerpo de atleta, rebotó sobre el pavimento, la cara salpicando á los mozos que se acercaban para conducirle en anga-

rillas. Se agitaba convulsivamente y sus gritos desesperados y roncos pidiendo la vida, atronaban el espacio.

"¡No quiero morir!" Y de su boca horriblemente contraída por diabólico gesto, se escapaba una espuma blanca con tintes rojizos y de sus ojos, un par de ojos azules orlados por sedosas pestañas, saltados á flor de la cabeza, goteaban lágrimas candentes que rulando por sus mejillas, iban á perderse entre una barba enmarañada y hermosamente rubia. Se asía á la vida con desesperación; quería retenerla á la fuerza, aprisionarla y como sentía que se le agotaba por momentos sin poderlo remediar, lanzaba imprecaciones horribles contra todo lo existente, contra los médicos que vendían una ciencia falsa y no le curaban, contra los inventores de la dinamita, contra nosotros que vivíamos mientras él iba á la eternidad, contra Dios que le había dado una existencia maldita para arrebatársela tan luego como él se la hiciera dichosa.....Ah! Otros quedarían gozando de la vida, ¡qué bella es la vida! mientras él perecía en medio de atroces sufrimientos; otros quedarían en el mundo respirando el aire y bañando sus ojos en la luz, mientras los pulmones suyos se enjutaban y sobre sus pupilas caían los párpados entornados para siempre; otros seguirían aspirando la dicha de amar y de ser amados mientras su cuerpo iría á pudrirse olvidado del mundo entero entre las basuras de un muladar..... ¡Ay! La hormiga era más feliz que él: siquiera la hormiga no se daba cuenta de su existencia y la perdía sin sentirlo. El no, que se la hacían perder á la fuerza, á los veinticuatro años, entre martirios inauditos, cuando el porvenir le sonreía, la fortuna le mimaba y el Dios de los amores y

de las ilusiones había comenzado á soplar sobre él, suaves y perfumadas brisas y á enviar á los ojos suyos, jóvenes y vigorosos, rayos de luz color de esperanza.....!

"¡No quiero morir!" Y en su locura por la existencia, en su desenfrenado deseo de continuar arrastrando el fardo de la vida, lleno de abrojos y de miserias, pesado sí, pero al fin vida. injuriaba á los médicos, canallas y farsantes que se le mostraban como sacerdotes de una ciencia torpe é ineficaz para curar las heridas de los intestinos; pataleaba furiosamente y rechazaba con rabia á los clérigos que llegaban á prometerle la bienaventuranza eterna. El no quería las dichas celestiales, buenas para consolar á los cándidos y á los estúpidos; el no apetecía la gloria eterna que se le antojaba un sarcasmo cuando se estaba muriendo: él quería vivir y la vida no le llegaba á pesar de las oraciones y á pesar de los milagros. "¡Qué Dios y qué religión eran esos que imponen torpe vida de sacrificios y todo lo dejaban para después de la muerte, cuando lo que él necesitaba no eran ilusiones ni promesas sino un bien tangible que pudiera gozar desde luego: la existencia.....!"

Sus gritos fueron haciéndose cada vez más débiles, sus convulsiones menos violentas, sus brazos cayeron pesadamente sobre el tronco; su voz al fin, quedó medio ahogada en la garganta y el rostro pálido, horrorosamente contraído, quedó inmóvil, con la expresión de la última y más horrible de las blasfemias: ¡"No quiero morir! Maldito sea Dios que me arrebata la existencia .....!"

***

¡ Qué largo y qué severo fue el interrogatorio del juez de instrucción ! Sentado él á una mesa cubierta de papeles en desorden, principió á interrogarme con aire de olímpica sabiduría. Al verle rodeado de gendarmes inmóviles que me miraban con lástima, dijérase magistrado inquisitorial, un fantasma surgido de repente de las obscuridades de la Edad Media. Su naríz aplastada se movía temblorosamente á cada pregunta ; sus ojos giraban impacientes dentro de cóncavos espejuelos cual si hubieran querido sorprender las emociones de mi alma ; de su boca partida por monstruosa cicatriz brotaban las palabras una á una, pausadamente, roncas, cual si llenas de profunda sabiduría, tuvieran el mágico poder de arrebatarme la confesión, de hipnotizarme y de hacerme doblar las rodillas y mostrar las negruras de mi conciencia. La vacilante llama de un candilejo alumbraba con fulgores siniestros su calva relumbrosa, y el lustroso color blanquizco de su barba y su silueta gigantesca se proyectaba sobre el muro blanco, se desvanecía y se alargaba hasta perderse en las alturas de aquella bóveda fría cual si la hubieran tallado en hielo.

—" Mentchikoff !....Denuncie Ud. á sus cómplices.... ¿ Cómo pudo Ud. solo preparar el golpe ? Por fuerza alguien le ayudó en el complot infame....." Su voz resonaba por el tétrico salón, como escapada de una caverna, ronca, seca, penetrante como una aguja, removiendo á su paso el ambiente y aplastándose en los blancos muros. Y el eco repetía las palabras una á una á lo largo de la galería para ahogarse al fin como en un murmullo lejano apenas perceptible.

" ¡ Mentchikoff.....Mentchikoff.....Koff..... !" reper-

cutía el eco en la inmensa bóveda, rebotando de una á otra pared, de una á otra columna, largas columnas desnudas y grandiosas, severas como vetustos monolitos de arruinado claustro. Al extremo del salón en medio de una corona de laurel en la misma piedra esculpida, destacábase el busto de Iván *el Terrible*, toscamente tallado en una pieza de mármol blanco amarilleado por el tiempo. Con todo, el busto aparecía con su expresión terrible, los labios finos, contraídos por infernal sonrisa, la mirada fiera del chacal á vista de la presa, y la frente rugosa.....aquella M feroz, preñada de tempestades cincelada entrambos ojos. A la luz de la bugía, aquel busto ensamblado en la pared destacado por cima de la curva soberbia que servía de base al arco final de la bóveda, aparecía tiznado, lleno de sombras rojizas, perfilado con líneas ígneas; sobre todo, la nariz que se alargaba como si olfateara sangre, nariz de pantera sedienta y rabiosa. Dijérase cabeza escapada del infierno y asomada á través de la piedra para contemplar los suplicios de los convictos de nihilismo.

—"¡Mentchikoff—decía el Juez mirándome por encima de sus lentes—Mentchikoff! Será Ud. empalado..... !"

Y el maldito busto de Iván, haciéndose el portavoz de todos los ecos, repetía "¡empalado!" con una entonación fúnebre en cuyo fondo parecía percibirse la más cruel de las complacencias. "¡Empalado!" repetía, y la M de la frente brillaba con siniestros fulgores; los perfiles de la barba, de aquella mandíbula contraída por soberano desdén, se iluminaba con resplandores de fuego; los delgados labios sonreían y

de los hundidos ojillos, rojos como dos carbunclos, partían efluvios de muerte que sentía penetrar helados hasta lo más hondo de mi corazón.

"¡ Empalado !" Y me parecía que la cabeza de Iván silbaba ; que se extremecía de placer en medio de su corona de laurel ; que se alargaba y se inclinaba para verme bien con sus ojos burlones, gozarse en mi tormento y empalarme con el brillo de aquella mirada olímpicamente majestuosa y preñada de mofa que aún siento pasar aquí sobre mi frente de nihilista como pirámide egipciaca.....

"¡ Empalado !" Y por mi mente cruzaban horrorosas visiones. Contemplaba mi cuerpo palpitante y desangrándose, espetado en puntiaguda lanza, devorado por las convulsiones, buscando apoyo, las manos agitándose para asirse de impalpable nube..... ¡ En vano ! Los movimientos estériles refluían sobre el cuerpo y la punta de la estaca se ensartaba más desgarrando las entrañas.....

Mientras todos estos terrores asaltaban mi ánima y hacían contemplarme en el extremo de un mástil sirviendo de ludibrio á la soldadesca, el escribano resbalaba su pluma vertiginosamente sobre cuartillas y cuartillas de papel. Escribía sin cesar y el ruido del rasgueo hacía un efecto horrible en mis nervios. Desde el lugar en que yo estaba de pie, con la mirada en el suelo, aquellas cuartillas aparecían atestadas de letras negras, unas sobre de otras, menuditas y apretadas como hormigas sobre sábana blanca. ¡ Qué lujuria de escribir ! ¿ Qué escribía ese hombre alto y flaco que asestaba sobre mí de vez en cuando sus ojillos de ratón parecidos á cuentas negras incrustadas en cera blanca?

Para establecer que yo era uno de los conjurados convicto de nihilismo reincidente, no se necesitaba escribir pliego tras pliego. ¿Era todo éso necesario para condenarme al palo ó á la deportación á la Siberia?

—"Mentchikoff," dijo por último el juez viéndome con expresión sombría—"No tiene Ud. perdón." Y continuó con una larga arenga en que me habló de todo, de filosofía, derecho, jurisprudencia, medicina, de sus viajes y de sus conocimientos, de las penas que se me esperaban, de la grandeza de Su Majestad, todo en estilo ampuloso y tono enfático. Movía la cabeza y entornaba los ojos á la vez que hablaba sin que yo le entendiera una palabra, tal me tenía de atormentado. —"Será Ud. conducido á la cárcel"—dijo por conclusion—y.....se le aplicará el knout....."

—"¡El knout.....!" repitió el busto de Iván con voz cavernosa.

Y ambos codos amarrados por recio bramante, *codo con codo*, como dicen en mi tierra, los gendarmes me llevaron á empellones á la cárcel.....

II

¡Qué tenebrosa era entonces la cárcel de Moscú! Alto y lóbrego edificio construido en el último tercio de la Edad Media, tenía todo el aspecto terrible de un castillo feudal. Me pareció un fantasma horripilante cuyos brazos se abrian para extrangularme cuando le ví aquella noche con sus ennegrecidos muros terminados en torreones dibujados en la atmósfera brumosa y cuajada de nieve de Moscú. La entrada hizo erizar mis cabellos y dar diente con diente, al atravesar un portalón angosto, lleno de soldados y saturado de aire húmedo y glacial. El monstruo me tragaba sin remedio.

***

Arrojado sobre un inmundo pedazo de estera roído por las ratas, respirando el ambiente húmedo de mi calabozo y golpeando como un loco mis puños sobre los gruesos muros, pasé aquella noche, la primera que pasaba en la cárcel, renegando de todas las doctrinas y devorado por sed insaciable de destruir, de exterminar, de acabar con el mundo de un solo tajo para que de los escombros y de las ruinas surgieran otra humanidad menos corrompida, otras sociedades menos hipócritas, otros hombres menos menguados. En mi rabia exasperada por la impotencia, golpeaba mi frente contra las

883491 A

baldosas de la bartolina, me arrancaba los cabellos y mis carnes rasgaba con las uñas..... Había querido la libertad de mi patria y ofrecí mi existencia en aras de su felicidad.....¡ ay ! la patria estaba sorda ; amilanada por el despotismo, no oyó mi grito y se mofó de mis sacrificios.....! ¿ Estaría yo equivocado ? ¿ Cómo entonces llegar á la libertad si no era suprimiendo al causante de la tiranía ? ¡ Sí ! Había que matarle á fuerza de dinamita..... Lo demás.....teorías ilusorias, arranques generosos de utopistas..... La muerte, sólo la muerte y el terror son capaces de conmover á los pueblos, reformarlos y acercarlos al ideal..... ¡ Mentira ! Mentira también : el mal está en nuestras entrañas.

A las cinco de la mañana del día siguiente, cuatro corchetes entraron á mi calabozo. Me sentía devorado por la fiebre ; y mis miembros entumecidos, tiritaban de frío y mi cerebro se me imaginaba caldera próxima á estallar. Amarrado de pies y manos como un cerdo, se me arrastró á fuerza de golpes y empellones, hacia un corredor obscuro y destartalado, cuyas sombras cuajadas de nieve, en vano trataba de disipar un candilejo de petróleo entre cuatro vidrios mugrientos encerrado. Cuando, después de hacer pedazos mis vestidos me echaron de bruces sobre la cureña de un cañón, sentí que por mis venas corría un torrente de hielo y un frío de muerte invadió todo mi ser al doloroso contacto del bronce. Luego, una horrorosa lluvia de chicotazos se desencadenó sobre mis espaldas desnudas. Mis lamentos y el silbido de los fuetes al caer furiosos, se ahogaron entre el retemblar de los tambores y entre el chillido infernal de una banda de clarines.....

¡ Era el knout !

Los látigos se enroscaban como rabiosas serpientes en mi cuerpo..... ¡ ah ! siquiera el *membrillo* de Uds. no se enrosca.....

¿ Cuánto tiempo duró el suplicio ? Imposible calcularlo : los primeros golpes me hicieron exhalar gemidos, mis lágrimas corrieron en abundancia y muy pronto la sangre caliente comenzó á chorrear. Después ya no sentí dolor : el látigo magullaba mis espaldas, veía cómo los colgajos de pellejo arrancados por la punta del chicote volaban por el aire y se estrellaban contra las paredes por las cuales corrían hilillos rojos ; pero dolor no le había porque mis nervios estaban como adormecidos, cual si me hubiesen puesto bajo la influencia de virtuoso néctar.

Y desde entonces, esperaba con horror la sonata de los clarines y tambores. ¡ El toque de los clarines ! Siento aquí su sonido estridente aturdiéndome el cerebro ! Oigo el ruido infernal de los tambores confundido con las risas de los verdugos, con los lamentos de las víctimas y con los silbidos del látigo. La diana de la cárcel era una diana infernal.

Todas las mañanas á las cinco en punto, en medio de un gélido ambiente, á la luz sucia de un farol, y á veces á la titilante de las estrellas, cuatro ó seis compañeros de desgracias eran arrastrados sin compasión hacía el "corredor de los suplicios." Se les echaba de bruces sobre un grueso trozo de madera y comenzaba algarabía infernal de tambores y trompetas que ahogaban entre su ruido formidable los lamentos, las imprecaciones, las blasfemias, los alaridos de aquellas infelices reses humanas á quienes se conducía al tormento como se lleva al matadero á humilde manada de corderos. Y

bajo el látigo que caía despiadado sobre sus espaldas, bajo aquella fusta de cuero curtido, delgada y flexible, punzante y dolorosa como una ortiga, silbosa como el palo de membrillo, los miserables se disputaban al sacrificio, se retorcían como dementes, los ojos saltones y llorosos brillando siniestramente á la luz del candilejo, la boca contraída en horrible mueca, los cabellos erizados..... Se revelaban al tormento y proferían gritos inarticulados de salvajes ; se revolcaban sobre los trozos manchados con su sangre y pataleaban como patalean las bestias al contacto del hierrro candente de la marca.....

¡ Inútil afán ! Aquellos esfuerzos aumentaban la saña del cómitre y los golpes caían con más furia sobre las descarnadas espaldas, tiesas, estiradas por recios bramantes amarrados á las extremidades.

¡ Inútil afán ! Volaban girones de ropas tintos en sangre ; pedazos de carne y de miembros palpitantes, fragmentos de cuero cabelludo que á veces se estampaban sobre las mejillas de los sicarios.....y la sangre salpicando, formaba en los blancos muros dibujos caprichosos, escarabajos rechonchos, de patas gordas y alargadas, chinches monstruosamente ventrudas, arácnidos con antenas y cabeza doble.

¡ Inútil afán ! El knout caía infaliblemente á pesar de los ahullidos, desgarrando cuanto encontraba á su paso ; y aquel montón de carne sujeto al madero horizontal, pronto quedaba convertido en cúmulo informe de miembros ensangrentados, de espaldas deshechas, de vísceras amoratadas, de lienzos destrozados, de nalgas hechas ampollas sobre las cuales cruzábanse largas y sinuosas heridas y se posaba enjambre asqueroso de

moscas hambrientas atraídas por el picante olor de la sangre humana.....

Por la noche, el silencio de las tumbas. El primer día, las impresiones fueron horrorosas. Encerrado desde las cinco de la tarde en mi estrecha *bartolina*..... imagínense una de las *tres marías*.....veía cómo la escasa luz, que á duras penas atravesaba por la ferrada claraboya, iba extinguiéndose lentamente, huyendo de mis pupilas y dejándome en cambio la noche pavorosa. El sol fue cayendo: sus últimos rayos enturbiados por el polvo, se extinguieron á las cinco. Los besé ávidamente, quise respirarlos, detenerlos un instante más..... En vano: la tenue claridad murió. Arrojado como carne descompuesta sobre mis deshechos de estera, fijé mis ojos suplicantes en el angosto agujero del techo, viendo cómo se iba la luz pálida, escapándoseme..... Poco á poco el recinto se fue cubriendo de tinieblas, de capas negras entre cuyas espesuras relucían con resplandores rojizos, haces de varas tintas empuñadas por manos peludas, látigos entrecruzados sostenidos por vestiglos formidables de diabólica sonrisa, de ojos oblicuos, de nariz filuda que alargaban cual si olfatearan el hedor de mi carne tendida sobre escaso petate y devorada por legiones de moscas cuyos largos chupadores reabrían las vesanas medio cerrradas. De los ángulos de la mazmorra surgieron de repente batallones de diablillos y de gnomos bañados en sangre; en sus corvas garras sostenían knouts delgados, agujas de aguzada punta, clavos candentes.....qué se yó! Y danzando macábricamente, contorciéndose, afectando figuras obscenas y sonando trompetas endemoniadas, ¡los clarines de

las cinco! comenzaron á golpearme con sus fustas y á reír á carcajadas. "¡Toma!" — me decían — y estrellaban su látigo contra mis heridas frescas, me atenaceaban los miembros, me arrancaban pelo por pelo y sus recias uñas se internaban en mis carnes revolviendo mis entrañas y amasándolas entre sus garras..... Mis gritos desesperados excitaban su risa y mis gemidos les arrancaban carcajadas. "¡Toma, toma!" — y la danza continuaba y sentía mis sienes latir en insoportable martilleo y mi sangre correr por mis arterias como torrente de plomo derretido.....

A veces, cuando la fiebre daba de mano y no tenía encima la mirada severa y fría de algún *gorodovoy*, pasaba largas horas reflexionando sobre mi suerte y la suerte de mi patria. Repasaba mi vida, leía en ella como en un libro abierto, iba recomponiendo punto por punto toda una historia de veintiocho años. Veíame estudiante en la universidad manoseando cadáveres y exprimiendo llagas; nunca llegaron estas á la repugnancia y fetidez de las sociales..... Vagaba mi pensamiento por todas las teorías científicas aprendidas en las aulas.....la libertad.....la moral.....el derecho..... ¡Bah! todas esas eran mentiras bonitas..... humo, nada más que humo! Ilusiones tomadas en serio por los necios y por los inocentes! ¡No hay nada más que la fuerza! Y por la fuerza hay que destruirlo todo para que sobre los escombros de lo demolido, nazca otra humanidad menos hipócrita.....

¿Pero adonde voy? ¡Dichosos vosotros que no tenéis Czar!

***

¡ No hay como estar uno en la cárcel de Moscú para convencerse de la pequeñez de las grandezas humanas ! ¡ A cuantos ví caer del pináculo á la sima ! Pero ninguno como Piotrnovich. ¡ Esa fue caída ! El general Piotrnovich había sido como el alma del imperio. Brazo derecho de Su Majestad, se le vió en una posición envidiable haciendo y deshaciendo como un segundo emperador. ¡ Y hay que confesar que lo hacía bien ! Alto, fornido, con musculatura de atleta, patillas recortadas á la francesa, cara avinagrada color de aceituna, había que verle cuando pasaba por las calles rodeado de un séquito brillante de oficiales. No era un hombre en cuyo cerebro se laborasen profundas combinaciones políticas ; pero la verdad es que ejercía gran ascendiente sobre el ánimo de Su Majestad quien no daba paso sin el consejo de Piotrnovich.

¿ Qué causas dieron motivo á su caída de la gracia imperial ? No se supo nunca. Entre las gentes del pueblo se murmuraba que en el fondo de aquella tragedia bailaba una artista italiana que hizo durante algunos días trastornar el seso á los pisaverdes de la alta nobleza de Moscú. Ello es que el general Piotrnovich llegó á la cárcel. Entró descalzo, desangrándosele los pies, la cara amoratada por el frío, las piernas escasamente cubiertas por unos calzoncillos de manta cruda y atado por detrás con un cordel que le unía ambos codos. ¿ Era posible que este ente miserable, con facha de pordiosero fuese aquel general lleno de entorchados de oro, que pasaba revista á las tropas y que hacía temblar á la Rusia entera cada vez que arqueaba las cejas ? El era, el infeliz, sacado de la nada y elevado á la grandeza, se creyó realmente grande y cuando con

más fruición libaba las mieles del poder, cayó para ir á barrer con su frente el polvo inmundo de una cárcel. Flaco y pálido, parecía un muñeco grotesco tallado en cera negra; hasta su gigantesca estatura había menguado á fuerza de encorvarse y el bronceado moreno de su rostro, parecía esfumado por un pincel.

Desde el día que llegó, le destinaron al más penoso de los oficios: la limpieza de las letrinas. ¡Las letrinas de la cárcel! Y aquel hombre acostumbrado al grato perfume de las mujeres y al incienso hipnotizador de las adulaciones, hubo de revolcarse entre los excrementos, extraerlos con sus manos, embadurnarse el cuerpo y salpicarse el rostro suyo, su rostro en que más de una vez se posaran frescos y rosados labios. Abatido y exhausto de fuerzas, incapaz de la más leve resistencia sacaba del pozo el zurrón atestado y pestilente, le cargaba sobre sus anchas espaldas ó sobre su cabeza por encima de la cual resbalaban gotas de intolerable olor amoniacal que iban por último á quedar suspendidas y temblorosas entre los pelos rígidos de su barba. Sus lágrimas, unos lagrimones semi-transparentes, se confundían con aquellas gotas llenas y espesas.

A Piotrnovich se le aplicó el knout á hora desusada. Apenas el reloj de la cárcel hubo sonado las siete de la noche, el infeliz fue extraído de su celda, arrastrado por el desigual empedrado del patio, para sujetarle al potro. Todos los reclusos fuimos llamados para presenciar el tormento en medio de una fuerte guardia. El pobre Piotrnovich yacía maniatado como un cerdo, de bruces sobre el madero infamante. Previa una arenga del alcaide, erizada de amenazas y en que se

nos habló de la grandeza de alma de Su Majestad, dejose oír el lúgubre sonido de los cornetas y el redoble de los tambores. Jamás sonaron con tan triste acento. Parecían gemidos escapados de gargantas extranguladas.....

"¡ Tarará.....tarará.....tara.....tarará-á-á..... ! "

Comenzaba el tormento : cinco hombres, cosacos de atléticas formas, agitaban sendos zurriagos y los dejaban caer sobre aquel cuerpo miserable allí tendido sobre inmundo fiemo. A los primeros golpes, el desgraciado exhaló alaridos prontamente sofocados entre el rumor infernal de las trompetas y de las cajas ; el rostro amoratado se le hinchó como una gran ampolla ; de los ojos saltones, abiertos y movibles en sus cuencas, brotaron lágrimas ; los pelos de la barba se hicieron hirsutos y de la boca, una bocaza armada de filudos dientes amarillos, se escaparon gritos de fiera acorralada, imprecaciones horrorosas que chocaban contra una enorme lengua que salía retorciéndose sanguinolenta y espumosa.

— " Duro — gritaba el alcaide — ¡ duro ! "

Y los golpes menudeados vertiginosamente herían por todas partes el cuerpo de Piotrnovich. Caían los látigos sobre la frente, sobre los ojos, sobre la lengua. Volaban los pedazos de pellejo, la sangre chorreaba salpicándolo todo y Piotrnovich se retorcía en el potro, hundía con rabia las uñas en el trozo ..... y pedía perdón.....

" — ¡ Perdón — gritaba — Perdón..... Por piedad... un tiro en la cabeza..... ! "

"¡ Tarará.....tararí.....tará.....tarará-á-á.....! "

—" ¡ Más duro ! — rugía el alcaide, un hombronazo

de origen zambalgo, de cara ferozmente negra y lustrosa y amplias espaldas de oso cebado.

Entonces volvieron el cuerpo casi exánime de Piotrnovich ; y renovadas que fueron las empapadas fustas siguió la flagelación con nuevos bríos y ardores nuevos.

¡ Horror ! Las carnes se abrían dejando al descubierto los huesos sangrientos y relumbrosos al resplandor amarillo de las lámparas de petróleo ; las fustas silbaban como crótalos rabiosos y pronto aquello quedó convertido en mole inmunda y amasada de miembros magullados, de sangre coagulada, de girones de pellejos..... Piotrnovich, jadeante como si acabara de correr cinco verstas sin descanso, cerró los destrozados párpados cual si se hubiesen desatado para siempre los nudos de la vida. Entonces rompieron las ligaduras, y entre risas burlescas, zamarrearon al pobre cuerpo y barrieron con él los asquerosos ladrillos de barro cocido.

De pie, con los brazos cruzados tranquilamente sobre el pecho y la mirada fiera, el alcaide contemplaba aquello mientras por sus gruesos labios erizados de bigotes vagaba una sonrisa imperceptible. Su rechoncha silueta se dibujaba sobre los muros con perfiles borrosos semejando la sombra de un marrano enorme en dos patas. De vez en cuando un ligero extremecimiento recorría todo su cuerpo cual si por su frente cruzaran horribles escenas.....acaso él mismo se vería alguna vez en la situación de Piotrnovich. Pero no, eso era imposible : perro de presa de Su Majestad desde hacía muchos años, alcaide perpetuo de la cárcel de Moscú, había presenciado infinidad de veces aquellas escenas y las había ordenado como un celoso servidor, esclavo

fiel de la voluntad de su señor. ¿Qué motivo había para que él cayera de la gracia? Sin embargo..... cuando hasta Piotrnovich cayó..... Y al pensar así temblaba de pies á cabeza cual si se figurara atado ya sobre el trozo. Por último levantó la cabeza con un movimiento brusco del hombre que trata de alejar pensamientos tenebrosos, se acercó dos pasos y quedose de nuevo contemplando lo que á sus pies había.

La luz de los quinqués caía de lleno sobre el rostro de Piotrnovich é iluminaba hasta el fondo de aquel cúmulo de heridas repugnantes, de llagas con bordes estriados, de huesos sin periostio señalados por el látigo. El alcaide quedose un momento inmóvil; y luego cual si hubiera querido dar forma concreta al nuevo curso tomado por los pensamientos que rodaban en su cerebro, se acercó aún más al cuerpo exánime y pegó sobre la boca con el tacón de su zapato. El tacón ferrado se estrelló contra los dientes.

Iba á ordenar que se llevaran aquello, cuando de pronto hirió sus ojos una lata de petróleo abandonada en un rincón. Por su mente cruzó una idea rápida porque contrayendo las cejas y arqueándolas como las arquea el felino á vista de la presa — "hay que destruir estas inmundicias" — dijo, y él mismo comenzó á rociar el cuerpo de Piotrnovich. Sobre las heridas abiertas como surcos, cayó el líquido, mezclándose con la sangre, empapando los pedazos de lienzo que aún quedaban, el pelo y la barba, las cejas y las pestañas. Aquel líquido frío al traspasar los tejidos y calar hasta los huesos descubiertos, al infiltrarse sutilmente en la carne viva y llenar los vasos sanguíneos, produjo una reacción: sacudió aquella masa y un suspiro sofocado

y una leve convulsión apenas perceptible, indicaron que aún había vida, un soplo de vida próximo á extinguirse.

"¡ Fuego ! " exclamó el alcaide, y rápidamente acercó la luz de un fosforillo.

La llama prendió.....una inmensa llama olorosa á carne quemada, roja, con reflejos pálidos que ondeaba al viento siniestramente. Prendió con la velocidad del relámpago.....y un ahullido feroz se escapó de aquella masa ardiente..... Y como bola ígnea que arrojara fuego por todas partes, Piotrnovich se revolcaba sobre las piedras, agitaba desordenadamente las piernas y los brazos sangrientos, lanzaba alaridos salvajes y se retorcia como una serpiente llameante..... Por último hizo un supremo esfuerzo, y de un salto espantoso se puso de pie. Comenzó á correr á brincos por todas partes como un autómata, buscando agua, la que pedía á gritos; rebotaba contra las paredes, rugía como bestia, pataleaba llamando á la muerte y se llevaba las manos á la cabeza cual si quisiera detener los progresos del fuego. ¡ En vano ! El voraz elemento le consumía; caían sus carnes con chisporroteo ínfernal desorganizadas como gotas de sebo fundido; el aire se saturaba de humo grasiento y á la vacilante luz de las llamas, su rostro negro dijérase el de un fantasma diabólico soñado por el Dante.

— "¡ Toquen ! " — sonó una voz en aquellos momentos. Y el redoble de los tambores y el sonido chillante de los clarines apagó los alaridos de Piotrnovich, el crugir de miembros y el chisporroteo de carnes, como el ruido poderoso del trueno, ahoga el lamento del náufrago que se hunde entre el abismo de las aguas.....

"¡ Tarará.....tararí-í-í-í..... ! "

Breves instantes después, la pira viviente, nueva antorcha neroniana, lanzó la última fugaz llamarada ; y sobre el sangriento empedrado del patio no quedó sino una mole negruzca y humeante con intolerable olor de grasa quemada.....

"¡ Tarará.....tararí.....tarará.....tarará.....tará..... tarirá-á-á-á..... ! "

III

¿Creerán Uds. que apesar de ser lo que se llama un espíritu fuerte estuve durante mucho tiempo padeciendo extrañas alucinaciones, de miedos raros á los aparecidos y á los duendes? El sueño huyó de mis ojos. Me acostaba atormentado por no sé que fantasmas que invariablemente se llegaban todas las noches á mi lecho, hediondos á carne carbonizada. Les veía abrir sus enormes ojos fosforecentes, acercárseme agitando su cola y rechinando los dientes, y alargar sobre mí largos tentáculos terminados por garras filudas. Acurrucado en un ángulo de mi calabozo, temblando de miedo y con la cabeza hundida entre los deshechos de la estera, veía alzarse sobre mi enorme castillo de espuma negra orlado de reflejos rojos. De sus almenas se destacaban los gnomos en espantoso tropel armados de lanzas y de knouts; brotaban del suelo, caían del techo, aparecían de entre las paredes de la mazmorra moviendo confusamente los brazos y las piernas..... como los agitaba Piotrnovich cuando fue presa de las llamas..... Y en medio de ellos dirigiendo la dantesca banda, el busto de Iván el *terrible* encerrado en su corona de laurel y sonriendo sarcásticamente. ¡Ah sí! Le veía muy bien con su M de fuego entre las dos cejas negras, lanzar sobre mi su mirada felina y aguda como un dardo.

"Pobre esclavo"—murmuraba á mi oído—"Pobre esclavo que buscas la libertad en la muerte de tu

señor! Búscala en otra parte, ¡imbécil! que tu amo no es causa sino resultado. ¡De rodillas, paria miserable, que te habla tu señor!" Y se alejaba riendo.

Entonces los diablillos se acercaban en círculos, bailando grotescamente, abrían los burlones ojos dentro de sus cuencas rojas y pataleaban y ahullaban..... como pataleó y ahulló Piotrnovich cuando le prendieron fuego.

Y tiritando de miedo, con la cabeza metida entre los pedazos húmedos de mi estera, de rodillas como me lo ordenara Iván, les veía apretar el cerco y burlarse de mi terror. Cerraba los ojos para no ver; pero en vano porque les seguía viendo siempre el flamígero rostro contraído por visajes imposibles.

Otras noches, era el mismo Piotrnovich quien me martirizaba. Le veía muy bien acercarse á mi lecho contorciéndose, gesticulando con su cara diabólicamente azufrosa y riendo con la carcajada sonora y terrible de Mefisto.

—"Oye tú—me decía—oye tú, esclavo de *mujik*, tú perecerás como perecí yo!" Y abría su bocaza para soplar una carcajada que me helaba la sangre. "Tú perecerás como yo, devorado por las llamas y desgajado á pedazos por el knout!" Sus palabras quemaban mi cerebro y sentía las aceradas uñas de Piotrnovich desgarrar mi cuerpo y sus llamas abrasar mis miembros..... "¿No oyes?"—repetía—"¿No oyes la diana del knout?" Y hacía una cabriola de mono rabioso. Entonces toda la banda de gnomos armados de trompetas egipcias, largas y relucientes, se desataba en infernal algarabía. "Tará.....tararí.....tará..... tarará....."

"¡Tarará-á-á-á.....!" se quedaban sonando temblorosamente los clarines.....

En los ratos lúcidos vagaba mi pensamiento por regiones etéreas llenas de luz y de arreboles. Elevada el alma fuera de todas las miserias y de todas las mezquindades de aquí abajo, se absorvía en la contemplación de efluvios divinos que hasta el fondo de mi cerebro penetraban.

Otras veces, mi inteligencia rodaba llena de espesas brumas, entre los infinitos abismos de la duda. "Sí, mi vida está equivocada. La misión que traje al mundo tronchada para siempre y deshecha al primer intento de realizarla. ¿Es que la sociedad está bien como está? ¡No, que es preciso destruirla y sentar las bases para que las nuevas generaciones gocen lo que no nos es dable gozar á nosotros! No hay más derecho que la fuerza, única ley universal; y para que el derecho utópico de que nos hablan los filósofos se realice, precisa destruir la ley de la fuerza, con lo que habrá de suprimirse al mundo y llegar al caos, al nirvana."

"¡Eso! Al nirvana!"

Y perdido entre un dédalo de ideas á cuales más absurdas, llegué á concluir en que la vida humana no es sino una línea quebrada desde el nacimiento hasta la muerte, un sufrimiento perpetuo hasta el "no ser," que es el descanso, la felicidad completa, la dicha suprema. "¡Sí! La muerte es la dicha suprema porque nos substrae al potro del pensamiento y al insufrible tormento de la existencia!"

Pero luego mi mente asustada retrocedía con espanto en presencia de tales doctrinas. Entraba á ellas

resueltamente; mas de pronto parecía encabritarse, disputarse con repugnancia cual si se la obligara á trasponer á viva fuerza un molde rígido de hierro. Para librarse buscaba refugio en las impresiones gratísimas de la niñez, en los dulcísimos recuerdos de mi infancia cuyas escenas se reproducían confusamente en mi memoria, como una ténue pero plácida claridad que se atreviese apenas á penetrar por entre densas tinieblas. Y maquinalmente brotaban de mis labios mis oraciones de niño: "¡ Padre nuestro que estás en los cielos....."

"¡ Padre nuestro!" ¡ Oh sí! Un padre era lo que ansiaba mi corazón, un padre celestial que irradiara su luz por los antros de mi cerebro caldeado y me arrancara de las negruras que me envolvían.

"Padre nuestro que estás en los cielos....." Y á estas palabras sublimes, llenas de amor y de ternura, me veía, lindo niño, de rodillas sobre mi camita de roble, con las manos juntas y suplicantes y mis ojos arrobados en la contemplación de un cristo moribundo. Sentía la mano de mi madre acariciar mi cabellera de oro, la oía arrullarme blandamente para que durmiera sin miedo á los aparecidos y á los monstruos con que la niñera asustara mi infantil imaginación. "Duerme, hijito mío! Reza: pide á Dios por tí, por tus padres y por tu patria....."

"¡ Padre nuestro.....!" Y me aferraba con ansia á estas palabras perfumadas de encanto, sentía que el corazón mío se dilataba, que mi alma se enchía de bienestar inmenso y que mi pensamiento alborotado, se tranquilizaba mecido por la esperanza.....

En seguida, trataba de profundizar aquello, de llegar

hasta el último análisis de la religión de mis padres, de penetrar hasta la esencia de esa religión para aspirar con delicia sus bellísimas doctrinas. Pero ¡ ay ! veía con pavor que todo aquello se me deshacía como pompas brillantes de jabón ; y una á una, las ilusiones se iban desgajando, la fe de la infancia — que yo creía inconmovible — haciéndose pedazos para dejar en su puesto horroroso vacío. "¡ Oh ! Esto no resuelve nada. Religión fatalista y desconsoladora que todo lo deja para después de la muerte ; esperanzas vanas..... ¡ Ilusiones, ilusiones, ilusiones.....!"

Y al desvanecérseme como impalpable neblina, veía con horror que estaba sólo en un caos, perdido en desiertas soledades con tinieblas en el alma y frío en el corazón. Tomaba entonces á mi cerebro y á la fuerza le obligaba á refugiarse dentro del dogma y allí le mantenía encadenado durante las crisis, apesar de sus esfuerzos para substraerse de aquel molde aplastante que le ahogaba..... " Razón rebelde, yo te domaré !"

"¡ Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.....!"

***

¿Qué era de mi madre en tanto? ¡ La infeliz ! Cuando la dijeron que me hallaba preso por nihilista y que probablemente sería empalado, rodó por el suelo, presa de un ataque apoplético. Recobrado por completo el uso de los sentidos la causó profunda admiración saber que me hallaba en la cárcel pública metido entre las redes de un proceso político.

—" Pida Ud. gracia al Ministro de la Guerra, general Orloff" —la aconsejaron.

Y ocurrió á Orloff implorando perdón. Le acechó una tarde en la vía pública y se arrodilló á sus plantas con los ojos arrasados en lágrimas y las manos suplicantes:

—"¡ General! Fédor está preso! ¡ Perdónelo Ud.! *Prosti!*" "*Prosti*," repetía con la voz ahogada mientras cubría de besos y de lágrimas las manos del general.

—" Vaya Ud. al Ministerio!"

Y fué al Ministerio uno y otro día; pero en vano porque el general Orloff nunca la recibió. Fue á la cárcel, y los centinelas la rechazaron rudamente con sus fusiles.

La infeliz anciana se encerró en su casa transida de dolor. Faltó el pan.... La existencia fue haciéndose cada vez más difícil.....escaseó la leña y las siluetas horrorosas del hambre y de la miseria se dibujaron.

Al principio, púsose animosamente á trabajar; pero pronto se supo que era la madre de Fédor Mentchikoff, preso "por política....." y entonces el trabajo mancó. Las gentes esquivaban verla, aún aquellas que nos estaban obligadas por inmensos servicios, porque su presencia era peligrosa.....

—"Señora, por piedad, déme Ud. trabajo que perezco de hambre!"

—"¡ No hay trabajo!" —la respondían con el mohín de asco que hace la grandeza cuando la miseria la perturba en sus placeres.

"¡ No hay trabajo!" Y la pobre volvía á casa rendida de fatiga, después de arrastrar por las calles

su fardo pesado de años, hundir sus pies medio desnudos entre los charcos helados y respirar con sus pulmones tísicos el aire mefítico y glacial de la gran ciudad. Iba y venía de uno para otro lado paseando su cara de miseria en que se destacaban un par de ojos hundidos cuyo brillo hacía más intenso la fiebre devoradora de la inanición. Importunaba á los transeuntes con su plañidero grito "socorro, socorro!" de que los ricos se reían porque no atinan que haya seres humanos que perezcan de frío y de hambre.

Y en su desesperación inmensa, ella también acudía á la fe de su niñez para fortalecer su alma que vacilaba entre el fragor de tan rudo combate. Y al comparar los hechos de los adeptos con las doctrinas sublimes del Cristo, esa fe flaqueaba y la esperanza huía de su corazón.

"¡Ama á tu prógimo como á tí mismo!" Estéril principio si nadie habría de hacer caso de él. Doctrinas inútiles si habrían de ser hermosas sólo para recitadas. ¡Eso! "No sirven sino para mantener en pie intereses egoístas." "¡Farsa, farsa, todo farsa y oropel!"—gritaba con los brazos alzados al cielo y los ojos girando cual si buscaran al Dios que la creó para pedirle cuentas de obligarla á cargar con una existencia maldita.

Odiaba á los ricos — "ladrones barnizados de gente honrada" — porque no comprendía cual era esa justicia divina que creaba vidas para gozarlas y otras para sufrirlas; renegaba en su delirio de las recompensas futuras y de las promesas eternas que su hambre no satisfacían ni calmaban los dolores de su estómago falto de alimento, ni la aliviaban de los que sus pulmo-

nes brumaban á cada golpe de tos. ¡ No ! No quería ella el cielo ni aspiraba á la bienaventuranza eterna : quería pan para satisfacer su hambre ; leña para calentar sus miembros aterridos por el frío, la libertad para su Fédor ; y un remedio cualquiera de la botica que apagara el fuego en que ardían sus pulmones sedientos de oxígeno.

Luego, venía la reacción : lloraba lágrimas de arrepentimiento y de rodillas se postraba ante una imágen del Mártir divino, toscamente nielada en un pedazo de madera ; perdón le pedía por las blasfemias que la arrancaran sus tormentos y posaba sus lábios cárdenos sobre las baldosas marmóreas de la casa de caridad en que se alojara por la noche. "¡ Perdón, señor, perdón !" — decía balbuciente.

" Perdón, señor ! vuelve á tu gracia divina á esta sierva descarriada y loca. Vuelve hácia mí tus divinos ojos.....no me abandones....."

Y entonces oyó que el Cristo dulcemente murmuraba : " Mi corazón estuvo expuesto á la miseria y al oprobio, esperé quien de mi se compadeciese y no le hubo ; busqué quien me consolase y no le hallé ; y me dieron hiel por comida, y en mi sed me abrevaron con vinagre....."

Y creía ver los ojos compasivos del Cristo moribundo fijándose en los suyos y prometiéndola tesoros ignorados y dichas jamás imaginadas. Le veía mover los labios cual si murmurara palabras de compasión.— "¡ Perdónala, señor, que no sabe lo que se hace ! " — y la sangre que manaba á chorros de la abierta herida, reverberante á la luz de un claro de luna, la veía caer sobre el piso y sentía que salpicaba sobre sus ojos

cegados por la desesperación y les volvía la vista cual se la volvió á Longino.

"¡ Perdón, Dios mío; tú también sufres enclavado en la ignominiosa cruz! ¡ Tú, como yo, no hallaste consuelo en tu aflicción inmensa! ¿ Qué es la vida? ¡ Sufrir, sufrir, nada más que sufrir!"

Después de estas crisis volvía con nuevos ánimos á recorrer las calles en buscas de la caridad y siempre la daban en el rostro con la eterna cantaleta: " no hay trabajo."

"¡ No hay trabajo!" Y esta frase repetida cien veces la quemaba el cerebro y la abrumaba con su enorme peso. Por último cuando ya nada hubo que enviar al montepío porque hasta la última hilacha se había consumido en esa ergástula de la miseria, cuando el hambre gritó imperiosamente, las energías se agotaron y comenzó á delirar.....comenzó á delirar y en su delirio veía un círculo de fuego en cuyo centro destacábase en arco, inscrito con enormes caracteres realzados, la frase inmortal del Dante: "*Lasciate ogni speranza*....."

"¡ No hay trabajo!" No le había para la madre del preso, para la madre del reo político, para la excomulgada de la sociedad, de esa sociedad cobarde y ruin, enlodada y corrompida, devorada por la hidra de la bajeza y de la infamia!"

La fiebre se apoderó por fin de todo aquel organismo gastado y la vida fue declinando, fue huyendo de aquel esqueleto vestido de piel, arbol roñoso cuyas podridas raíces ya no extraían la savia vivificante.

El día en que yo cumplí tres meses justos de estar en la cárcel lució para ella el sol por última vez. Fue

una mañana nublada y triste. La infeliz, arrojada sobre un banco de piedra de la Avenida del Krelim, se revolvía con los ojos fijos en el cielo. Quería que quitaran las nubes para ver al sol porque se imaginaba que tras el sol, sosteniéndole con una mano, estaba el gran Dios viéndola y sonriéndola con lástima, llamándola hacia El, la barba espesa y blanquísima ondeando caprichosamente al suave soplo de brisa divina.....

—"¡Oh, Dios mío! Allí sí hay trabajo! Ven por mí, ven por mi Fédor, llévanos á tu divino reino!"

Y extendía los brazos como si se abrazara á alguien, murmuraba oraciones que no se oían y fijaba la vista en el sol que desgarrando al fin la espesa cortina de nubes cenicientas, dejose ver purísimo y brillante.

—"¡Oh, virgen santa, qué buena eres! ¡Dame trabajo para que mi Fédor no muera de hambre; llévanos hácia tu Hijo celestial.....!" Su voz fue apagándose, sus ojos se nublaron; una sonrisa de inefable dicha vagó por sus labios descoloridos, extendió los brazos hacia el cielo como si una aparición divina la atrajera; abrió por último los ojos desmesuradamente.....y rodó á la eternidad.

Fuera, la naturaleza toda respiraba vida: los pájaros cantaban alegre himno á las primeras brisas primaverales, los árboles sacudían sus amarillentas hojas, la tierra olía perfume gratísimo, preparada para recibir el beso de la estación y el policial que cuidaba de la ambulancia, pletórico de sangre joven reía estúpidamente rozagante de vida y de salud.....

.....

Veinticuatro horas después (conmutada que me fue la sentencia de muerte) salía yo confinado á las glaciales estepas de la Siberia..... El Czar había sido generoso.....

¡ Viva el Czar !

¡13 Colorado!

A Enrique Martínez Sobral.

I

—¿Creerán Uds. que apesar de todo aquel su aire de bondad y de dulzura, mi mujer concluyó por hacérseme aborrecible? (Habla el Licdo. Benítez, joven de ventiocho años, ex-calavera elegante y asiduo concurrente al "Delmónico.")

—Pues sí—apesar de la influencia que tenían sobre mí aquellos ojos negros y soñadores, llenos de fuego y de misterio y orlados de sedosas pestañas; apesar de aquel candor que la hacía encenderse en rubores y de aquella inocencia encantadora, la mujer se me fue haciendo intolerable á medida que mi embobamiento se desvanecía.

Las primeras fanfurriñas saltaron por las cosas más insignificantes.

—"Ya vengo Mercedes."

—"¿Adonde vas, Manolo?"

—"Mira hija..... Voy á...voy á mis negocios.....

—"¡Pero dime adonde vas!" (alzando las manos con cierto imperio.)

—"¡Déjame mujer! ¿Qué te importa que yo vaya adonde me dé la gana?"

Y dando rápidamente la media vuelta y volviéndola

las espaldas, me escurría hacia la calle huyendo de su presencia.

Que llegaba á casa bien entrada la noche después de perder en el "Delmónico" tres ó cuatrocientos pesos, pataleando de la cólera; y me la encontraba llorosa, con su abundante cabellera negra como ébano purísimo flotando al aire en desordenada confusión..... "¿Por qué no te has acostado?" — "Te esperaba...." — "¡Pues no me gusta que me esperen! ¡Vete á acostar! ¡Caramba: ésto ya es insufrible, todas las noches, pero todas las noches la misma historia....."

Y la pobre, enjugándose las lágrimas que á mí se me antojaban de gazmoñería, se entraba hacia su alcoba refunfuñando entre sollozos no sé qué reproches entre los que se distinguían claramente "ingrato, ingrato." Y á cada paso las mismas explosiones, siempre acompañadas de lágrimas, suspiros, pataleos de niña mimada.....el demonio!

¡Uf! Aquello era un fastidio perenne. Si yo hubiera sabido lo que es el matrimonio, les aseguro á Uds. que jamás habría cometido la soberana estupidez de casarme. ¡La calaverada mayúscula!

Acostumbrado á mi vida de soltero y de estudiante, amigo de juergas y francachelas, de correrla con chicas de buen humor y partidario de la más pura libertad ¡ah, la libertad! echaba muy de menos aquellas famosas nocturnales pasadas entre copas de espumoso y carísimo champaña, con venus yankis de á diez pesos, y á veces con humildes fámulas de á dos, negras y hediondas éstas; pero que nosotros adornábamos con el mágico poder de nuestra fantasía y con un poquillo de polvos de arroz, de todas las gracias sucu-

lentas y fascinadoras de espléndidas y sabrosísimas *lorettes* parisienses. ¡ Aquello sí que era bueno ! Después de una opípara comida donde Bazzani (entre paréntesis, ¡ qué bien hacía este hombre los macarrones *al'italiana* ! ¿ Nunca los comieron Uds.?) Después de hartarnos de macarrones y de libar el *chianti*, (¡ vaya un maldito vino para ser caro !) nos íbamos tarareando "La Mascotta"..... ¡ la mar ! ¡ la pura mar !

¡ Imagínense Uds. por un instante á lo que sabrá el matrimonio después de ésto ! ¡ No se casen Uds., se los suplico !

No pasó mucho tiempo sin que todos aquellos mimos, todos aquellos arrumacos iguales siempre, sin que todas aquellas delicias del hogar de que tanto nos hablan los poetas y los novelistas ¡ al fin mentirosos ! me cargasen y me aburrieran. ¡ Que me reventaban, vive Dios !

Yo no niego á Uds. que durante los tres primeros meses de mi matrimonio, todo fue una dicha celestial.

— "¿ Me quieres, vida mía ? "

— "¿ Te adoro, Manolito de mi *colazón ?* "

Porque dimos en la manía de hablarnos como *bebés* tratando de infiltrar en las palabras toda la ternura de que rebosaban nuestros pechos. Comíamos en el mismo plato ; nos mirábamos sin descanso ; nos estampábamos ruidosos besos.....¡ un idilio !

"¡ Manolito de su *colazón !* "

Pero aquello se fue yendo poco á poco, se fue desvaneciendo como neblina, evaporándose el color de rosa para dejarme en cambio el amarillento de la tristeza y del fastidio. Entonces comencé á acordarme de mis

amigos, buenos y alegres muchachos, ellos á quienes había abandonado me parecía que desde un siglo atrás. Aquellas veladas del "Delmónico" en que nos pasábamos deliciosamente las horas contemplando el típico rodar de los dados..... ¡ qué emociones esas, no ! ..... cuando el cubilete de cuero vomita los dados y salen bulliciosos dando volteretas, rasando el tapete, bailando como si estuvieran electrizados y al fin se detienen y la mano sigue temblando..... cuatros.....! Aquellas noches soberbiamente aprovechadas en casa de las Montáñez (sesiones literarias, decíamos) en que cada cual se abonaba á su cada cual, y á lo mejor se apagaba la luz eléctrica, precisamente cuando la señora dejaba á las niñas á nuestro cuidado y se ocupaba por allá adentro..... ¡ Les juro á Uds. que las cuidábamos muy bien ! En fin, un mundo de recuerdos brotaba á mi memoria. Parecíame que todo éso había sido un sueño, que me había pasado en otro mundo muy distinto del monótono del matrimonio, que *yo* no era *yo*, es decir, aquel mismo de las *sesiones literarias*, aquel que se escapó de que le casaran á la fuerza con una Montáñez por no sé qué habladurías de la gente...

¿ Uds. no saben esa historia ? ¡ Me ví entre la espada y la pared ! Por fortuna que á la muchacha se le ocurrió morirse á tiempo — unos dicen que de amor y otros que de parto, es igual — que si no, me ponen en el brete de escoger entre la coyunda con aquel escarabajo y la penitenciaría. ¿ Que había razón para ponerme en ese dilema ? Talvez ; pero la verdad es que á mí siempre me ha parecido soberanamente idiota eso de cubrir el honor de las mujeres con un matrimonio de los diablos hecho á *rajatablas*. Pase que éso así

se remediara, antes de que la civilización nos invadiera. ¡ Pero hoy que hay á la mano tantos remedios!

Ya los resbalones no producen ampollas; y si las producen, cualquier *parchero* las deshace en el acto, con lo cual deja el honor tan terso como antes..... ¡ Decididamente, opto por el sistema actual! Es más humano, más fácil, y sobre todo más eficaz, por cuanto que el honor no se lastima ni se hace el escándalo brutal propio del antiguo método..... Verdad que esta vez el tropezón fue mayúsculo y el caso tan grave que pareció imposible á los "limpiadores de honras" lavar aquella que ya estaba podrida. ¿ Pero no quedaba el último recurso? Vamos, larga temporada en una finca ó un viajecito de recreo por Europa, lo hubieran salvado todo.....

¡ Demonio con las metáforas de las sesiones literarias!

¡ Ay! Todo éso se había acabado. Al presente, la vida matrimonial, seria, grave, tediosa..... ¡ sí, muy encantadora!

Sobre todo, á las horas de comer ¡ qué fastidio tan insoportable el de mi casa! Comía á las volandas atropellando los bocados para verme libre de su mirada tierna, de aquella resignación perpetua, de aquel mutismo abrumador que habíase impuesto á vista de mi cara avinagrada. Muchas veces la cuerda reventaba por la cosa más insignificante:

—"Prueba esta lengua, Manolito."

—"No quiero."

—"Pero pruébala hijito." (Me llamaba *hijito* con la voz más zalamera que podía hallar.)

—¡ Vamos, mujer, no quiero.....me revientas!

Y luego la consiguiente explosión de lágrimas y zollozos, de palabras entrecortadas, de suspiros melodramáticos, reconvenciones entre dientes, murmullo de quejas.....qué sé yo!

¡Vaya una luna de miel tan encantadora!

A veces—generalmente después de una de estas tempestades—reflexionaba profundamente acerca de los motivos que me movieran á casarme. Viéndolo bien ¿por qué me casé yo? Si yo hubiera conocido antes todas estas delicias..... Ciertamente que llegué al "puerto de Himeneo," como dicen los poetas cursis, enamorado, pero tontamente enamorado. Conocí á mi costilla en el Teatro de Colón una noche en que se representaba el "Baile de Máscaras." Me pareció hermosísima con su cabellera oriental desbordándose en cascadas apenas contenidas por un listoncillo azul (siempre la gustó mucho este color) coquetamente entrelazado en rosa. La suave luz de los focos eléctricos se quebraba sobre el marmóreo cutis de sus hombros y de sus brazos medio cubiertos entre borbotones de encajes y de filigranas celestes. Su boca apetitosa y su barbilla redondeada me hacían soñar como un romántico y sus grandes ojos orlados de sedosas pestañas..... ¡Qué ojos aquellos! Medio entornados y sonrientes me miraban á través de los mil calados del abanico—un abanico de plumas celestes también—y me hipnotizaban, me rendían gratamente como si de todos mis nervios y de mis sentidos todos se apoderara un fluido extraño maravillosamente embelesador.

A la salida del teatro me dí maña para acercarme á ella lo más que me fue posible. Me sonrió á la puerta y en aquella sonrisa mi fantasía descubrió un mundo

de dichas ignoradas, un "universo de placeres" un cielo de promesas. Embobado con su perfume delicioso, ni siquiera reparé en que la acompañaba una señora de edad, toda emperifollada y repleta de remilgos. ¡ Horror ! ¿ sería la suegra ? Seguí afanosamente todos los pasos de la niña..... ello es que á poco andar, ya sabía quien era ella ; que no había futura mamá política ; que era buena muchacha que me adoraba (tal me repitió cien veces) y que no sería la tontuela de hacer ascos al matrimonio en estos tiempos abundantes de escasez de novios. (Tal cosa nunca me la dijo ; pero yo la suponía.)

Esto era enamorarse hasta los hígados ; y yo me enamoré, no diré que como un chino porque esos salvajes no usan enamorarse ; pero sí como un tonto de capirote.

Está bien que uno se enamore, convengo en ello. ¿ Pero porqué demonios ha de casarse ? Entiendo que sería mejor hacer contratos matrimoniales por tiempo limitado ¡ Pero por toda la vida ! ¡ Vamos, que la ley tiene unas barbaridades.....! El hecho es que yo llevé las cosas al vapor. Sentía que me era imposible la vida sin aquella mujer : la soñaba todas las noches ; la veía en mi imaginación radiante de hermosura..... atrayéndome paulatinamente hacia la vicaría. La deseaba con furia : lejos de ella estaba intranquilo, nervioso, de mal humor. Me hacían falta sus miradas ardorosas, sus sonrisas enloquecedoras, su voz de aliento para trabajar. Y en mi delirio, me imaginaba la dulce vida que me esperaba al lado de aquella que era para mí angel de ternura y de bondad. Pasada la ceremonia (temblaba al pensar en ella) nos iríamos en el acto

para Amatitlán á tomar baños en la laguna..... Si, pero el hotelucho de Amatitlán..... ¡ No importa : la primera noche nunca se duerme ! ¡ Demonio ! ¿ Cómo sería aquello.....? (Y me frotaba las manos al reflexionar así.)

¡ Nada, que me caso !

Y con una embriaguez feroz y una actividad febril comencé á preparar todas las cosas necesarias al matrimonio. ¡ Qué balumbas de objetos, Dios mío ! Que amueblado así para la sala ; amueblado asá para el dormitorio ; que la ropa blanca con tales y cuales tiras de encajes ; que un sombrero con tales y tales plumas de casa de Mme. Renaud..... ¡ La mar !

Y todo costaba un ojo de la cara. Dinero por aquí, dinero por allá..... la cosa iba de veras y aquello era un desembuchar peso tras peso con una facilidad pasmosa. ¡ Que me cuenten á mí de baraturas en la instalación de estas sociedades ! Hasta el jefe político y el cura sacaron sus tajadillas. ¡ Ya lo creo ! ¿ Cómo soportar las publicaciones ? Eso era de muy mal tono. Además de que se me habría asado la cara de vergüenza al oír leer *inter missarun solemnia* aquello de que "el Licdo. don Manuel Benítez desea contraer matrimonio con la señorita Mercedes Ordález. El que sepa de algún impedimiento..... que venga á decirlo." Por cincuenta pesos se evitaba aquello y los aflojé con mucho gusto para que nadie tuviera el de ir á decir cosas indiscretas.

En ocasiones, cuando más afanado me hallaba en el arreglo de todas estas pequeñeces, me daban barruntos de que estaba preparando mi ruina, algo así como un suicidio monstruo, y sentía no sé que cosquilleo en el

alma que me predisponía contra el sacrificio. Me acordaba de la "Sonata" de Tolstoi y de las tonterías de Schopenhauer, se me ponían los pelos de punta y me entraban fuertes tentaciones de desbaratarlo todo, de proponerle á Rosenthal la retroventa (por la mitad del precio) de todo el montón de espejos, sillas, sofas, alfombras, todo aquel maremágnum de trebejos que me *encajara;* en fin, de dar la gran campanada.

Pero ¡ bah ! me decía luego : á otros les ha ido muy mal porque escogieron mujeres tontas. (Yo tenía la pretensión de que Mercedes era muy inteligente.) Si á algunos que yo me sé (pensaba) se los ha llevado el diablo, es porque cargaron con la suegra. Y brincaba con fruición al considerar que estaría sólo, solito con mi mujer en el nidillo que estaba preparando.

II

¡Sí, nidillo!..... ¡Nidillo de los demonios.....!

A los tres meses justos del casorio comenzaron á rugir, no las amenazas sino las más furiosas tempestades. La primera borrasca seria principió por una cosa muy sencilla: siempre la chispa produciendo el voraz incendio. Tengo la fecha muy presente, fue un quince de agosto, estoy perfectamente seguro.

—"Pronto vengo, Mercedes"—la dije como á la una de tarde.

—"¡Oh! Llévame á las carreras!"—me contestó con toda la cara resplandeciente de gozo.

—"Pero niña..... al hipódromo no deben ir las señoras... ¡Aquello es lo más fastidioso del mundo...! ¡Ver correr caballos!"

—"No importa, llévame."

—"¡Que te quedas digo! Si es imposible con esta mujer. ¡Ya no tiene uno libertad para nada! ¡Esta vida así es un infierno! ¡Tantas jorobas ya no se aguantan.....! ¡Prrr.....!"

Y *somaté* con furia la puerta de la calle echando ternos y maldiciones contra el matrimonio.

Un vientecillo fresco saturado de humedad calmó la tensión terrible de mis nervios y me hizo volver al buen humor. Caminaba de prisa hacia el hipódromo, porque me precisaba llegar cuanto antes á las carreras. Era fama que el General Reyna había ese año impor-

tado magníficos caballos para competir con los no menos flamantes de Mr. Schuman ; y no era cosa de desperdiciar aquel espectáculo y la ocasión de apostar unas cuantas libras, por un disgustillo con mi mujer.

Pero allí en Jocotenango una muralla de ruletas y de *chingolingos* bulliciosos me detuvo el paso. ¡ Qué bello panorama aquel ! La abigarrada multitud, vestida de domingo y disfrazada con cara alegre, bullía como un mar agitado y de sus entrañas alzábase murmullo de colmena gigantesca en el que claramente se percibían los gritos de los cocheros animando á sus caballerías y las coplas de los empresarios de *chingolingos*. Los coches atestados de " bellezas envueltas en seda " pasaban como canastas de flores..... (no se asusten Uds. de estas metáforas tan exageradas..... y echen la cuenta de que tuve un tiempo de caer en la majadería de hacer versos.....) El oceano de sombrillas se encrespaba á veces al paso de los carros del ferrocarril urbano los cuales rodaban haciendo un ruido de once míl demonios y vomitando gente sobre la plazuela que era un contento. Las maritornes con sus enaguas chillantes de mil colores, las orejas adornadas con pendientes de á dos por un real, sus camisas escotadas y sus ojos famélicos de placer, á la vista de soldados vigorosos y de robustos policiales con patillas á la andaluza, iban de aquí para allá todo removiéndolo, codeando á todo el mundo, riendo á carcajadas, engañando á los pobres vendedores de nueces y de chucherías y á lo mejor soltando las frescas : " ¡ No sea Ud. bruto ! "..... " ¡ que me rompe mis *naguas* el animal.....! " ¡ Esta ficha es falsa.....! "

Por su parte, los mozos guiñándolas los ojos, en-

viándolas pintorescos requiebros — "¡ay, pichona de las entretelas de mi corazón!" — enamorándolas á su manera: sujetándolas por el tapado y ellas dejándose sujetar como quien no quiere la cosa y yéndose al fin cada una con su hombre á refrescar el gaznate con vasos de horchata y de San Jerónimo delicioso..... ¡*Sesión literaria* de las Montáñez al aire libre!.....

Aturdido por toda aquella algazara, zumbándome en los oídos el retintín de los tranvías, las exclamaciones de los cocheros, el resoplar de los caballos; estrujado por todo el mundo y comprimido por enorme masa de carne humana, busqué refugio en cualquier parte y cobijeme como pude bajo un toldo de manta blanca franjada con listas azules y del cual pendían canastas y cadenas de papel, farolillos de colores, flecos bordados, girones de cortinas descoloridas y las correas que aseguraban la armazón. Era la ruleta — "gran ruleta y restaurant de Jocotenango" — decía el letrero en gordas letras negras. Cómo estar allí y no tentar la suerte en aquella ruleta que parecía sonreírme é invitarme á arriesgar un duro!

Y rumiando la copla que acababa de oír — "otros y otros por aquí, muchachos, que el que más mete más saca....." — me escurrí trabajosamente hasta la mesa, me encaré con el *industrial*, un mejicano de larga pera y sombrero picudo, feo como un ogro, el labio superior por fascinerosa cicatriz partido, lo que hacía parecer los pelos del bigote como brotando de una albóndiga abollada, vestido con una camisa roja y de pie en medio de dos montones de dinero. Las columnas de pesos chilenos alineadas en batalla, relucientes y apetitosas, mantenían estáticos los ojos de los jugadores apiñados.

"¡El que más mete más saca.....!" ¡Sí, mucho saqué! Peso tras peso, ví irse todo mi dinero á engrosar aquellas filas atraído impasiblemente por las garras del mejicano que con todo barría, imperturbable y serio como si estuviera haciendo la cosa más honrada y natural del mundo. Mis monedas, buenos y legítimos pesos de Carrera, se deslizaban majestuosamente por el ancho tapete atraídas por la maldita mano del ruletero cual si fuesen solicitadas por imán irresistible y poderoso. Esto sería todo lo natural que se quisiera... pero para mí aquello era monstruoso y..... doloroso! Hubo instante en que quise retirarme desesperanzado de gozar de las sonrisas enloquecedoras de esa deidad que llaman fortuna. ¿Pero acaso no llevaba ya perdidos doscientos duros? Era preciso desquitarse..... ¡Dejar ir mi dinero *así no más* sin probar á rescatarlo! ¡Tolerar que el mejicano se engullera mis pesos *carreños* sin más trámites que los de hacer rodar una bolita! "¡Trrr-r-r-r!"

— "¡Veinticuatro colorado!.....¡Tr-r-r-r.....!" "¡Casa chica.....!" *¡Oigusté!* — Sonaba la voz que parecía brotar del fondo de una caverna cuya boca estuviese llena de malezas. — "*¡Orita mismo!* "¡Casa chica!" Y las garras barrían cuanto se hallaba sobre el tapete.

— "Mira"—decía un jugador que todo lo había perdido á otro que estaba en vísperas de perderlo todo — "Mira, fíjate en que el veintiuno colorado, sale con frecuencia: casi sólo á ese número ganó miles el hijo de tantas del *sonto* Fermínez! ¡Apuntar allí!" ¡Apuntar allí! me dije pescando al vuelo el consejo que á mí me pareció llegarme como de perlas. Y desembuché todo

mi dinero restante sobre el veintiuno colorado, un veintiuno descomunal que tengo aquí bailándome en los sesos desde entonces. La bolilla, seguida por mis ojos que de ella no se apartaban un momento cual si hubieran querido detenerla sobre el 21, giró vertiginosamente sobre su angosta canal, produciendo un ruidillo que mantuvo mi alma en un hilo. Cuando el movimiento de traslación fue decreciendo, cerré los párpados porque me pareció que los ojos saltaban de sus órbitas; cerreles apretadamente porque deseaba saborear el placer inmenso de abrirles y encontrar á la esferilla de marfil majestuosamente sentada sobre un dos y sobre un uno de un rojo subido delicioso.

—"¡Veintisiete negro!" sonó la cascada voz del mejicano, nunca como entonces tan cavernosa para mí. ¡Maldición! Salí de aquella madriguera caldeada al rojo blanco, echando pestes contra el mejicano de los demonios y repasando en mi memoria todos los artículos del Código Penal represivos de los juegos de azar. ¡Sí, represivos! ¡Que vayan los diputados al *chingolingo* y á la ruleta á que me les desplumen y que vean así prácticamente los efectos de sus leyes! Mucha bambolla, mucha palabrería hueca erizada de moral, ¡hasta los toros quisieron suprimir! mucho hablar y nada decir para que á vueltas de tantas vaciedades, los ruleteros se rían á sus barbas de sus hinchados y soporíferos discursos! ¡Rayos y truenos sobre los legisladores y sobre las ruletas!

Pero vamos..... si yo hubiera apuntado al veintisiete negro..... ¡caracoles, qué *bodocazo!* ¡Treinta y seis veces mis cien pesos! No, á todo trance era preciso ensayar de nuevo! *¿Quién quita?* La fortuna

es tan caprichosa..... la bolita aquella..... el veintisiete negro..... ¡ Si yo hubiera apuntado al veintisiete negro ! Y acosado por la terrible ley del desquite, haciendo disparatadas combinaciones de números y colores y locas esperanzas alentando, llegué á casa poseído de un humor de perros. Mi mujer me esperaba reclinada á la ventana. Apenas me distinguió, vínose de prisa á recibirme con los halagos de costumbre, á los que correspondí con un gesto que debió de ser horrible. "¡ Jesús, que cara traes! ¿Qué tienes Manolito mío?" No sé si la contesté ; pero me acuerdo muy bien de haber levantado los hombros como quien dice "¿qué diablos te importan á tí mis cosas?" Lo cierto es que al rato estaba ella llorando y gimoteando como una Magdalena.

—"¿Sabes mujer? Lo que tengo es necesidad urgente de dinero."

—" Pero saliste de aquí con trescientos pesos !"

¡ Era verdad ! Había perdido tontamente trescientos pesos ! ¿ Y bien ? Necesitaba acomodarme de dineros para desquitarme. Vaya si lo necesitaba. Figurábame que con otros cien pesos no más, *al traste* daría con el mejicano y con su ruleta. ¡ Ya vería el maldito cuantas eran cinco ! Apuntaría al veintisiete negro y veríamos la cara que habría de poner cuando la bolita cayera en el número. Alargada se la miraba ya, asustada, con los pelos hirsutos de la pera por todos los rumbos derigiéndose como los rayos de un sol negro (porque el malandrín tenía la cara negra, muy negra, ferozmente negra).

La mujer es el animal más impertinente que creó Natura, el " *sexum sequior* " de Shopenhauer. Les cabe

á ustedes en la cabeza que se me negara el dinero en aquellas circunstancias? Pues sí, señor: mi mujer me lo negó resueltamente; me dijo que la estaba arruinando; que ya la había malbaratado "su casa" (una casita vieja que introdujo al matrimonio) que era yo un jugador empedernido.....se deshizo en un turbión de cuitas y de improperios y creo que me llamó infame... Infame porque me picaba el aguijón de desquitarme! Ya me reventaba eso de "su casa" con la cual se la llenaba la boca. "Su casa," una casuca de tres al cuarto que bien pagada apenas produjo quince mil pesos!

III

Ello es que desde entonces la vida matrimonial se fue agriando poco á poco hasta hacérseme insoportable. Desde esa última explosión, mis correrías se hicieron más frecuentes: ya casi no vivía en casa; y cuando á ella iba, pasaba el rato desasosegado, como sobre espinas en presencia de *ella*. Si la encontraba llorosa, disgustábame sobre manera verla con su cara pálida y triste, verdadero rostro de virgen dolorosa; si la hallaba alegre, á los diablos me daba de considerar que no estuviese triste por mí, ni suspirara por mis caricias de pasados tiempos; en fin: que rabiaba de pensar que no la entraran celos de verme en tratos con chicas de cascos ligeros. Las cuales me hacían estirar tanto y tan frecuentemente el cordel, que ya el bufete iba derecho al abismo. Por supuesto, que cada visita que á casa hacía terminaba con la correspondiente explosión seguida de todo el interesantísimo aparato de lágrimas, gemidos, lloriqueos y reconvenciones en que de seguro salía á relucir lo de que "ya la había malbaratado su casa." Con todo, prefería mil veces verla con el rostro desencajado, los ojos desmesuradamente abiertos, el cabello, aquel cabello de ébano riquísimo alborotado en desordenada confusión, las manos amenazantes como viviente estatua de la cólera, á contemplarla humilde y llorosa pidiéndome que la perdonara sus torpezas, entre suspiros enternecedores. Sólo una vez la ví en el paroxismo de la ira. ¡Cuán soberbia

con los brazos imperiosamente alzados, la cabeza erguida, arrugado el ceño con expresión de soberano orgullo y de olímpica deidad ofendida! ¡Qué hermosa, con el gesto desdeñoso y fieramente clavados los ojos en mí, aplastándome con su mirada de que brotaran rayos de desprecio y relámpagos de odio y de lástima, de amor y de despecho!

Confieso ingenuamente que en ocasión tal medime cien pies por debajo de ella. El brillo de sus ojos me anonadó; aplastante me pareció su mirada; sentime envuelto en una atmósfera terrorífica que me ahogaba, inundado en la luz de sus pupilas negras como la tempestad, empequeñecido ante el iracundo gesto de sus labios, convertido en miserable enano que á soberana diosa irritar osase. Balbucí dos ó tres palabras que temblorosas brotaron de mi garganta extrangulada por la sorpresa y creí que la sangre saltara del inflamado rostro al impulso de aquel bofetón imperioso y breve: "no mereces que te quiera! Vete, tu presencia me hace daño!"

Fríamente examinando el caso, todo ésto era motivo más que bastante para solicitar en el acto el divorcio.... ¡Qué dicha divorciarse para siempre, salir de semejante infierno y quedar libre, libre, oh, pero eternamente libre! Y desde luego me prometí proponérselo, seguro de que aceptaría la idea de mil amores. La cual quise en el acto llevar á la práctica y fuíme al bufete á formular un escrito rabioso, lleno de sátiras sangrientas contra mi finada suegra á la cual achacaba todas mis desventuras. ¡Claro que de la maldita vieja era la culpa! Si hubiera educado de otro modo á Mercedes.....Yo también me la tenía: ¡emparentar con

aquella ralea de los Ordález, atufados y tontos de añadidura, con ribetes de nobleza huera, de esa que huele á poblucho á cuatro leguas de distancia! Ya vería esa imbécil la que se la esperaba con el divorcio. ¿Cómo haría para mantener al muchacho, y qué sería de ella sin mí? ¡Ya lo creo: á lo mejor cuando el hambre la apretara tendría de pedirme perdón! ¡Imbécil, cien veces imbécil, cuatrocientas veces imbécil!

Por supuesto que entre estas y las otras danzas los demonios cargaban con el bufete, del cual apenas si quedaba la muestra ovalada con letras de plata sobre fondo azul: "Manuel Benítez, Abogado y Notario." Solamente un cliente me quedaba ya. Público estúpido que no me buscaba á pesar de aquel mi descomunal aviso perpetuo de "La República:" "Manuel Benítez Abogado y Notario: se encarga de toda clase de negocios dentro y fuera de la capital. Escrituras públicas á toda hora del día y de la noche!" ¡Como si nada! Esta gente no lee los avisos, ni las gacetillas, porque muchas veces insertó un amigo mío de la Redacción del "Diario," una que á mí me pareció de mágicos efectos, poco más pico menos así: "Notable. Lo es sin duda el alegato que pronunció ayer ante la ilustrada (este *ilustrada* es de cajón) Corte de Apelaciones, el ameritado y estimado abogado Licenciado don Manuel Benítez, á propósito de la acción que sigue don Fulano Zutánez contra don Zutano Fulánez, *cuyo* alegato es una pieza literaria y jurídica de lo mejor que se ha visto en el foro guatemalteco. Felicitamos sinceramente al talentoso abogado por el triunfo que ha alcanzado en este negociado y no dudamos que los señores Magistrados darán la razón.....etc."

Pues como decía, sólo un cliente me quedaba fiel. El cual era un medio judío de lo más raro que he visto en mi vida, terco y feo, pero riquísimo el maldito. Dió en la manía de comprar casas porque aseguraba él que en este país habría de valer muchísimo la propiedad inmueble cuando vinieran los yankees que, según sus cálculos, ya á nuestras puertas tocaban famélicos de nuestros tesoros. Para comprar una de tantas había depositado en mí, cosa de tres mil pesos (que nunca tal hiciera) producto de no sé que negocio no muy limpio en que turbias sobrenadaban la buena fama de un juez y las reputaciones de un secretario y de cuatro receptores, no muy sanos de conciencia. Que á decir verdad también la del judío era astrosa como ella sola, ancha hasta más no poder y obscura como manida de alacranes venenosos. Rechoncho y grasiento, tenía el tal los ojos vivarachos y maliciosos, nariz coloradota y picuda cual si olfateara siempre el rastro de la presa, boca siempre sonriendo lastimosa sonrisa, y testuz grosero de animal cornudo y terco: estatua del fraude en dos patas. Contábanse de él cosas terribles. Por ejemplo: decíase que comenzó su carrera como dependiente de una tienda de *abarrotes* establecida por Santa Rosa, propiedad de un godo jayán que venido había por los años de la independencia con todos los tufos de aristocrática enjundia, después de ejercer en su patria sucesivamente los delicados cargos de galeote, cuatrero y no sé qué lindezas más. Ello es que el horterilla por arte de birlibirloque, sucedió á su principal en el dominio de la tienda, tan pronto como aquel muriera; y por entonces corrió de boca en boca una espeluznante historia según la cual las hijas de don Facundo

(que así se llamaba el ex-cuatrero ennoblecido) se quedaron en la miseria y aún una de ellas con la miseria más un monicaco parecidísimo como una gota de agua á otra gota, á don Abraham que tal era el nombre de mi cliente. No era este de los que se anduvieran con chiquitas, que más de una vez en la cárcel enterró á empleadillos ministeriales cuyos recibos (que él comprara) resultaron *emplicados* que de esta manera destrozaba él, en su gerga medio alemana y medio española, el participio duplicado.

No tenía rival en eso de calcular el tanto por ciento de intereses compuestos; y era un portento en el arte de apreciar cuándo una heredad le garantizaba el cuádruple del dinero que sobre ella daba. Siempre que prestó dinero, lo hizo con el propósito predeterminado de robarse el inmueble.

"Es un lince" — decían las gentes al hablar de él; y le tenían por un genio financiero de aquellos de nariz de á vara. El sabía si los cambios bajarían, él si el café se depreciaba; él conocía al dedillo la situación de los bancos; sabía cuando íba á pagar sueldos el gobierno; qué combinaciones se formulaban sobre el Ferrocarril del Norte y hasta se aseguraba que había descubierto un medio famosísimo é infalible para salvar la situación económica del país, que era, como si dijéramos, una inyección de Brown-Sequard para resucitar muertos. El cual medio consistía, según se susurraba, en vender el Petén por cinco millones de pesos, negocio que él arreglaría muy fácilmente si le daban la comisión que había pedido del veinticinco por ciento. Y por éso se le veía correr siempre desalado tras los funcionarios del ministerio de Hacienda á los cuales em-

bobaba con su cháchara ampulosa y erizada de números. Que él había hecho pingües negocios, era cosa averiguada ; y decíase que tenía altísima vara y por eso el que se la hacía, se la pagaba ! Y con todo, el maldito era desagradecido como él sólo: siempre se mantenía hablando "de este país salvaje," en el cual "no se puede vivir." Sobre todo cuando alguna vez los tribunales no condenaban en costas al infeliz á quien estaba exprimiendo el quilo ¡ qué de improperios babeaba su boca infecta ! "En este país no hay justicia ;" "qué salvajeces se ven en estos pueblos ;"....ni en el centro del Africa,"— sin acordarse que al país y á su salvajez debía él haber sacado su tripa de mal año, él que vino con una mano atrás y otra adelante. En lo fino si que nadie le sobrepujaba á este grandísimo tuno : entre mil cortesanas zalamerías, sonrisitas bondadosas, golpecitos familiares y demás zarandajas de este jaez, atornillaba las clavijas hasta hacer reventar las cuerdas. Y aunque á veces, sin él quererlo, dejaba descubierta la hilaza de su basta tela, todos decían a una que "*fregaba* con gracia" y por eso (y por sus millones) le perdonaban y aún le felicitaban por el apretar de las clavijas. ¡ Maldita la gracia que á mí me hacía !

Quiso mi mala fortuna que por entonces se abriera la Exposición Centro Americana. Bonita exposición, verdad? La visité por la noche, una noche en que llovió á cántaros y el *Decauville* se portó como siempre, como perro gruñón de casa grande. Pareciéronme lindísimas aquellas salas, armazones enormes de hierro y zinc atiborradas de cosas que mostraban al extranjero la naciente industria de nuestro país y también el esfuerzo gigantesco de un pobre pueblo aniquilado, el

primer suspiro indicador de una rápida decadencia, desesperada convulsión de atleta herido, última convulsión que no haría sino desangrarle más y abatir sus extenuadas fuerzas.....¿Qué digo de la Exposición? ¡Bah! Aquello no valía nada. Ni un comino me importaban á mí los cuadros curiosos del salón de pinturas, la galería aquella de retratos de viejos chochos y feos, con sus cuellos hasta la barba y una banda de cuarenta vueltas por corbata; ni el cuadro aquel de corcho que mantenía embobados á los espectadores y que á mí un mamarracho me pareció. ni más ni menos. Importáronme un ardite las porcelanas y las tejas de "El Gallito," la pirámide aquella de frascos soberbiamente levantada por "Sierra y Cia.," los mármoles y cementos de "La Nueva Industria," los relumbrantes zapatos de la "Unión," y hasta el violín con todo y su princesa Dolgorowky — aquella princesa hechiza y encanijada que se *vestía de desnudo*, á la alejandrina. Hasta la bicicleta del amigo Gavarrete, con todo y que era de oro, me pareció cosa baladí..... Lo que había bueno allá, lo verdaderamente bueno, lo único bueno en fin, era la ruleta del turco.....Malgastar el tiempo en ver fuentes luminosas y cachivaches de escuelas y de iglesias al lado de una ruleta! Eso era idiota, soberanamente idiota. Yo no sería el tonto que tal hiciera. ¡Claro! Aun me ardían los quinientos pesos que me birlara el mejicano en las pasadas fiestas de agosto! El turco me los pagaría! Figurábame que eran hermanos y que el uno debía vomitar lo que contra toda mi voluntad el otro se engullera.

Y abriéndome trabajoso paso por entre una compacta masa de carne humana hedionda á pies y á sudor

y á tabaco y á todos los hedores é inmundicias juntos, revolviéndose allí en usurario espacio bajo los rayos de un foco eléctrico; estrujándome por todos lados, jadeante y medio asfixiado, llegué hasta la mesa en donde el brillo de las monedas de oro y plata enfiladas y estrechamente unidas las unas con las otras, trastornó mi imaginación haciéndome soñar que iría á mis bolsillos todo aquel dineral al primer golpe de flux que la suerte me deparara. Con sólo mil de aquellas que tienen un águila abierta en son de agarrar al mundo y que dicen *five dollars*, había para ir á dar una voltereta por París. ¡ Oh dicha ! Largarse á París y abandonar á mi mujer ; ir á conocer á las *cocottes* de verdad que no son como las hechizas de aquí, salir un poco de los ámbitos de este "salvaje pueblo" para darse un baño de civilización en el "Moulin Rouge" y en "Folies Bergeres," que eran los nombres que más grabados tenía en el caletre desde que leyera las sabrosas descripciones de Salomé Jil. Después volvería con humos de gran señor, embobando á mis paisanos y viéndoles con risita de compasión: "¡ Bah ! esto no vale nada ! Yo en París.....!" "Mira, chico, si estuvieras en París..... "¡ Pues una vez íbamos por la Vendome !" Y así encajaría siempre el "yo en París," cupiera ó no.

Y aposté ¡ ya lo creo que aposté ! Con desesperación de ganar, con fiebre de ambición que sentía quemarme los sesos y recorrer mis arterias. Aposté locamente cuanto tenía. Al principio quise andar mesuradamente ; "no hay que irse de bruces, hay que marchar con tiento. calmadamente." Pero todos estos propósitos volaron bien pronto á los primeros golpes. En derredor mío, se apiñaba la multitud hambrienta de los dineros del

turco: aplastábame con su presión enorme, me asfixiába con su hedor indefinible, cada cual siguiendo con saltones ojos y respiración jadeante el impasible correr de la bolilla. La cual, al decrecer en su rápida marcha, á todos nos dejaba lelos, esperando el gangoso grito, que brotaba pausadamente de las fauces del condenado turco. "¡Casa chica!" Y cinco segundos después, paralizado todo movimiento y suspensa toda respiración, los brazos del turco se alargaban por encima de la mesa como tentáculos de monstruoso pulpo y agarraban (por que no me cabe duda de que sus manos tenían garras), las columnelas de pesos chilenos y los billetes grasientos deliciosamente regados sobre el tapete. ¡Y como si nada! Porque en seguida con la mayor naturalidad del mundo, alzaba los ojos, unos ojillos hundidos y vivarachos, maliciosos á la turca, les paseaba por toda la rueda de espectadores, encendía un cigarrillo largo como trompeta..... y vueltas á la esfera.....

***

Cuando el reloj sonó las siete de la mañana, salía yo de la ruleta medio loco, queriendo conocer á las gentes que me saludaban y renegando de la Turquía entera á la que hubiera querido deshacer de un soplo. Ay! El trece colorado se llevó el último peso de los tres mil que en depósito tenía.....Subí al *Decauville* sin saber siquiera por donde iba, gesticulando, hablando palabras incoherentes, presa el alma de todas las torturas del infierno. Atestado el carro de pasajeros, dejeme caer desfallecido sobre un sillón que parecía

infestado, pues que nadie le ocupaba ; el cual sillón ví después con horror que ostentaba un número trece, en gordos caracteres pintado sobre fondo rojo..... Las gentes me miraban con estrañeza, se quedaban viéndome con curiosidad cual si fuera yo un espectro escapado de la tumba. Si supieran.....! Sí, si supieran que venía de perder al juego tres mil pesos que no eran míos, tres mil pesos confiados á mi honorabilidad de notario..... ! Y me admiraba de que no llegase la policía para tomarme preso por estafador..... ¡ Yo estafador ! Sí, era la verdad, la verdad horrible que me brumaba el corazón. Sentía necesidad de publicarla, de decirla á gritos en la plaza mayor para que todos me viesen la cara, mi rostro de criminal nato y cayera así para siempre la máscara de honradez que me había cubierto hasta entonces. " Señores, yo soy un ladrón : no me den ustedes su mano : perdí al juego tres mil pesos de don Abraham !" Acurrucado en mi asiento, tiritando de frío y más que de frío de vergüenza, de horror y de miedo, imaginábame un réprobo maldito de Dios. Veía á los pasajeros riendo á carcajada tendida, bulliciosos, alegres, sin pena, silbando y produciendo ruido sobre la madera del piso cada vez que la pobre locomotora, exhausta de fuerzas, chirriando escandalosamente todos sus miembros, se detenía como para tomar aliento y fuerzas para arrastrar por encima de los húmedos rieles, la carga aquella de gente feliz entre la cual sólo un hombre había desgraciado. El buen humor de los otros me hacía daño ; sus ojos resplandecientes de gozo me parecían burlescos y se me antojaba que en mí fijaban la mirada para buscar tenazmente el letrero de " ladrón " estampado

sobre mi frente rugosa por toda una noche de emociones insufribles. Un niño con sonrisa de ángel se acercó mirándome como temeroso de mi cara hosca y tocó mis rodillas. Entonces me acordé de Manolillo, nuestro primogénito, y sentí como si una aguja atravesara mi corazón. Pobre mi Manolillo! Despertóseme de pronto el amor paternal por aquel niño infeliz á quien rara vez veía y cuando le veía, apenas si le acariciaba forzado de sus gracias, de sus manecitas que me palmoteaban, de su vocecilla que balbuceaba: "papá..... no vayas calle papá..... *cuche* aquí papá....." la inocencia riéndole por todo el rostro. Sí, bien me había dicho Mercedes: "¡eres un infame!" Yo un infame! Mi nombre deshonrado para siempre sería la única herencia de aquel pedazo de mi alma. "Hijo de ladrón — le dirían en la escuela — aparta porque el gérmen criminal es hereditario!" ¡Y le llamarían el "hijo del ladrón!" Ladrón! Y veía flotar la palabra en mi cerebro dentro de un círculo de fuego que se me antojó un grillete á medio forjar. "¡Ladrón! — me decía una voz queda en el oído — "ladrón, ladrón!" Y mientras todos reían yo secaba las lágrimas rulantes por mis mejillas y me sujetaba la cabeza con ambas manos temeroso de que mis sesos estallaran.....

"Ladrón!" Y me admiraba de que todo continuara lo mismo como si nada me hubiera sucedido á mí, como si no saliera de estafar tres mil pesos, cual si no tuviera ya un pié dentro de la cárcel y mi nombre arrastrado por entre el lodo inmundo de la chismografía guatemalteca. ¿Cómo es que esas gentes que van riendo me saludan lo mismo que siempre cual si no fuera yo miserable y vulgar estafador? ¡Malditos ellos que ríen mien-

tras yo sufro los tormentos del infierno! ¿Con qué derecho ríen? ¿No son ellos también pasto del vicio, hipócritas, "sepulcros blanqueados," que dijo Cristo? Venid acá miserables: vuestras conciencias quiero disecar y abrirlas para ver su podredumbre. Ese que aplaude frenéticamente y se desternilla de la risa y á todos lados vuelve su rostro estúpido en busca de la aprobación y del efecto de sus necedades, que diga si no prostituyó á su hermana..... ¿También goza ese otro de la nariz picuda que robó veinte mil pesos en un mes de aduana? Ah! También ríe aquel otro que se mantiene hablando de conciencia y de honradez austera y de su virtud acrisolada y de pobredumbre social y que salió riquísimo sólo con el sueldo de seis meses de Juez..... Y ese viejo verde que va allí rozagante y satisfecho de su persona, haciendo piruetas y visajes de mono en brama á la tuerta que está á su izquierda, ¿cuántas veces ha quebrado y dejado en cueros á media humanidad? Y sin embargo ríen todos cual si no tuvieran lepra en el alma! ¡Dónde está esa conciencia que no enflaquece á tantos canallas.....! Y así fui pasando *in mente* revista á todos los pasajeros del carro. Si, todo era verdad; pero no lo era menos que yo fuese un ladrón, más desgraciado que todos los demás ladrones: siquiera éstos no sienten las torturas del arrepentimiento. ¡Ay! Otros podrían levantar la frente bañada en el sudor de su trabajo. La mía se inclinaba al peso insufrible de la vergüenza y de la infamia!

Y mientras el tren corría impávido devorando espacios y atravesando la oliente avenida de "La Reforma," toda cubierta del benéfico rocío de la mañana, yo veía

levantarse de su tumba la severa silueta de mi padre. Le veía el rostro contraído, la mirada profunda, entre airada y compasiva, interrogándome qué había hecho de su nombre..... En seguida cruzaban rápidas por la imaginación mía, las terribles escenas que sin temblar presenciara tantas veces cuando hacía mi práctica en el Juzgado 5º del Crimen: "Acusado!..... se le apercibe á usted para que diga la verdad! Acusado..... refiera usted cómo estafó esos tres mil pesos!" Y los ojillos de mi acusador me bailaban en el cerebro; veía al judío alargar sobre mí su nariz, finjirme compasión y darme mil excusas: "mi no queguer *fregar* osté..... Osté devolverme mi dinego é mi retigar la acusación..." Luego me imaginaba en la Penitenciaría rompiendo piedra, sufriendo los chicotazos y las rudezas de cómitre brutal y sintiendo el áspero roce del vestido de lona..... En seguida mi cerebro se enfrascó tenazmente en las escenas del día de la vista de mi auto de prisión, en la destartelada sala de audiencias de la Corte Primera de Apelaciones. Veía á mis colegas cuchicheando medio incorporados en las escasas sillas, fijando en mí sus miradas lastimosas á través de las cuales descubría no sé qué secreto placer..... Sentíame cara á cara con los magistrados, impasibles como estatuas de la justicia hundidas en sus sillones. Sus miradas me trastornaban: fría y severa la de don Vicente — el Jefe del tribunal — compasiva la de don Carlos, indecisa la de don Juan María y la del Fiscal (un tal Zeceña) gozosa por haber él en sus manos una causa de ruido en la que haría una defensa ruidosa también. Sentíame angustíado por las preguntas apremiantes de los *reporters* de "La República" y de

"El Diario," en los cuales periódicos saldría toscamente trazado mi retrato, ¡ mi retrato de ladrón ! entre artículos sensacionales acerca de la "ESCANDALOSA ESTAFA DE TRES MIL PESOS"..... "¡ Oh ! Esto es insoportable..... Yo no tolero ésto..... Señores magistrados, tengan ustedes compasión..... Todo no ha sido sino una gran desgracia ! Yo se los juro á ustedes..... sí, éso, una gran desgracia, porque yo no he tenido intención de estafar á nadie ! ¡ Una gran desgracia !" Y convulsivamente repetía esta frase puestas las manos sobre mi cabeza.

A veces pensaba que todo podría tener remedio. ¿ Quien sabe ? Quizá vendiendo..... ¿ pero qué tenía de vender, miserable de mí ? ¡ Ah ! ir con mis amigos de francachelas y exponerles que un caso apurado..... que una necesidad urgente..... que un compromiso perentorio..... en fin, que me dieran prestados tres mil pesos ! Vamos que para algo han de servir los amigos. Sí, pedírselos, pero me los darían ? Bah ! Los amigos se escurren en los casos en que más menester hay de ellos. Tenía la seguridad de oírles la cantaleta sempiterna recitada con rostro compunjido cuando no con cara agria de Juez de 1ª Instancia : "chico, lo siento mucho pero yo también ando en buscas de dinero..... Sin embargo.... si dieras algo en garantía, quizá..... tal vez..... en fin te lo podría conseguir....."

Cuando el tren pasó vomitando chispas por la Penitenciaría, involuntario temblor se apoderó de todos mis miembros. Jamás como entonces me parecieron tan tétricos los altos muros de aquella bastilla, bañada toda ella por un sol tibio. Las amarillentas almenas entre cuyas ferradas claraboyas distinguíase el brillo

de las bayonetas, dijéranse gigantes que sus brazos abrían y los alargaban hacia mí para desgarrarme y á la fuerza hundirme en obscuro calabozo. "Allí debes ir por ladrón"—sonaba queda una voz á mi oído—"Estafaste villanamente un dinero á tu honradez confiado: ve á la cárcel, miserable, corre allí, infame, para que el capataz magulle tus miembros de ladrón con el látigo brutal!" Castañeteaban mis dientes y sentía el alma devorada por la angustia de la vergüenza. Hube necesidad de esfuerzos inauditos para no lanzarme del tren y presentarme al Coronel Villatoro: "Coronel yo soy un ladrón: métame usted al calabozo. ¿Pero qué espera usted que no lo hace y se me queda viendo con ojos espantados cual si fuera yo un loco escapado del Manicomio? Le digo á usted que soy un ladrón..... Métame usted al calabozo y zámpeme la blusa de lona.....!" La velocidad del tren lo impidió. Ví desvanecerse los torreones de la Penitenciaría y por último sus siluetas borrarse entre el tupido y alegre follaje de las *gravileas*.

Cuando la locomotora—una vieja y sucia locomotiva llamada Algeria—paró en la estación, una luminosa idea hirió súbita mi cerebro. ¡Ok! Sólo don Daniel podría salvarme. ¿Qué eran tres mil pesos para este millonario? Ablandaría su corazón con mis lágrimas, le diría tantas cosas, le retrataría tan á lo vivo mi desgracia, que su alma habría de moverse enternecida y abrirse á la caridad, el alma suya de por sí tan santa y tan virtuosa! Y con la esperanza sonriéndome en la cara, fuime volando á casa de don Daniel. El cual, dicho sea con todo respeto, es un judío criollo, hijo de un español cuya fortuna—adquirida á fuerza de

vender por las calles estampas contrahechas de todos los santos de la Corte Celestial—se había centuplicado entre las dulzuras del interés compuesto. Tipo de estudio este don Daniel. Daniel Vargas de la Pezuela, nobletón rancio, descendiente en línea recta del Marqués de la Pezuela, virrey del Perú, cuya nobleza se remontaba á la época de Cristo, de quien la familia de Vargas decíase parienta inmediata, no sé si por parte de la Virgen Santísima ó por la del pobre carpintero José. Profundo respeto me había infundido siempre la austeridad de este hombre al cual conocí por haberle autorizado una que otra escritura de mútuo, en que el deudor sólo omitió facultar á don Daniel para que le ahorcara en caso de falta de pago. Rancio conservador y *chapín* de antaño por todos sus cuatro costados, era hombre con el cual no cuadraban las costumbres nuevas introducidas por los europeos y los "demagogos," que así llamaba él á los que comían á las siete de la noche. Le tenía yo por el tipo más acabado del puritano y por la misma virtud en dos patas, representante raro del pasado y de las edades caballerescas para el cual era Guatemala la misma ciudad de hace cincuenta años, antes de que se inventara la *gloriosa*, tan traída y tan sobajada, con todo y su carretilla de ferrocarriles, escuelas, derechos del pueblo y demás pampiroladas de este jaez que así y también "novelerías peligrosas" llamaba él á todo éso. Católico, apostólico y romano hasta los tuétanos, primero salía el sol por el poniente que él perder la "misa de diez" y dejar de confesarse mes á mes. Se le veía en el templo hiriendo su pecho á golpe de puño con toda devoción, levantando los ojos al cielo y fijándolos tercamente sobre las

baldosas de la Catedral, en una especie de extásis divino. Las gentes devotas se hacían lenguas de su caridad inagotable porque con frecuencia dejaba caer en el cepillo de las ánimas, un cuerpo duro que hacía mucho ruido al tocar fondo, por lo que se calculaba que no debía de ser menos de un *de á cuatro*, en aquellos buenos tiempos en que los había y rodaban que era un contento.

Verdad es que los maldicientes y los envidiosos, que nunca faltan para desesperación de los buenos, contaban con tintes obscuros su vida y milagros, entre los cuales no era el más católico el de la evaporación misteriosa de una herencia pingüe, de resultas de lo cual, rodaban astrosos y medios borrachos por esas calles de Dios, un par de peleles que á don Daniel culpaban de andar en cueros, por ser lo único que les dejara cuando sirvió su tutoría. Que era caritativo, no me cabía dudarlo, pues con frecuencia ví á la puerta de su casa — generalmente el sábado á las diez de la mañana — á una colección de mendigos grasientos y asquerosos, cual cojo de ambas piernas, cual otro con la nariz partida y un ojo tuerto y barnizados todos con reluciente y espesa costra de hedionda mugre. Con seguridad que los sábados hallábais escalonados en la calle, mugiendo entre sus harapos, á todos estos *specimen* de hambrientos y de menesterosos, para quienes la mano de don Daniel, tenía sendas *semitas* cuasi fósiles, porque diz que las compraba por mayor para que le salieran más baratas. Decía él que no gustaba de la caridad bulliciosa ; y declamaba como energúmeno contra esas aparatosas sociedades de caridad, *robaderos de pisto* (decía) y por eso practicaba la virtud á su modo, á

escondidas, sin ir jamás á rifas ó corridas de beneficencia, forma hipócrita de practicarla, por cuanto que las doctrinas suyas mandaban que no supiera la izquierda lo que la derecha mano daba. Y por eso nunca sabía él el número de *semitas* repartidas los sábados..... Vivía en un enorme caserón lleno de telarañas al que adoraba más que si le hubiera parido, sólo él con una vieja criada, y un perrito en el cual tenía todos los afectos puestos, pues jamás tuvo hijos á quienes legar el ilustre apellido de Pezuela, por no mantenerles, según vociferaban viperinas lenguas. Y entre las glotonerías de una mesa suculenta (nunca faltaba arroz cocido), la lectura de novenas y vidas de santos y el cálculo de intereses, se pasaba tranquilamente su vida, la que llegaba ya á los setenta años. En este hombre, pues, cifraba yo todas mis esperanzas de salvación. Tanto oía decir de su caridad inagotable, de su corazón de oro, de la santidad de su vida, que no dudé ni un momento de que sería mi angel, mi redentor. Era feo como un Barrabás, con sus ojos sin luz, sus patillas ralas, blancas amarillentas, su cara enjuta y arrugada — verdadera cara agria de epitafio — y su elevada estatura, todo lo cual le daba la apariencia de gigantesco esqueleto antediluviano vestido de pellejo negro. Sin embargo, á mí se me antojaba hermoso, de grandes ojos rasgados, figura elegante y hasta conquistadora.

Recibiome el hombre en una inmensa pieza llena de polvo, sus cuatro paredes cubiertas por estanterías del siglo I atestadas de cachivaches en desorden — herraduras oxidadas, periódicos españoles de hace cincuenta años ; trisagios y nóvenas para librarse de la peste, de los

temblores y de los ladrones; manuales para calcular los intereses por años, días y minutos, imágenes de santos — y presidiendo todo aquel resumidero de vejestorias — un cuadro colosal que representaba á un San Cristóbal con cara de búfalo, encorvado bajo el peso de un niño á un ídolo de piedra parecido, tales eran de grotescas y bastas sus facciones. Sin embargo, tenía don Daniel al tal cuadro por un prodigio de arte; y ni que le rogaran con dos mil pesos en la mano lo daría. Estuvo una vez á punto de ahorcar á un ignorante que se atrevió á ofrecerle mil pesos. "Mil pesos — decía bufando — mil pesos por ese cuadro! ¡Que vayan á freír monos!"

— "Conque..... ¿decía Ud.....?" — me dijo, parapetado tras de una reja de alambre, mientras fijaba en mí su mirada calculadora y fría y volvía distraídamente las hojas de la novena de San Espedito, santo de moda milagrosísimo.

—"Sí señor..... tres mil pesos para muy pocos días..... Quizá antes de una semana....."

—"Y decía que con garantía de....."

—"Señor..... es un gran apuro..... una inmensa desgracia..... yo respondo con mi cabeza..... señor!" Y lo destapé todo, temblándome la voz, ardiéndome la cara de vergüenza, la palabra entracortada y sollozante. Le dije que estaba seguro de cumplir mi compromiso — "Yo se lo garantizo á Ud. con mi cabeza" — dentro de muy pocos días; que mi honor no resistiría semejante golpe y sin remedio habría de levantarme la tapa de los sesos: "Señor, abra Ud. su alma á la compasión; sálveme Ud. señor, por la memoria de sus abuelos..... yo soy un hombre honrado y le pagaré....."

Hablé conmovido, suplicándole ardientemente, tratando de mover su corazón al recuerdo de sus nobles padres que desde el cielo bendecirían este hermoso rasgo de generosidad. Elocuencia perdida..... El hombre me veía azorado, como quien no entiende lo que oye, la cara arrugada por todos sus puntos, asustado verdaderamente de que se le propusiera un negocio tan extraño..... Quedóseme viendo un segundo que á mí pareciome una hora y por último, levantando los hombros como quien toma una rápida resolución, ladró:

—"Dos por ciento con apo.....teca—y me volvió las espaldas para sentarse tranquilamente á leer la "vida de San Francisco de Paula" (hipoteca, quería decir el maldito; pero decía "apoteca" con toda la boca).

Qué hacer? Me levantaría realmente la tapa de los sesos ó esperaría á que el judío de mi cliente me llevara á los tribunales? Porque suplicar á ese animal bravío, ni por pienso..... ¡Oh! necio de mí..... Cierto..... sólo mi mujer sería capaz de salvarme; sólo ella salvaría mi honra de la picota y el nombre de mi hijo. "Que lo haga por él, no por mí!" Pero cómo pedirla dinero después de malbaratarla su casita y jugar al dado las pobres alhajas que la regalaron el día de nuestra boda? Pedirla dinero después de haber solicitado el divorcio absoluto! Era el colmo de la impudencia! Sí, pero también era una frágil tabla de salvación y á ella me así con la esperanza del moribundo que el tósigo que le dan para morir tranquilo

apura ávidamente, creyendo que le dará la vida. Y volé á casa en alas de un rayo purísimo color verde.

Cuando llegué, Mercedes salió á recibirme. Pálida y ojerosa la encontré, con todos los signos de una desastrosa noche de insomnio y de sufrimiento, con la lujuriante cabellera negra saltando á borbotones por encima del perfil hermosísimo de sus hombros.

—"Sabes?—me dijo, con la voz extrangulada—El niño está malo..... parece que tiene garrotillo..... creí que se muriera. .... anoche."—Y rompió á llorar tristemente.

El niño estaba enfermo y yo nada sabía! Y me lancé al cuarto del niño, sintiendo en el alma todos los tormentos del infierno. Allí, acostado en su camita, dentro de una atmósfera pesada, hedionda á botica, estaba el chiquitín aletargado, respirando fatigosamente, alargando con ansia su nariz de miniatura en busca de oxígeno para sus pulmones.

—"¡Ay!—exclamé desfallecido, sintiendo que todos mis nervios se aflojaban—El niño irá al cementerio..... y yo..... á la cárcel..... "

—"Qué hablas de cárcel?—contestó Mercedes con los ojos espantosamente abiertos.

Y entonces la referí todo el terrible drama. Lo confesé todo, todo. La dije que había estafado tres mil pesos, estúpidamente perdidos en la maldita ruleta de la exposición y que arrastraría la cadena de presidiario por ladrón..... y la palabra pasaba quemándome los labios. "¡Sí, ladrón, ladrón! Que venga la policía y que me conduzca á la cárcel, porque ese es mi lugar y el lugar de los bellacos que pierden al juego las sumas que mantienen en depósito.....!" No me con-

testó: dió media vuelta y al cabo de cinco minutos, me pareció oír que la puerta de la calle se cerraba. Y allí, á la cabecera de mi hijo, dí rienda suelta á mis lágrimas tanto tiempo contenidas. Sentía necesidad de increparme y de golpearme y lloraba á gritos llamándome de infame y de ladrón. Recompuse toda la historia de mi desgracia, mis idas y venidas, mis súplicas á la cara agria de don Daniel, y de repente se clavaban en mis sesos los ojillos burlones de mi cliente... "¡ Ajajá— parecían decirme — el que me la hace, me la paga..... Ajajá.....!" Y á seguida, imagineme conducido por un par de policiales negrazos con patillas de zapatero..... y bailaron de nuevo en mi cerebro las caras de los magistrados y zumbábame en los oídos la rechifla general..... "El Licenciado Benítez.....? ¡ Bah ! Es un pillo..... le estafó tres mil pesos á don Abraham....." Y así, mi honra y mi nombre irían rebotando entre el fango, que no otra cosa son ciertas lenguas babosas que yo me sé..... Y otra vez la nube roja pasó por mis ojos..... Víme la cara en el espejo del *tocador* y no me conocí: con los ojos hinchados, el pelo en desorden, las facciones desencajadas, me pareció que una sombra mía escapada de la tumba se me ponía delante. Me dió lástima ver cómo caían mis lágrimas líquidas de los rojos párpados; y tuve miedo de aquella expresión feroz apoderada de todos los músculos de mi rostro..... "¡ Vamos, ésto es hecho..... se acabó.....!" Y saqué el revolver calculando el lugar á donde apuntaría para que el salto fuese más rápido. Lancé una última mirada á cuanto había á mi alrededor, una mesa llena de frascos de la botica "La Moderna," con sus rótulos rojos "para uso externo,"

un crucifijo de madera colgado de la pared, una camita..... mi vista turbada, se detuvo un instante ante la sonrisa que jugueteaba por los labios de Manolo....."¡Oh pronto, pronto.....!" Y amartillé el revolver.....

—"¡Manuel!"—sonó la voz de mi mujer, de pié á la puerta de la alcoba—"¡También eres cobarde.....! ¡Toma!"— Y me alargó seis billetes del Banco Internacional.

—"Pero..... de dónde has sacado..... ésto?"—balbucí trémulo de emoción, dando vueltas á los billetes de quinientos pesos.

—"Poca cosa..... vendí el collar de perlas que me dejó mi madre, lo único que..... me has dejado..... tú..... Y para completar la suma, vendí á Valenti..... mi cabellera..... No es un gran sacrificio"—agregó, descubriéndose la cabeza y estampándome un ruidoso beso.....

Debe de haber estado fea con *f* mayúscula, con el pelo cortado á punta de tijera; pero á mí me pareció bellísima y sublime.

¿Creerán Uds. que por un instante tuve poderosa tentación á duras penas reprimida, de correr desalado á la ruleta á probar el rescate de los otros tres mil.....?

Carne á subasta

I

Un pobre catre recubierto de lona y con desiguales cabeceras de pino; un cofre con bisagras de cuero que no fuera en otros tiempos, sino enorme caja venida de Ultramar atestada de mercaderías, y sobre el cofre una grosera imagen de la virgen dolorosa pintada sobre papel brillante y con geranios rojos adornada; un candelero de hoja de lata, chato y sucio en que mechaba un cabo de sebo; paredes pintadas al temple, llenas de manchas de carbón y tapizadas con grabados de "El Correo de Ultramar" y del "Almanaque Parisiense" y tras el catre, una puertecilla de escape desembocando en la "tienda mestiza." Aquí la decoración cambiaba. Apoyadas en las paredes bajas y llenas de grietas y de telas de araña, cuatro estanterías temblorosas llenas de artículos: fósforos de "el gallito" y de "el machete," cerveza del "cabro" y del "fraile," de Castillo hermanos; paquetes de dobladores artísticamente enfilados como soldados en batalla; tazas y platos de la fábrica de Rodríguez; un mostrador con diversas frutas al rededor de las cuales zumbaba un ejambre de moscas; y tras el mostrador, colocada bajo un enorme cartelón que decía "hoy no se fía, mañana sí," una vieja rechoncha, de labios belfos, nariz horriblemente chata, morena aceitunada y con un bocío

cuidadosamente recubierto por los encajes de la camisa. Más allá, la lodosa avenida de Jocotenango, reverberante de sol, retumbante de gritos, llena toda ella de abigarrada muchedumbre.

Aquel día el consumo de cerveza había sido grande. Lo menos se habían vendido quince docenas de "El Gallo" y como cincuenta paquetes de los infames cigarrillos de "La Cubana." Oleadas de gente sedienta, entraban á cada instante al miserable tenducho todos sudorosos. "¡Cerveza!" gritaban; y aquello era un descorchar botellas, que ya la pobre vieja sentíase quebrantada y derrengada de cansancio. Las botellas vacías se apilaban en el suelo desigual de ladrillos; y era tal su número, que semejaba montones de soldados muertos en la batalla, unas sobre de otras, chorreando gotas del amarillento líquido, con sus pezcuezos de papel de estaño medio mutilados, y el fraile aquel de la etiqueta, con los mofletudos carrillos destrozados de suerte que parecía que lloraba.

Niña aún, de grandes y rasgados ojos, moreno rostro encantador y lleno de picardía; abundoso pelo que la caía en cascadas sobre redondeados hombros; labios un tanto gruesos repletos de lujuria; cejas negras, muy negras y enmarañadas y un par de holluelos á los lados de la barbilla en que asomaba el placer, María, que tal era su nombre, ayudaba á su madre en la faena aquella, de servir vasos de cerveza á los pisaverdes que se la pedían entre mil requiebros. Vestida con una camisola blanca ajustada á la cintura, lo que hacía que sus pechos se desbordaran como carne mórbida á la fuerza aprisionada, unas enaguas á flores rojas cayéndola hasta los desnudos tobillos, coqueta-

mente replegadas sobre las anchas y lujuriantes caderas, los brazos desnudos, sobre los cuales parecía haberse extendido finísimo terciopelo, Marica iba de uno para otro lado, á todos sonriendo, los requiebros contestando discretamente, rápida como corza, moviendo las caderas en cadencioso vaivén.

Con todo, la niña no estaba contenta. "Esta noche....." —la había dicho su madre; y esas dos palabras breves, dichas con acento severo, llenas de misterio, bastaron para que sobre su rostro se extendiera una palidez mate que hacía resaltar más el vello finísimo y casi imperceptible que cubría sus mejillas.

"Esta noche....." ¿Qué habría esta noche? Y al pensarlo, sus miembros temblaban convulsivamente; quedábase largo rato con los ojos fijos en un punto invisible, como abstraída en las escenas que la forjaba su fantasía; y por último, hacía un movimiento de hombros y pasábase la mano por la frente, como para borrar los pensamientos dolorosos que la asaltaban.

—"Tengo miedo!"—había dicho.

¡Miedo! Pero de qué? "¡Qué boba eres!" la había contestado su madre. "Tú no sabes qué hermoso es aquello: imagínate un palacio....." Y continuó describiéndola un palacio de hadas alumbrado por focos eléctricos color de rosa, con grandes cuadros colgantes de las paredes, estatuas en posiciones voluptuosas, candelabros de plata, flores blancas, músicas y cantos celestiales..... "y tú reinando allí." "Ya verás—continuó—ya verás que lindo es aquello: la gloria..... !"

Desde la noche anterior, la madre había estado deslumbrándola con imágenes deliciosas: habíala dicho

que tendría á sus pies ríos de oro y cascadas de brillantes. Todos los lechuguinos de la ciudad, de esos que van en coche á la Reforma y se retuercen los bigotes con hierro candente, se disputarían sus gracias, la marearían con sus adulaciones y, ¿quién sabe? ¡cuántos se suicidarían por ella! Sería la reina de la moda, iría al teatro con grandes abrigos, vestidos de seda, prendederos de brillantes que excitarían la envidia y la admiración de las gentes de la grandeza. Y todo éso, ¿á qué precio? Por una bicoca: dar su consentimiento para ir á la noche siguiente al palacio aquel encantado en donde se daría fiesta por ella..... ¿Qué era ella para tener tantos humos y armarse de una virtud estéril que á nadie servía? Hija de prostituta y nieta de prostituta, su destino estaba trazado por atavismo fatal y cruel. Y por su imaginación cruzaban los rostros de tantos hombres que ella vió entrar á su casa.....

Sin embargo, tenía miedo. Tenía miedo á lo ignorado, el miedo indefinible al misterio, ese miedo extraño que la hembra siente cuando se aproxima el primer beso del macho, por más que mucho le ansíe. Hacía días que la asaltaban vagos deseos de conocer aquel gran salto, de darlo porque hasta entonces, por mucho que en el colegio hubiera aprendido el arte sáfico y por mucho que en su casa presenciara, pensaba ella que la realidad habría de superar á la fantasía. Y sus carnes temblaban y un resorte interior de que no se daba cuenta, la impelía dulcemente hacia las soñadas voluptuosidades que ella siempre se forjaba, sin quererlo, en compañía de un tal Rafael, mocetón de veinticinco años con rostro de ganapán. Sentía

la necesidad golpeándola sus miembros; y el destino, encarnado en deseos irresistibles, la empujaba imperiosamente hacia el himno eterno del amor. Pero tenía miedo. Oh, sí, mucho miedo. ¡Había visto tanto! Y se acordaba con terror de aquella pobre huerfanita, recogida caritativamente por su madre y á la cual perdiera uno de tantos que á su casa iban, un hombre brutal, de labios gruesos, nariz aplastada, frente chata y cara de bestia. No se la olvidaría nunca aquella escena. Fué por la tarde de un día de fiesta. ¿Qué se celebraba? Ah! sí, el santo del señor Pedro, querido antiguo de la madre, que se daba en la casa importancias de amo regañón. La marimba tocaba *El torbellino* y el señor Pedro, medio borracho á fuerza de San Jerónimo falsificado, llamó á la niña — Mercedes era su nombre — y diose con ella á jugar á la gallina ciega. Con los ojos vendados, andando á tientas y riendo á locas, iba la niña de uno para otro lado, cuando sintió de repente que una mano hercúleamente brutal la sujetaba por la cintura y daba con ella en tierra..... Al grito estridente que sus labios profirieron, María corrió desalada hacia el cuartucho; pero ¡ay! cuando llegó, hacía cinco segundos que toda aquella inocencia se había deshojado. ¡Qué horrorosa la pareció la cara hinchada y rubicunda del señor Pedro, jadeante, bestial, inmundo! Mercedes yacía por el suelo, desgreñada, con las ropas hechas girones, lloroso el rostro. Fuera, la marimba seguía tocando *El torbellino*, la madre bailaba desaforadamente con las enaguas recogidas; y el hermano mayor pasaba su brazo al rededor de la cintura de una primita apetitosa, gordiflona, picaresca, de grandes ojos negros llenos de malicia.

¿Después? Rodando, rodando, saliendo de los brazos de uno para caer en las garras de otro, aquella pobre Mercedes dió al fin con su maltrecho y deforme cuerpo en el hospital Modelo, presa de no sé qué úlceras malignas, devorada por no sé qué fuego extraño que la quemaba las entrañas. Y sin querer, María temblaba al recordar el rostro pálido de su amiguita, rostro de borracha, enflaquecido, con los ojos hasta dentro, llena de granos la nariz filuda. La vió en su cama del hospital, cuando acababan de hacerla espantosa operación, de resultas de la cual murió entre los más agudos tormentos.....

—"¡Oh nó, jamás!"—dijo María extremeciéndose cuando su madre la hubo dejado sola aquella noche, acostada en su catre de lona, alumbrada la pobre estancia por un cabo de sebo puesto al pie de la virgen de Dolores, sobre su cajón de pino, cofre típico de criada.

"¿Qué harán conmigo?"—pensaba; y volvía sus ojos tristemente alumbrados hacia la imágen dolorosa, cuyo rostro la parecía severo, con el entrecejo unido por quebrada línea, las lágrimas caýendo y espada descomunal atravesándola el corazón sangriento.....

En seguida sus pensamientos tomaron nuevo giro. Si ella cediera! Sí, si ella cediera, ya no la insultarían con su lujo sus antiguas compañeras de colegio. Con ellas se codearía en el teatro, en la Reforma, indolentemente reclinada sobre los almohadones de flamante *landeau* de Schuman y ¿quién sabe? quizá en los grandes bailes..... ¿no basta pues, ser rica? en los grandes bailes á donde iría escotada, el pecho alabastrino al descubierto adornado por elegante sarta de perlas.....

Y entonces morirían de envidia. Los petimetres andarían á caza de sus sonrisas; se hartaría de todos los placeres hasta entonces sólo deseados, apenas entrevistos en sus sueños, y gozaría la inmensa dicha de verse admirada, aplaudida, deseada y envidiada. ¡Qué bien la lucirían los brillantes de un prendido que ella siempre vió embobada en las vitrinas de Juvet! Se lo pondría en el pecho, lado izquierdo, con un vestido celeste de raso. Era una estrella titilante, verdadera montaña de luz, tras la cual se fueron siempre sus ojos como hipnotizados, como atraídos por fuerza irresistible. Quizá la caería mejor en la cabeza, en el centro de un peinado griego, para el cual su lujuriante cabellera se prestaría á las mil maravillas. Y sin saber cómo, se encontró con una mala luna en las manos, un pedazo de espejo de esos que venden los buhoneros del portal del comercio y en los cuales se refleja la imagen llena de protuberancias imposibles, atravesada y movible. Sin embargo, ella se encontraba hermosa. Sonreía como habría de sonreír en los grandes bailes y coqueteaba lindamente con un abanico de la botica de Melgar. Verdaderamente estaba satisfecha. De seguro que lo haría bien. La sonrisa era la misma sonrisa favorecedora de las damas encopetadas y la tierna expresión de sus ojos no dejaba qué desear. A ella la caerían mejor los pendientes que vió en las orejas de Carmen Montáñez, porque ella era más bonita. ¿Qué tenía de más la Montáñez? ¿Querría igualar su cara de "hígado cocido," amarillenta y horriblemente chata con la suya finísima, perfectamente delineada, fresca y alegre?

Luego, vióse dueña del corazón de un gran señor;

le contempló á sus pies perdidamente enamorado, haciendo disparates por el gusto de ella, arruinando la hacienda del país para satisfacer sus menores caprichos y sus más livianos deseos y se imaginó ser la heroína de una de las novelas de Alejandro Dumas, á quien leyó siempre con delirio. Y sobre su catre que crujía lastimosamente á cada movimiento, afectaba posturas de reina. Se imaginaba las paredes sucias de su cuartucho, cubiertas por riquísimos tapices y las cromolitografías de botica que hacían compañía á la virgen dolorosa, antojábansela espléndidos cuadros de Rafael comprados á fabulosos precios para adornar su gabinete. Desde su lecho, alumbrados por la pálida llama de la candela de sebo erecta sobre el candelero de hoja de lata, veía sus "cuadros" medio envueltos en la penumbra. Había uno sobre todo, que representaba á un marinerote de atléticas formas, cara bonachona, rubicunda y estúpida, cargando sobre sus espaldas un enorme bacalao. "Emulsión de Scott," decía al pie. Ella le veía de soslayo y se lo imaginaba elegantísima pintura digna de Rubens; ponía frac al muñeco, le despojaba de su pipa y del pescado, le calzaba guantes..... y entonces lo deseaba. Así le quería ella y así soñaba y apetecía á Rafael: rozagante, cargado de juventud, desbordándose en gordura lujuriosa.....

En seguida, repasó en su memoria todo el pasado de su existencia: viose de nuevo en aquel colegio de niñas, en donde la colocara una mano protectora é invisible; recordó su entrada á aquel gran colegio, adonde llegó vestida con humildes enaguas de cambray y con los pies desnudos y cómo la habían trasformado tan rápi-

damente en una señorita elegante. ¡No la pasaba la risa al recuerdo de la primera vez que la pusieron corsé! — "Uf, qué cosa tan fea — había dicho — cómo aprieta ésto! Pero qué bonita queda la cintura." Y reía locamente al recordar cómo se contoneaba ante un gran espejo colocado en la alcoba de la Directora. Y los zapatitos? Cómo la dolían los pies acostumbrados á la holgura, cuando se aprisionaron entre aquellas dos barquillas coquetas de raso blanco! Apenas si andaba torpemente haciendo esfuerzos para no gritar. Lo peor era que había que hacerlo, pues de lo contrario, nunca llegaría á ser "una *señoguita* completa," como decía la Directora. "Es preciso que osté sea señoguita completa," la decía ésta mientras la prendía con zarcillos y la esfumaba la cara, los brazos y el cuello con perfumados polvos de arroz, para dar á sus carnes suavidad dulcísima y marmóreo aspecto.

¡Qué deliciosa la primera noche que pasó en el colegio! Acostada entonces en su camita colocada allí al lado del lecho suntuoso de la Directora, una camita de hierro adornada con cabeceras de bronce á ramajes amarillos relucientes como oro, comenzó á pensar con su cerebro de niña, en todas las emociones de aquella tarde.

— "María — la había dicho la madre — María, arréglate porque te llevo al colegio. El Ministro concedió la beca....."

El señor Ministro era un señor viejo, feo y calvo que llegaba con frecuencia á su casa. Llegaba de noche; y sin ceremonias, se dejaba caer en una silla y alargaba unas piernazas flacas y contrahechas que olían á reumatismo rancio. Encendía en seguida un

cigarro envuelto en papel plateado y la llamaba á ella, á María, con la mayor familiaridad del mundo. "Ven chiquita," la decía; y sin más preámbulos encaramábala sobre sus piernas y gran rato se entretenía en acariciarla. Las manos de su Excelencia, ásperas y rugosas, corrían por las mejillas de la niña, bajaban en seguida al cuello, resbalaban por la espalda y se detenían quién sabe dónde. Lo que ella recordaba muy bien, era que aquellas inquietas manos la hacían cosquilleos en el pecho y á veces la apretaban con furia tal, que la arrancaban pequeños gritos de que su Excelencia se reía con delicioso buen humor. Pero qué feo era el hombre! De patillas ralas, ennegrecidas á fuerza de tinturas de Valenti, enorme cabeza de bestia, labios caídos y groseramente amoratados y dientes postizos que muchas veces bailaban entre la boca, parecía un jumento flaco, lujurioso y retozón. Lo que más miedo la daba á ella, era la risa que su Excelencia disparaba á todo propósito. Y es que al reír, abría la bocaza, los labios formaban la entrada de tenebroso túnel y entonces brotaban en abanico chispas semi-trasparentes y viscosas. Ella sabía — porque lo oyó decir muchas veces á su madre — que era un sabio; pero de esos sabios obscuros que nunca quieren mostrar su sabiduría. Que lo era, no cabe duda, porque hacía dos años que contra viento y marea dirigía el ramo de la enseñanza. Sabía ella también, que era persona de corazón magnífico: cuatro ó cinco muchachas — lindas, eso sí — se educaban por su cuenta ó por cuenta de la nación, en un colegio oficial. Pero á pesar de tanta sabiduría y de magnificencia tanta, á ella la repugnaba muchísimo. Sobre todo, cuando la daba apretones y la

llamaba "Mariquita mía" y se reía, bañándola en saliva..... Lo que más la había llamado siempre la atención, eran las zalemas de la madre para su Excelencia, y aquel reñirla y traerla á mal traer por que no era más amable con aquel señor "que la quería tanto." Algo vislumbraba y algo comprendía muy vagamente de lo que se la pedía..... pero le miraba tan feo, sobre todo cuando sentada á sus piernas, se le reía su cara cetrina de epitafio y se movía en la butaca como un convulsionario en cuyas entrañas se agitara el demonio de la lujuria..... Lo que más la atormentaba entonces eran los besos, porque los cerdosos bigotes la hacían cosquilleos intolerables en la nariz, y la boca de su Excelencia tenía cierto olorcillo que traía á su memoria el de los repollos podridos.....

"Arréglate, porque te llevo al colegio." Entonces había hecho el hatillo de su ropa: un par de enaguas coquetonas á grandes revuelos y escarolas, dos camisas de "género de familias" adornadas con tiras y retazos bordados obtenidos de ganga, porque procedían del incendio del almacén de Ruiz; una faja tornasolada, un pañuelo de seda rojo para moderar el escote de las camisas..... y nada más. Lavose la cara y los pies con jabón de "bola," lo que era un lujo extraordinario; se dejó libre la undosa cabellera sujeta apenas por un moño desteñido de listón rosáceo, y en compañía de la madre, fuese al colegio, temerosa de las sorpresas que la esperaban. Sentía no sé qué secreto placer mezclado con tristeza, de ir allí. Temía el recibimiento que la harían las niñas encopetadas al verla llegar humildemente vestida de criada; pero la promesa que la hicieran de ponerla zapatos y sombre-

rito americano de paja, la tenían suspensa de ilusiones. Lo que más la afligía del internato, era éso de no ver á su madre, sino cada domingo y mantenerse como presa dentro del recinto murado por altas paredes de diminutas y ojivales ventanillas. Y luego, ¿cómo sería la vida del colegio? ¡Qué fastidio! Estar una encerrada siempre, levantarse á tales horas, comer á cuales otras, estudiar en coro y balanceándose aquel monótono "eme u mu — ce ache a cha, mu-cha," bajo los ojos de argos de una inspectora pelona, flaca como espárrago, furiosa como basilisco y con cara de verdulera del Tirol. Para ella que estaba acostumbrada á la libertad; á jugar todas las mañanas en la calle con los chicuelos de la vecindad y por la tarde al escondite en la plazuela de Jocotenango con todos los pilluelos del barrio!

Pero su madre la había tranquilizado: "No niña — la había dicho — saldrás todos los domingos por la tarde y volverás al colegio los lunes por la mañana. No te aflijas Maruquita mía. ¡Ven á darme un beso!" y la había estrechado contra su corazón y había llorado con ella!

Nunca se la borraría de la memoria la impresión que la causó la entrada al colegio. "¡Jesús qué patio tan grande!" — fué la primera exclamación que brotó de sus labios á vista de aquel gran cuadro de terreno en que un enjambre de chiquillas formaba algarabía de cotorras desparpajadas y locas. Y cosida de la mano de su madre, había atravesado parte de ese gran patio, ruborosa, expuesta á todas las miradas, sin hallar como habérselas entre aquella batahola de cantos y de risas, de gritos y de saltos que las chiquillas formaban á su

alrededor. "Es descalza" — decía una. "Y de *rebozo*," exclamaba otra. Y atolondrada, viéndose el blanco obligado de todas las miradas, de todos los cuchicheos, el motivo de todas las sonrisas alborotadas entre aquellos serafines de rostros alegres y picarescos, pintajarreados con carmín y polvos blancos, echose á llorar y á temblar. Prendióse con fuerza á las enaguas de su madre: "¡ No madre, por Dios, no me deje usted aquí !"

Pero la madre la impelió suavemente hacia el despacho de la Directora, una gran sala adornada por cortinajes formados con géneros indígenas, las paredes atestadas de mapas de todos los países del mundo, abacos de cuentas rojas y blancas, cuadros con el sistema planetario, un maremagnum de cosas por ella nunca vistas é incomprensible que la dejó suspensa, las cuentas de los abacos bailándole por todas partes confundidas con Venus y con Mercurio.

La voz de la Directora hubo de sacarla de su estupor, una voz seca, sin timbre, áspera y dura por más esfuerzos que la dueña hacía por dulcificarla. La cual dueña era una jamona de cuarenta años, alta y flaca, de nariz picuda, ojos pequeños, boca torcida en inverosimil mueca y enaguas escurridas, lo que la hacía parecer más alta de lo que realmente era. Oriunda de infeliz poblucho austriaco, había presentado unos enormes papeles que ella decía ser sus títulos de Maestra graduada en la Academia de un lugar de nombre imposible á fuerza de contener cosa de seis consonantes por cada vocal..... "Stthathenghanssength," ó algo por el estilo. Traía nuevos métodos de enseñanza, entre otros uno admirable para el aprendizaje de los idiomas y exhibía

medallas y certificaciones de todas partes para acreditar su competencia. Por de pronto, limitose á solicitar del Estado concesiones para el establecimiento de un centro de educación conforme á un plan de Pestalozzi, por ella mejorado. No quería sino excención de derechos para introducir todo su material escolar, entre el cual figurarían cosa de veinte pianos..... y una subvención oficial de trescientos pesos al mes..... Muy poca cosa para los beneficios que al país reportaría un instituto de primer orden como el que se proponía fundar. No quiso el Estado aprovechar tan ventajosas proposiciones ni tanto amor á Guatemala; y ahí tenéis porqué nuestras mujeres y nuestras hijas son todavía tan ignorantes: porque no se educaron con los veinte pianos ni conforme al método de Pestalozzi, reformado..... Pero la graduada de "Stthathenghanssength" no se dio por vencida: movió cielo y tierra, hasta que un día viose con su contrata de impartir la enseñanza durante un año (prorrogable) en el Colegio de señoritas "La Instrucción," fundado por el Gobierno hacía poco. Sólo una cláusula mala tenía el contrato, aquella de que no podría ocurrir á la vía diplomática..... Por lo demás, á su cargo estaba en un todo el establecimiento, desde la enseñanza hasta la alimentación de las niñas, punto este último importantísimo por cuanto se proponía de sacar su tripa de mal año, á costa de las tripas de sus educandas.....

—"¿Esta es la niña?"—había dicho con el acento horrorosamente extranjero.

—"Sí señora"—se apresuró la madre y alargó una comunicación cerrada en uno de cuyos ángulos se veía el membrete del Ministerio de Instrucción Pública,

grabado en negro: el escudo nacional lastimosamente contrahecho, como pintado adrede por extranjeras manos, un quetzal cojo, arrugando con sus garras la inscripción "libertad," y con una cauda enorme entrelazada en dos rifles torcidos que más parecían *camoyanas* destrozadas, que flamantes remingtons.

Leyó pausadamente y para si la misiva de su Excelencia; y cuando hubo concluido la lectura, sonrió de manera picaresca, asestó su mirada sobre la niña y con su blanca mano cadavérica púsose á acariciarla blandamente. La dijo que era un querubín; la alabó los ojos, dijo mil lindezas de su pelo y se deshizo en alabanzas á su talle. La niña encantada de tanta amabilidad, no hacía sino ver á su madre como en buscas de expresiones con que significar su gratitud, mientras que la madre por toda respuesta, movía los dedos de los pies hacia dentro encorvándolos sobre la estera y sonriendo de gozo, azorada como quien no halla qué hacer para substraerse á tantas adulaciones que ella misma pensaba, habían sido causadas por la lectura de aquella nota semi-oficial. "¡Qué bella niña!" seguía la escuálida Directora. "*Dormigás* conmigo, chiquita; no faltaba más sino que *fuegas al dormitoguio* general!" Y aquella mano pálida de solterona acostumbrada á mover la castañuela escolar, pasaba por la delicada barbilla de la niña, jugueteaba con sus negros rizos y daba golpecitos cariñosos sobre aquellas mejillas encendidas. En seguida, la inscribió en el rol de alumnas, un librote de hojas grasientas y arrugadas, en donde constaban el nombre, la edad, la patria y los pardes de sus alumnas.

"*María Vallés — 14 años — Guatemalteca.....*" ¿los

nombres de los padres, *señoga?* Y revolvía un grueso librote, empastado en casa de Goubaud.

— "Yo me llamo Rosalía—dijo la madre. Respecto al padre de esta niña..... ¡ fué un infame ! un español que nunca se acuerda de ella, muy guapo, éso sí !"

La verdad es que ella misma no habría sabido decir quién era el progenitor. María recordaba que su madre muchas veces hablando de ésto, había dicho con manifiesta perplejidad : "á saber, si como son varios..." A quien más se parecía, era desde luego al español ; pero la anchura de los pies y la amplitud de formas, la hacían presumir á veces que fuera de cierto alemán..... ó de un negro brutal que la echó al suelo á patadas en los baños de San Antonio..... "Su padre es un español muy rico....." Y ensartó una historia conmovedora, llena de peripecias y de incidentes interesantísimos..... El español era entonces un apuesto mozo de veinticinco años, alegre, decidor, con patillas á la andaluza ; sobre todo, ¡ cómo rasgueaba la guitarra ! Cantaba unas "*alagueñas*" de chuparse los dedos y enamoraba á todas las mozuelas con un desenfado encantador. Le conoció una noche en que estuvieron de verbena en el *Corpus* del Guarda Viejo, allá en una cantina socorrida por numerosísima clientela, "El Paraíso" se llamaba, en donde se bebía de lo gordo y se bailaba al son de un organillo destemplado. ¡ Qué noche tan alegre ! El español, después de cantar unas cuantas peteneras con inimitable gracia, la había invitado á bailar ; y durante el baile, murmuró á su oído ternezas de aquellas que ablandan riscos y tanto, tanto que no supo cómo, pero la verdad es que á la media hora, ella estuvo durante cinco minutos—"fué cosa de cinco minutos, señora Direc-

tora"—en el paraíso..... Después el *chapetón* ya no la conoció: se hizo el sordo á sus clamores, nada valió con él, ni cartas conmovedoras que redactaba un su sobrino á la sazón portero del Ministerio de Hacienda, ni *gritadas* por la calle, ni todo el poder del Jefe Político á quien ella se llegó en demanda de justicia. El infame la veía como perro! Por último la aconsejaron que acudiera á don Rufino—"háblele usted á don Rufino"—la dijeron; y desde entonces ocurrió al acecho del señor Presidente. Pudo verle una tarde en que iba montado en brioso caballo hacia "La Majada" y á medio camino le atajó el paso para contarle sus cuitas: "Se lo dije todo, señora Directora, lo mismo que le estoy diciendo á usted, cayéndoseme la cara de vergüenza y le pedí justicia contra el ingrato!" Don Rufino la oyó con benevolencia y la dijo que se presentara al día siguiente por escrito. Y lo hizo! Por algo pagó cinco pesos por el escrito, un escritazo de á pliego, hecho por el comisario del juzgado 1º de Paz, y en el cual escrito se llamó de canalla al godo, y se hablaba mucho de la gloriosa Revolución de 1871. Fué lo único que surtió efecto porque á los dos días el andaluz se llegó á ella hecho un demonio, la dió doscientos pesos y se hizo un papel en que ella renunciaba á toda reclamación. Andando el tiempo, supo que el godo se había casado con una niña muy rica de la calle real; y que de repente habíase largado á Europa con todo el dinero, dejando á su esposa inconsolable, con tamaño palmo de narices, en "Nueva Yorka" que dicen que está en el otro extremo del Universo."

Y mientras hablaba, las lágrimas caían de sus ojos y

se sonaba las narices con un pañuelote de cuadros negros y de dudosísima limpieza. Por último se despidió; prometió á la niña de ir á verla con frecuencia y acompañada de la Directora llegó á la calle, recomendó por última vez en la puerta á su hija y se marchó. María se acordaba de haber llorado mucho también. No sabía porqué, pero sintió necesidad inmensa de desahogarse y sólo las lágrimas la aliviaron.

—"No *llogues* hijita—la había dicho la Directora, ven, voy á arreglarte."

Y entonces fué cuando la pusieron una blusa de seda azul sobre un corsé que la apretaba horrorosamente el talle; zapatillos albos y unos aretes de tornillo en las orejas. La rociaron la cara de polvos blancos con una mota aterciopelada, y fué á contemplarse de cuerpo entero en el gran espejo que en la alcoba de la Directora estaba. ¡Qué linda se veía! La parecían inimitables las ondulaciones de su cintura aprisionada, los holluelos deliciosos que se la formaban al sonreir y coqueteaba graciosamente ante aquella luna que todos sus movimientos reproducía con fidelidad. Al acostarse por la noche de aquel día tan lleno de emociones, en su camita de bronce, durmiose pensando en el corsé que tan admirablemente contenía y recortaba su talle hecho á las holguras de la faja. Oh! Al día siguiente sus compañeras ya no la haríau burla, porque ya no tendría los pies desnudos ni usaría más esas detestables camisas de criada que dejan el pecho y los hombros al descubierto ¡Oh no! Al día siguiente aparecería con su blusa de seda azul, sus zapatitos blancos, su peinado de fleco sobre la frente, sus medias de hilo negro de Escocia ajustadas á las pantorrillas y

sus enaguas de merino, cayéndola hasta las rodillas, graciosamente replegadas sobre sus caderas redondas y flamantes por obra y gracia del corsé.

Desde entonces, la existencia se deslizó para ella tranquila y alegre en aquel Colegio en que era la alumna mimada. La enseñaron la geografía, la física, la química, todo de un modo extraño: á la memoria.

La clase de Moral y Urbanidad era fastidiosísima. Imaginaos un enorme salón tapizado de mapas y en la testera, sentado á una mesa, un joven pálido, moreno, de rostro repulsivo, que maligna enfermedad se lo tenía cubierto de granos. Era el Maestro de Moral. Tenía muchísimo prestigio entre las alumnas y se decía que era "un talento," sobre todo para hacer versos de pie quebrado..... A ellos precisamente debía la cátedra. Oriundo de Nicaragua á lo que parecía, cayó en la cuenta de que en esta tierra era productiva la literatura; y diose á lanzar "camafeos," "sonetos glaucos," "nacarinas," "crisanthemos"..... y demás poesías de este jaez en que sacaba á relucir á las principales damas de la ciudad adornadas con trajes *évicos* y sonriéndoles en los labios "pálidos rayos de luna" y demás tonterías por el estilo. Por desgracia, sus "camafeos" y sus "mandarinas" no entusiasmaban, eran por el público glacialmente recibidos y el "brillante intelectual"—como le llamaba "El Correo," en cuyas columnas escribía—se daba á los diablos de tanto repartir "crisanthemos" sin provecho alguno positivo. Husmeaba siempre las redacciones de los periódicos para obtener una plaza de gacetillero; pero nada: sólo "El Correo," periódico ministerial, se atrevió á publicar sus producciones para darle á conocer....

Entonces hizo un cuarto de conversión : abandonó la literatura "glauca" y comenzó á escribir "literatura elevada." ¡ Esto ya era otra cosa ! La primera composición poética que publicó de este género, obtuvo un ruido inmenso. Fué dedicada al General Barillas — Presidente entonces de la República — y comenzaba así, poco más á menos :

"Señor Presidente : yo he recorrido
por todas partes la República
Y la voz pública
á Vos os aclama diligente.
Ornan vuestra frente las nereidas
y tenéis rasgos sin mancillas,
Ilustrísimo Barillas
Vos hacéis la dicha de la gente."

Cuatro ó cinco días después de la publicación de esta joya, recibió su nombramiento de catedrático de "Moral y Urbanidad" del Colegio de "La Instrucción" con sesenta pesos mensuales de sueldo ; y entonces se engolfó por completo en la "alta poesía," con la esperanza de que al fin su Excelencia el Ministro de la Enseñanza pública, en la cuenta cayera de que un talento como el suyo, había que aprovecharlo en servicio de la patria, en algo mejor que en dar clase de moral. Un poeta que hace versos de "alta poesía" y que ha producido "afiligranadas nacarinas," es un joven hecho como de molde para una secretaría de Legación ó para servir un Consulado por lo menos. Y mientras le llegaba la patente, daba clases de Moral y Urbanidad, con el propósito firme de largarse á su tierra cuando la pitanza le faltara, y lanzar desde allá incendiarios artículos contra Guatemala y contra su Gobierno, si nunca resolvían aprovechar sus brillantes aptitudes. Hasta

rumiaba ya los títulos de los artículos que escribiría. Tenía uno *in mente* —"los canallas" se titulaba— en que pondría al general Barillas de oro y azul y con los más negros colores pintaría la "corrupción y la bajeza de la sociedad guatemalteca," y hasta pondría cierta lista de señoras casadas..... ¡Este era el maestro moral! "¡Ya verán, si no me hacen cónsul!"—decía, afirmándose sobre la nariz los ahumados lentes y calzándose los guantes amarillos. Porque, éso sí: él gastaría todos sus sueldos en trapicheos y en holgorios; pero siempre andaba vestido de punta en blanco, sin que nadie se explicara el misterio de que un hombre como él, que apenas ganaba cosa de cien pesos con sus empleos, tuviera siempre dineros para darse vida de príncipe.

¡Dichosos seis meses los que María estuvo en el Colegio! *Prefe* muy luego de Anita Ordález, rubia hechicera, un poco mayor que ella, de cara picaresca y maligna, alocada y alegre, obtuvo permiso de Miss Golding —que así se llamaba la Directora— para dormir con aquella en un primoroso gabinetito que se arregló convenientemente con elegantísimo tocador de gran espejo, surtido de toda clase de perfumes y de aguas de colonia. No tenía memoria de haber pasado en su vida veladas más deliciosas. En el silencio completo de la noche María y Anita hablaban siempre en sumisa voz temerosas de que las oyesen. Contábanse sus ilusiones, sus deseos, sus placeres.

—"Yo, decía María —espero llegar á Maestra y dar clases en los institutos y en las escuelas."

—"¡Tonta! —respondía Ana —es mejor casarse... Mira, los hombres son muy brutos..... ¡Cómo se

pagan de nuestros besos y de nuestras caricias!" Y reía locamente, besaba á su compañera y con los pies levantaba en alto las ropas de su cama, dejando que la luz de un foco eléctrico inundara encantadores secretos que María admiraba imaginándose no sé qué placeres soñados y apenas conocidos. En seguida se abrazaba á su compañera en estrechísimo abrazo; y sus labios ardientes y temblorosos se posaban frenéticamente sobre el pecho redondeado y anhelante de María. La pobre muchacha no sabía qué hacerse. Tiritaba mientras la invadía una calentura extraña y sentía recorrer por todas sus venas misteriosos efluvios y raros calofríos. Sus carnes mórbidas se movían convulsivamente, su piel temblaba y cruzaban por sus miembros palpitantes torrentes de fuego cual si estuviera en un mundo nuevo y extraordinario. El espejo del tocador reproducía todas las escenas en sus más mínimos detalles y María se contemplaba en aquella gran luna con los ojos azorados, la hermosa cabellera negra ondulando sobre sus espaldas, el camisón de dormir medio rasgado, las ventanillas de la nariz agitadas y jadeante la respiración. Las luz las bañaba enteramente, una luz viva que de repente se extinguía para sumirlo todo en las tinieblas y acaso para no oír los suspiros y el murmullo de los besos.....

Así pasaron seis meses. Todos los sábados por la tarde, María iba á casa en donde con seguridad se encontraba con su Excelencia el señor Ministro. Cómo la agasajaba llevándola cartuchos de caramelos, golosinas, pastelillos de casa de Herrera, muñecas de china de esas que vienen de París y que dicen "papá y mamá!"

—"¿Estás contenta en el colegio, pequeñita?"—Y la levantaba en peso para colocarla sobre sus rodillas y su rugosa mano resbalaba por el cuerpo de la niña. Dijérase avaro de su fruta cuya madurez tanteaba. Ella dejaba hacer; y sentía á veces que la cara la azotaban oleadas de pudor. Otras veces se revolvía sobre las piernas de su Excelencia y presa de náusea, trataba de desasirse de aquellas garras que la retenían á la fuerza; comparaba las manos de aquel viejo feo y calvo y de hedionda boca con el cutis finísimo de Anita y sin darse cuenta exacta de lo que pensaba, concluía por tenerles miedo á los hombres y creer que eran muy groseros. Instintivamente huía de ellos, les detestaba, la parecían inmundos y bajos, iguales todos á su Excelencia.

—"Por qué tiene Ud.—decía al Ministro—las manos tan ásperas?"—Y hacía un mohín de niña mimada.

Su Excelencia celebraba la gracia con una carcajada seca y convulsiva; inundaba á la niña con saliva y volvía al mismo manoseo y aún la besaba en la boca con aire paternal llamándola "hija mía".....

Por último llegó aquella terrible tarde en que la despidieron del colegio. Fué una tarde cuyo cielo encapotado de nubes, parecía triste y frío y desapacible como la desgracia.

—"María—la dijo la Directora con el ceño adusto—"arregle Ud. las ropas (ella decía *gopas)* que trajo y márchese á su casa. Desde hoy queda Ud. fuera del colegio .....!"

Al principio nada comprendió. Fué preciso repetirla que se marchara, que se la despedía, que se la

expulsaba del establecimiento. Entonces se dió á llorar..... ¿Qué había hecho ella para que la despidieran? Siempre habían sido modelos su conducta y su aprovechamiento según los informes de sus profesoras. Cierto que á éstas nunca había regalado con flores y con listones como lo hacían sus condiscípulas. Pero si jamás lo hizo fué porque nunca los tuvo. Y apesar de ello, sus maestras siempre la distinguieron y la agasajaron. Verdad que tenía motivos para sospechar que en todos aquellos agasajos, dominaba muchísimo el nombre de su Excelencia. Pero con todo, este era un motivo más para que no se la despidiera. ¡Está bien! Se iría á casa de su madre y aquella misma noche lo contaría todo al señor Ministro; y de su cuenta corría que echaran noramala á la austriaca ésa, cara de lagartija. ¡Mal año aquel para Miss Golding! Haría relación de la comida infame que las hacían tragar, aquel café negro ralo de por la mañana con semita fría, aquellos fríjoles *parados* que por lo duros parecían bodoques de barro cocido, que las hacían tomar en el almuerzo, aquella carne hedionda y aquel arroz con *chipilines* que se engullían en la comida para no morirse de hambre..... Todo lo contaría! ¡Hasta lo de las *prefes!* ¡De seguro que echaban á Miss Golding! ¡Gringa maldita!"

Y he aquí cómo había vuelto á casa de su madre, tiritando de frío, bajo una llovizna tenaz que calaba hasta los huesos y viendo por instantes rasgarse las nubes negras al fugaz resplandor de los relámpagos, que se la antojaban fosforillos incandescentes que rápidamente cruzan el espacio y se extinguen, tras ellos cerrando las fúnebres cortinas de la noche.....

II

¡ Qué escena la esperaba en su casa ! La recibió su madre con el ceño fruncido, la boca contraída, chispeantes los ojos.

—" Ya sé que te echaron del colegio " — la dijo brutalmente.

—" Quéjese usted al señor Ministro ! "

—" ¡ Calla con ese bestia ! Se metió á conspirador y por ahí anda huyendo á salto de mata para que no lo *afusilen !* "

" ¡ Conspirador aquel animal ! ¡ Conspirador aquel imbécil pedazo de bruto ! " Y se desató en injurias contra la Excelencia caída. " ¡ Miren qué conspirador ! — decía hecha un basilisco. " Conspirador aquel burro, bueno sólo para soportar la albarda ! " ¿ Conque ése caballo quería ser presidente y por eso echaban á su hija del colegio ? ¡ Que lo *afusilen* por animal ! Si ella supiera donde se escondía, en el acto daría el soplo á los *orejas* para que me le cojieran y me le zamparan cuatro balas en su barriga de cerdo ! " ¡ Por bestia, por bestia ! " — repetía alzando las manos en son de amenaza terrible.

María contemplaba aquello como quien ve visiones : " ¡ Adiós la blusa azul, adiós los zapatitos ! "

Y desde aquel día quedó abandonada para siempre la vida de colegiala, volvió á sus enaguas humildes de fámula coqueta y se ocupó en ayudar á la madre en la

venta de chucherías en aquel tenducho de por Jocotenango.

Hasta allí, no sabía lo que era el amor. La repugnaban instintivamente los hombres á los cuales tenía miedo y nunca había sentido sino ciertas curiosidades, aleteos de algo desconocido, ansias que ella no se explicaba, de algo más robusto, más fuerte que la débil organización de Anita. Hasta que un día sintiose invadida repentinamente por otros deseos más extraños y apremiantes que se posesionaron de su cuerpo y de su alma: Rafael, se llamaba..... Un pobre bohemio sin porvenir, albañil de oficio, que la asediaba día y noche y no perdía ocasión de hablarla so pretexto de consumir cerveza. ¿Qué era aquello tan raro que la acontecía? El hecho es que en presencia de aquel mancebo de veinte años, de rizos elegantes sobre la frente, zapatos con tacones piramidales y pantalones de anchísima base, ella sentía que el rostro se la coloreaba como amapola, temblaba su voz al contestarle y sus manos hacíanse torpes para vaciar la cerveza sobre el vaso. Adivinaba cuándo llegaría y le esperaba siempre con secreto afán mezclado de alegría. "Hoy viene," pensaba. Y corría presurosa al espejo, arreglábase coquetamente un moño en la cabeza y andaba de aquí para allá, nerviosa, cantando, recitando y viendo á cada momento hacia la puerta por donde entraría Rafael. Por fin llegaba éste, sudoroso, la camisa llena de mezcla, las manos lastimosamente estropeadas, cansado de tanto batir argamasa y de tanto acarrear ladrillo. Entonces la muchacha dejaba escapar una débil exclamación de sorpresa, poníase encendida y preparaba la más limpia y la más hermosa de las copas para servir la cerveza. Bien qui-

siera ella no recibir el medio real del precio — tomaba "cerveza sencilla centro-americana" — pero lo impedían los ojos de Argos y la cara avinagrada de la madre, la cual gruñía como perro á quien arrebatan su hueso.

Cuando la madre estaba allí y el mancebo llegaba, estaba segura María de recibir un jaleo de todos los demonios Apenas el muchacho se marchaba, la madre abría la boca para soltar injurias aprendidas en el trato con las verduleras del Mercado: "¡ Mira que te muelo á palos si te veo sombras con ese *tal por cual!* Yo pienso establecerte de otro modo más ventajoso..... Meterte tú con un albañil desarrapado! ¡ Vaya una muchacha estúpida!" Y tanto y tanto estas escenas se repitieron, que el pobre albañil fué al fin despedido con trompetas destempladas y su imágen borrándose de la mente de María. Y pasó el tiempo hasta la noche aquella en que su madre la dijo que había por fin llegado el día en que iba á establecerla *ventajosamente*..... Ya tenía edad! Y he aquí porqué, esa noche precursora de la "gran noche," tan luego como la madre la dejara acostada en su miserable catre de lona, lleno el cerebro de imágenes brillantes de un porvenir soberbio, dióse á pensar arropada con su colcha de hilos rojos, en cuanto la esperaba, repleta la mente de ilusiones, tembloroso el corazón de esperanzas y de temores, los labios sonriendo ante las maravillosas escenas que su calenturienta fantasía la iba presentando. Ya tendría *landeau* de Schuman, ya se vestiría de seda é iría al teatro cuajada de brillantes..... y un mozo rubio, de grandes ojos azules y rizados bigotes, algo parecido á Rafael, la tendía los brazos y atraíala con magnética sonrisa.....

Y al cruzar por su imaginación estas ideas, sentía no sé qué ardores en las entrañas, sus manos golpeaban el anhelante pecho y su piel temblaba cual si la rozara el gratísimo contacto de otra carne. A la pálida luz de la bugía de sebo, miraba los grabados de almanaque y de periódicos pegados con cera en la pared: un mozo robusto cargando á cuestas bacalao enorme, una Venus saliendo de las olas en medio del concierto formado por los faunos que soplaban trompas marinas; un hombre medio dormido rodeado de huríes desnudas, el sueño de Fausto quizá y aquello la gritaba algo en el oído. "¡Amor!" la decía Venus: ¡amor! murmuraba Fausto; y ¡amor! rugía el atlético noruego del pescado..... "¡Amor! ¡amor!" Y las ropas de su cama caían al suelo y la titilante llama la inundaba toda entera la magnífica lascivia de su belleza.....

Poco á poco el cabo de sebo se fué extinguiendo, lanzó sus últimos destellos cual si quisiera luchar con las tinieblas, chisporroteó breve instante más y por último murió para dar paso á las tinieblas de la noche. Entonces María se durmió; cayeron sus párpados pesadamente, los brazos extendidos sobre los bordes del catre, la ropa cubriéndola apenas hasta el exhuberante pecho y soñó..... soñó murmullos de besos, serenatas celestiales, cascadas de brillantes, rozamientos de seda..... ¡El paraíso!.....

***

El sol de la mañana, un sol espléndido de agosto, colose por las ventanas de su cuartucho, mal tamizada la luz por los vidrios polvorientos y rajados. Cuando

María despertó, sus ojos hirió aquella cascada de luz áurea que la inundaba toda á manera de polvo finísimo. Los párpados abrió pausadamente, alargó los brazos torneados cubiertos de aterciopelado vello y bostezó como si realmente despertase del letargo que sucede á una noche de orgía. En seguida comenzó á distinguir bien los objetos, recordó penosamente sus sueños de la noche anterior, con aquel cansancio fatigoso que bruma la inteligencia cuando se ha ocupado largo tiempo en una misma idea, é involuntariamente se extremeció al pensar que al fin ese mismo día iba á arrojar á los pies de un señorito, las flores medio ajadas de su virginidad. ¿Era miedo? No lo sabría decir. Era miedo, era curiosidad infantil, era deseo vagamente empujándola, de conocer ese gran salto cuyas consecuencias la enseñaron embozadamente en clase de Fisiología y cuyos fenómenos tantas veces viera á hurtadillas en casa de su madre. ¡Ah sí! Lo recordaba ahora muy bien! Siempre la agradaron mucho las lecciones de Fisiología; y siempre que las estudió en compañía de Anita, sintió arderse de curiosidad por penetrar ciertos misterios que siempre obscuros la parecieron. Vió en Botánica que esas flores de corolas perfumadas que ella aspiraba con delicia, juntaban sus estambres y sus pistilos para producir la deliciosa fruta rica en miel. La enseñaron en Química que los ácidos se juntan con los óxidos para dar orígen á cristales de vívidos colores y en Geografía que la lluvia se desata sobre la tierra para fecundarla y embellecerla y hacerla producir..... Siempre el contacto de los géneros para nacer la vida! La Naturaleza toda canta himno eterno al amor. Todo es trasformación, todo es movimiento, combina-

ción de gérmenes que se estrechan en íntimo abrazo para dar nacimiento al nuevo ser. Y el fenómeno igual en las entrañas de la tierra, el mismo en las profundidades del Océano, el mismo en el mundo de los microbios y también en el mundo de los hombres. ¡ Ah sí ! Pero éstos inventaron leyes y contuvieron la potencia salvaje de la carne con círculos de hierro forjados por no sabía qué cosas á las cuales llamaban egoísmo y conveniencia.....

E indolentemente acostada sobre su lecho, suelta la negra cabellera que brotaba por encima de los bordes de la cama y barría con sus extremos el rojo piso de ladrillo, fijos los ojos en las mal unidas reglas de un techo de zinc, volvió á atormentar su cerebro con aquellos pensamientos que la desvelaron y que fueran causa de la suave palidez extendida por su rostro como esfumada por un pincel. Volvió á pensar y cayó en la cuenta de que hay unas que se casan y otras condenadas, como ella, sin remedio y sin apelación á servir de vano pasatiempo á algún gran señor cuyas larguezas apenas compensaban lo inmenso del sacrificio. ¡ Ah ! ¿ Porqué hay unas que se casan para siempre vivir con sólo un hombre ; y otras como ella sentenciadas al concubinato ? Y entonces se acordó con tristeza infinita de aquel Rafael que la había querido con pasión para casarse — claramente lo dijo en las cartitas perfumadas que la envió, escritas con letra de albañil en plieguillos de márgenes bordados. Tenía en la memoria la primera que recibió : "Adorada ceñorita, desde aquel juego de sus hojos ensendi ó mi corasón..... " Y que concluía : "quien Ud. sabe — *Rafail.*" ¡ Pobre muchacho ! Dió en

beber brutalmente cuando le despidió por exigencias de la madre! "Casarse — la había dicho ésta — casarse es esclavizarse para siempre; estar sujeta toda la vida á los caprichos de un bestión que juega y que bebe y que le pega por gusto á su mujer, sin esperanzas de poder salir de él, sino matándolo dormido....." "¡Ah!" Dijo y se pasó la mano por su frente cual si quisiera apartar los pensamientos, y los recuerdos que la asediaban y calmar la fiebre en que ardía su cerebro. Distraídamente volvió la vista hacia el cuadro aquel de la vírgen dolorosa colocada en medio de botellas con flores amarillas marchitas ya. La virgen se la antojó severa, con sus manos entrelazadas en actitud tiernamente suplicante, las lágrimas brotando de los hermosos ojos elevados al cielo, pronunciadas las arrugas de la frente y la sangrienta espada partiendo el corazón todo amor de la virgen celestial: "¡Oh, cómo me mira!" y escondía su cabeza dentro de la colcha. ¿Porqué la virgen la miraba así, con el ceño arrugado y la expresión severa? ¡Ay! No bastaba pasar toda la vida sufriendo hambre y desnudez. No bastaba haber arrastrado la existencia entre las privaciones y la miseria. Era preciso suprimir también aquellos goces fugaces apenas entrevistos en instantes de desvarío. Era necesario mantener siempre intacta una virtud gazmoña que sólo miraba al cuerpo, pues ella misma sentía y palpaba la prostitución de su alma; era preciso mantener ese cuerpo purisísimo por más que su espíritu y su carne misma se revelaran contra aquella tiranía y se debatieran en alas del deseo y forcejaran furiosamente por substraerse de aquel círculo irritante formado no más que por las preocupaciones sociales. ¿Qué signi-

fica el arbitrario criterio de la gente respecto á actos que á nadie causan daño? "Nadie se deshonra,— había leído en un libraco — por hechos que no acarrean ajeno daño, aunque el honor se base en la opinión de los demás..." Sí, pero el infierno de que la hablara el sacerdote cuando se confesaba hacía muchos años, cuando era muy niña.... "¡El infierno!" Era preciso, pues, ser virtuosa por miedo y á la fuerza, pese á la fiebre en que se consumía, para ser acepta á los ojos de su Dios y entrar después de la muerte..... ¡hasta después de la muerte! al goce de ese cielo azul de cuyas bellísimas imágenes aún guardaba su memoria rastros medio borrados! ¡Ah! ¡Si la hubieran dejado amar á Rafael! Rafael, aquel desdichado, borracho por culpa suya á quien llamara tantas veces en sus sueños y á quien sentía adorar con frenesí! Si la hubieran dejado amarle con todas las fuerzas de su corazón, su alma y su cuerpo entregarle, con él unirse para siempre, pese al destino suyo y aunque hubiera de andar errante pidiendo limosnas para el Rafael de su corazón! Pero ¡bah! ¿Tuvo ella alguna vez el derecho de casarse? ¿Le tenía ahora y deben casarse las de su clase? Carne, carne desprendida de otra carne putrefacta, su destino era el de su madre..... ¿Cómo hasta entonces no se había cumplido ese destino? Presentía la causa sin darse de ella cuenta exacta: el equilibrio se mantuvo hasta allí merced á tantas fuerzas lanzadas en su acecho. No se había presentado hasta entonces la mayor, cuyo sería el definitivo triunfo..... Pero al fin se presentó y aquella noche misma la conocería..... Y al pensar así, un temblor extraño recorría todos sus miembros, un peso inmenso á remordimientos pare-

cido, la oprimía el corazón y al instante brotaba en su cerebro el rostro pálido, ojeroso y rubicundo de Rafael, mirándola con lástima, con indefinible sonrisa de desprecio vagando por sus labios, mirándola, mirándola sin compasión á los pies de un sátiro brutal.....

—"¡Tú también, Rafael.....! Tú también me miras como la ¡virgen! ¡No me mires así porque me haces daño! Apártate de mis ojos! ¿Qué culpa tengo yo.....? Vé, busca dinero, arrójalo á los pies de mi madre para que ésto sea tuyo, sólo tuyo, eternamente tuyo!" Y se golpeaba con ambas manos el jadeante pecho, escondía la cabeza bajo su almohada y cerraba los ojos; pero en vano porque seguía viendo el rostro abotagado del borracho mirándola con lástima, mirándola hasta hipnotizarla y petrificarla..... "¡Te adoro, te adoro Rafael—repetía revolviéndose en su cama como demente—"¡Te adoro! ¿Porqué no vienes, vida mía! Toma, hártate tú antes que nadie!" Y en su delirio, abrazaba á la almohada y la mordía, cual si quisiera infundirla vida y fuerza y movimiento, mientras los ojos abría desmesuradamente en presencia de la arruga vertical de la virgen dolorosa que á ella se la imaginó más pronunciada y más severa que nunca.....

—"Vamos, María, levántate; ya es tarde"—sonó desde fuera la voz gangosa y áspera de la madre.

Entonces se vistió á toda prisa. Viose el rostro en su pedazo de espejo, la cabellera se arregló con un listón de seda azul, se pasó la mano por la frente como para desvanecer las huellas de aquella terrible batalla muda: y pálida, por sus labios jugueteando melancólica sonrisa de hastío que contraía como á la fuerza su diminuta boca, presentose á la madre fingiendo la más completa tranquilidad.....

III

La blanca ciudad parecía flotar sobre una nube de luz dorada sobre la cual caían á plomo los rayos de aquel sol espléndido de la mañana. Muy pronto las calles se vieron invadidas por gentes endomingadas y bulliciosas que acudían á los campos del hipódromo en buscas de oxígeno puro, de expansiones y de placeres. Todos reían y en sus rostros reflejábanse el contento y la satisfacción de goces fugaces y lucía en sus ojos la mirada indiferente y egoísta ante las miserias con que rozaban al pasar y de que huían prontamente cual si su presencia recrudeciera remordimientos acallados á la fuerza.

Apenas se hubo arreglado, María se acercó á la puerta de la tienda, atraída por aquel inmenso barullo de gente que iba y venía por la ancha calzada, cada cual buscando sin tregua la manera de no aburrirse, la panacea que aliviara el sufrimiento del vivir, la atmósfera capaz de adormecer por breves instantes siquiera, el contínuo dolor ó el tedio sempiterno que devoran á la desdichada raza de los hombres. La muchedumbre gritaba y reía locamente, entre los coches y los caballos discurriendo. Dijérase que cada cual trataba de aturdirse, de formarse ruido para ahogar sus pesares, de fingir el gozo para hacerse la ilusión de que el tedio ha huido, de que al siguiente día no volverán las mismas angustias y los mismos sinsabores que constituyen

el sello impreso en la vida humana..... Hacían todos cara hipócritamente alegre, á la fuerza sosegando al gusanillo roedor que como fonógrafo diabólico, va pegado al oído de cada hombre cantándole á cada paso y á cada instante, la lista de sus miserias, de sus penas, de sus zozobras y de sus crímenes: "¡Acuérdate de que tus hijos carecerán del pan mañana..... !" — "¡Cómo exhibes en sedas y en carruajes convertido, el dinero que robaste!" — "¡Quieres parecer honrada y eres adúltera!" — "Tú, juez venal que tu infamia encubres con reflejos de oro, no pasees aquí tu vergüenza y tu cara de pillo..... !" Y así el roedor iría arrebatando á cada cual sin misericordia, ratos de olvido que los momentos de gozo no son sino los instantes en que se olvida la existencia.....

María quedó embobada contemplando la enorme masa de carne humana que frente á ella discurría. La bulliciosa línea se alongaba hasta la plazuela de Jocotenango desparramándose allí en abanico inmenso. Parecía serpiente acéfala y sin fin, animada por movimientos bruscos, cuya marcha se detenía á veces, cuyo cuerpo arremolineaba otras en espantoso torbellino; crótalo inmenso que el fango de la calle revolvía en furioso pataleo cual si en círculo ígneo encerrado fuera. El paso vertiginoso de los carruajes de Mr. Schuman guiados por cocheros de enhiestas chisteras y de libreas relucientes; los coches atestados de damas hermosas á fuerza de alquimia, cuyos ojos giran y cuyos labios sonríen voluptuosamente en buscas de la admiración á su belleza y á las joyas reberverantes; los campanillazos de los repletos tranvías que volando se deslizan la compacta *foule* hendiendo como flechas; el

trote de los garbosos caballos cuya viveza refrenan ginetes de bigotes rizados á hierro y de guantes color de paja; toda esta baraúnda revuelta, toda esta batahola de gritos, chasquidos de látigos, ruido de pitos, llanto de niños, coplas aguardentosas, voces hediondas á figón; toda esta inmensa babel de gentes que sus dolores disfrazan con el ropaje de la dicha y sus miserias visten de regocijo, encantó y deslumbró á María. Allá van todos con el gozo en la cara y en el alma la muerte. ¿A dónde? Al hipódromo, á presenciar las carreras de los caballos, á apostar flores y perfumes y luego á bailar en el salón de la derecha al compás de magnífica orquesta. Allá van todos á descansar un momento de la carga fastidiosa de la existencia, á gozar de la alegría de vivir, á respirar á bocanadas tres minutos de dicha, á lucir su belleza y su dinero; mientras ella, la hija del charco, allí se está á la puerta del tenducho muriéndose de envidia, sintiéndose capaz de gozar y de lucir también la hermosura suya, quemándose con el deseo de ser ella también reina de la fiesta, de ver siquiera una pulgada de ese famoso salón de la derecha que se la antoja escondido rincón de un cielo maravilloso. Ella también podría ir. ¡Claro: un peso, no es de imposible sacrificio! ¿Pero á qué? A comparar su vestido humilde con los lujosos trajes de la grandeza; á rabiar de envidia, á desear aquellos triunfos que no serían suyos y aquellos aplausos que para ella no serían..... Allá van, hartos de gozo á seguir gozando mientras ella se queda olvidada y perdida, envuelta en sus sueños de grandeza y entre las miserias de su perpetuo ayuno. ¡Ah! pero ella siente la necesidad de admirar y de brillar; siente que está

hecha de la misma pasta de las grandes damas; que ella también es capaz de barnizarse de aristocracia, de aspirar los perfumes del gran mundo; de ser merecedora de los brillantes y de las perlas. ¡ Hay que llegar de algún modo á todo éso! Y se apercibe para penetrar, no importa por qué vías! á la atmósfera embriagadora del lujo y de la riqueza y de los diamantes que la deslumbran. ¡ Ah, ella debió haber nacido rica! ¿ Por qué no todas nacen felices? ¡ Qué dicha rendir con sonrisas á todo ese hato de imbéciles vestidos de figurines é hipnotizarles con el brillo de la mirada y también con los tornasolados reflejos de los vestidos de seda! ¿ Por qué no tenía ella sartas de perlas con que adornar su garganta ni pendientes diamantinos que colgar en sus orejas? ¡ Qué buen efecto harían para agraciar su rostro que ella siempre vió lindísimo en el gran espejo que en la alcoba de la directora estaba!

Allá van todos en alegre algazara á olvidar por breves instantes de carnaval, los tormentos de la existencia; allá van á matar el fastidio que les consume, á sofocar la voz del gusanillo que su placer les agua, mientras ella se queda allí contemplando la dicha de los otros y oyendo, sin poderlo remediar, la vocecilla queda y monótona que la murmura: "¡ esta noche.....! esta noche.....!" Y la gente seguía discurriendo como cadena sin fin. Pasaban damas encopetadas que favor la hacían si la miraban; mozos del pueblo con zapatos de domingo, de esos zapatos charolados y coquetos que tienen por tacones pirámides invertidas; señoritos olorosos á barbería y satisfechos de sus personas que la disparaban requiebros y se atrevían á rozar su mano con las mejillas de la niña..... todos

con el gozo en el rostro cual si para siempre terminado hubiera el reinado del dolor. Y el diablillo que en su alma retozaba, la decía furiosamente: "tú serás una de ellas; tú también puedes ser reina y lucir vestidos de seda y sombreros parisienses y realzar tu belleza con los deslumbradores reflejos de los brillantes..... ¡esta noche.....!"

Poco á poco aquel sol espléndido cuyos rayos se quebraban en las polvorientas hojas de los árboles — desastrosamente pintajarreados de azul y blanco — y en la cal blanquísima de las paredes recién pintadas, fuese nublando y poniéndose triste cual si su luz enviara á través de finísimo cendal. Cenicientos nubarrones se acumularon en el horizonte y menuda lluvia comenzó á caer sobre la alegre ciudad. Izáronse paraguas y sombrillas y la gente buscó refugio bajo los aleros de las casas y en las *galeras* que forman la avenida. Y reían: la vida es muy corta y saturada de penalidades para que no se trate de gozarla lo mejor posible. Aquel aguacero que la fiesta aguaba, dió motivo de regocijo y cada cual propúsose de divertirse á costa del prójimo que no hay placer ni gusto comparables al gusto y al placer del ajeno daño..... Y la muchedumbre, á inmenso enjambre de abejas espantadas semejante, diseminose por todos lados en buscas de la salvación, atropellándose y estrujándose, el pestilente lodo de la charca batiendo con sus pies, y á carcajada tendida riendo cada vez que alguien caía en el arroyo y se alzaba chorreando limo entre las zumbas, la gritería, las silbas y las burlas de todos el monstruo.

María rió también. Sentía gozo, inmenso gozo en ver manchados y salpicados de lodo los lujosos vesti-

dos de seda, los zapatos elegantes de cabritilla y hasta los encendidos rostros de soberbias damas que junto á ella buscaran abrigo. Dijérase que no había para ella dicha igual á la de contemplar á la grandeza revolcada entre el cieno infecto de la calle, cuyo tarquín fuera finísimamente batido por el rodar de innumerables coches y por el pataleo de infinito número de pies humanos, cuales hediondos y descalzos, cuales diminutos é inquietos hermosamente embutidos en zapatitos de becerros extranjeros. Ella misma no se daba cuenta exacta de sus impresiones: "esta noche!"—la murmuraba el gusanillo..... ¡Bah! faltaba mucho para que la noche entrara..... y seguía riendo....." ¡Bravo!" —gritaba entusiasmada llena de infantil alegría cada vez que alguno saltaba á través del arroyo. Y cuando alguien, torpe ó desgraciado, caía en medio, el cieno revolviendo con su cuerpo y bañándose todo él, en el espeso líquido, palmoteaba y reía más hasta que los ojos se la hincharon y pusieron lacrimosos, que la risa suele ser á veces llanto disfrazado.....

***

Y llegó la noche. Densas tinieblas, rasgadas á veces por relámpago fugaz, cayeron sobre la casi desierta y lodosa calle cuyo silencio era apenas interrumpido por el tardo paso de perezoso polizonte ó por el murmullo de los *chingolingos* de Jocotenango arrastrado por la brisa. De una que otra casuca partían voces humedecidas en aguardiente y acompañadas de chillones lamentos de destemplado acordión y luego..... nada. ¡Ah! sí: los focos eléctricos de "Rodenas y Cía" con

su luz temblona reflejándose en los inmundos charcos, lo que daba á la calle el aspecto de cielo bajo de lodo acribillado de estrellas.....

Y mientras la madre ensortijaba los cabellos de María, con el auxilio de un clavo calentado al brasero, la niña se envolvía en los pensamientos que el barullo de la tarde la causaran. Pensaba; y por su imaginación cruzaban los carruajes flamantes de Mr. Schuman; los vestidos de seda y lujosísimos encajes; los pendientes de brillantes y los collares de perlas; los perfumes de baile suntuoso y el retintín de copas que chocan en alabanzas á su belleza, todo confundido y mezclado con el ruido de los pitos de agosto, de las callejeras cajas de música y de los campanillazos del tranvía..... Pronto lo tendría todo..... quizá esa misma noche pues que la apercibían para llegar á los brazos de hermoso joven de ojos azules y de bigote rubio, loco de amor por ella y..... engastado en millones. Pronto lo tendría todo... ¿á qué precio...? ¡Y qué importaba si la necesidad la sigue aguijoneando, si ella siente que algo más fuerte que todo la golpea para que los brazos abra al varón cuyo complemento es! ¡Qué importa, si la materia que ella siente hervir, la impone el amor como esencia de vida, pese á todas las rígidas doctrinas que la enseñaron en la infancia, allá cuando iba á oír las lecciones dominicales de un bondadoso sacerdote de San Sebastián! Y sin embargo, también sentía vacío inexplicable en el corazón. Algo como un vago malestar, algo así como una satisfacción incompleta, como un placer despojado de su esencia, como agua de tocador sin perfume. Bien: pronto tendría todo aquello que su calenturienta imaginación la represen-

taba como un cielo: sedas que estrujar, pendientes diamantinos para sus orejas, collares de perlas para su garganta riquísima y mancebo joven y robusto ebrio de amor por ella..... ¡Todavía la faltaba algo! Y su fiebre se apaciguaba á medias, cuando ponía al lechuguino que la esperaba, el rostro descolorido de Rafael con todo y su bocaza grosera y basta. Eso era lo que la faltaba á todo faltar: no sólo un hombre joven, robusto y nervoso, sino un Rafael que fuese suyo exclusivamente, eterna y ardientemente suyo! ¡Si Rafael supiera.....! ¿Por qué Rafael no fue suyo? ¡Ah, imbécil que no supo ser fuerte, ni ser osado, ni ser audaz.....! ¡Cómo le hubiera poseído en lo absoluto, con absoluta exclusión de todas las demás, solo para ella y sin la necesidad de lujos y de riquezas que la crearon en el colegio y que la ensartaron á machamartillo! Y era lo peor que ya no había remedio. Rafael había huído para siempre *amachimado* con la botella de aguardiente..... Ahora más que nunca le deseaba y le quería, así labrado de hacha, burdo, borracho, insolente. ¿Era ésto amor? Ni lo analizaba. Sentía la necesidad de Rafael y basta. No era el deseo salvaje en que años atrás se consumiera, aquel deseo que no osó nunca confesarse pero que tanto la torturó cuando dió el salto sublime de la niñez á la pubertad. ¡Cuántas noches soñó entonces embriagadoras escenas que la obligaron á revolcarse en brazos de su compañera de alcoba! ¡Cuántas noches soñó á su Rafael, perdido para siempre y anhelado ahora más furiosamente que nunca! Bestia que no conoció que tras estudiada indiferencia, le adoraba con todas las energías de su alma y con todas las potencias

de su cuerpo! ¡Imbécil, que por vencido se dió cuando era el vencedor, precisamente cuando tras las veleidades y las fingidas repulsas con que ella se daba traza para precipitarle, escondía su corazón ardiente, ansioso de un golpe de audacia, un rapto, una violación brutal que la habría encantado y resuelto su problema! Así le quisiera: fiero como el león, brutal como un salvaje, bestión indómito, violento, impetuoso, irresistible..... y no palomo desmazalado y suspirante con inútil cuerpo de Goliat.

Pero..... en fin: ya no había remedio. Iba ya á conocer el amor absoluto; y..... ¿quién sabe? tal vez Rafael la arrebataría, robusto como ella le soñaba, apasionado, ciego como toro cerril. Y á esta halagadora idea, se extremecía de emoción, temblábanla los miembros y golpeaba con furia la sangre en sus arterias..... Sentía necesidad extraordinaria de quererlo; una fuerza irresistible que la empujaba hacia el varón de sus sueños y de sus simpatías, fuerza impetuosa, convertida en asolador torrente de todas las doctrinas de moral cristiana que la enseñaron cuando era niña. Sentía que aquel torrente era superior al "deber" cuyos principios aprendiera en las pláticas domínicales; á la castidad que el sacerdote la dijo que guardara siempre; á la pureza de cuerpo con la cual la recomendaron que siempre tuviese cuenta. "El mundo, el demonio y la carne — la habían hecho aprenderse de coro — no vencen al hombre cuando cuenta con el auxilio del cielo!" Hasta ahora comprendía todo el significado de esa máxima que obliga al heroísmo. ¡Ah sí; pero para salir victoriosa en esa lucha, era preciso ser mártir: y ella no quería ser mártir ni se sentía con fuerzas para

serlo. Al contrario: deseaba ser la vencida porque en la rendición adivinaba otro mundo, otras emociones que la reclamaban imperiosamente, nuevas fuentes de vida de que ella sentía vehemencia de gozar hasta el hartazgo. ¡Ah! Ella no contaba con el auxilio del cielo pues que su alma vacilaba exhausta de fuerzas para la lucha y su cuerpo palpitaba hacia la rendición! ¿A qué continuar un combate imposible? Amor, late su corazón en murmullo imperceptible; amor cantan las aves en sublimes trinos y amor enlaza á las mariposas en coquetuelos revoloteos; perfumes de amor esparcen las flores por los vientos en polen sutilísimo; amor rugen los mares y amor extremece á los cielos cuando á la tierra bañan con su lluvia fecundante..... ¿A qué aprisionar entre leyes absurdas y artificiales, lo que es esencia, lo que es vida, lo que está fuera de la prosaica acción de los contratos? "¡Ah! Por qué harán un crimen de lo que es inevitable y una virtud — contra la cual todo se subleva — de lo que es ley natural ineludible, eterna é inmutable.....!"

Y echó á llorar.....

Pero de repente, fatigada de estos pensamientos cual si hubiera abierto con la piqueta profundo surco sobre dura piedra, buscó el alivio y el descanso; y por un movimiento irresistible, volvió sus ojos hacia la imagen de la virgen de Dolores, como si en ella encontrara el alivio del peso enorme que sentía ó cual si la pidiera alientos para reducir aquella lógica salvaje que allá en lo más íntimo de su alma la parecía de oropel..... ¡Cómo la anonadó la mirada severa de la sublime santa! Vió aquel rostro impregnado de tristeza infi-

nita, las lágrimas rulando por las mejillas de la imagen, entreabierta la divina boca cual si de ella se axhalara el más hondo de los suspiros; vió aquel rostro pálido, transfigurado por el más intenso de los dolores y se imaginó que la inmaculada rogaba por ella al Dios de las misericordias.

¡ Ah sí; la virgen rogaba por ella para que el Altísimo se moviera á compasión! Pero la reina celestial también había amado; y éso era lo que ella quería: amar, amar eternamente á Rafael por más que á otros brazos á rastras la llevaran! ¡ Ah, pero la virgen había amado y sido madre y quedado virgen como la idealización sublime de la pureza. Ella también se sentía virgen porque hasta entonces intactos había guardado los sellos que cierran la entrada al misterioso templo; se sentía virgen porque hasta entonces ningún ósculo viril había empañado el cáliz blanquísimo de la flor..... ¡ ah sí: sentía virgen su cuerpo; pero palpaba la horrorosa prostitución de su alma ardiente en lascivia y la pesaba la pureza que ella conservara apesar de tantas acechanzas, para entregarla íntegra al único que debió haber sido su dueño: á Rafael de su corazón! Para éste había querido guardar los tesoros inagotables de su ternura, los refinamientos de su amor volcánico, los ardores y las explosiones de toda su juventud; y hé aquí que Rafael huía como un cobarde; se apartaba de ella derrotado, sin fuerzas para la lucha, sin energías para la conquista, idiotizado por el aguardiente, inútil para el amor como un eunuco! Y hé aquí que aquel en quien ella había puesto todos sus pensamientos, aquel por cuyo amor alentaba y había hasta entonces resistido á otros embates, volvía las es-

paldas tambaleándose de borracho y la dejaba inerme, que la condujeran hacia otros brazos que ella veía apetitosos cuando se los imaginaba pertenecientes á Rafael. ¡ Solo él tenía la culpa de todo ! Sentía que le despreciaba, que le aborrecía, que le odiaba con toda su alma !

Y la virgen seguía rogando por ella..... las lágrimas rulando por las mejillas de la imagen, entreabierta la divina boca cual si exhalara el más hondo de los suspiros.....

Cruzó á seguida por su imaginación, como un relámpago, la grotesca silueta de Rafael, de ella riendo á carcajadas con su cara de borracho y señalándola con un dedo..... Luego sintió sobre su frente el vientecillo helado, el suave roce de cofia rígida y blanquísima de anchas alas, ajustada á una cabeza de ángel que hacia ella se inclinaba con dulzura : "¿ qué quieres, hijita.....? Ten paciencia, hija mía ; toma tu medicina, pon tus dolores en Dios.....!" ¡ Ah, la hermana de la caridad que la llevaba palabras de consuelo al lecho de hospital en donde un cirujano sin compasión cauterizara las malignas úlceras que su cuerpo, el hermoso cuerpo suyo devoraban..... Entonces creyó que sus miembros desfallecían, sintió miedo, miedo pánico de morir podrida en el hospital, como acabara la pobre huerfanita en casa recogida y rompió á llorar á gritos, temblando de terror : "¡ no quiero ir, no quiero ir allí !"

Y con rápido movimiento, desgarró el peinado que la hacían y los adornos con que la ataviaban, plantose en media estancia y con la voz entrecortada por los zollozos y viendo á la madre cual si quisiera aplas-

tarla con el brillo de su mirada, la gritó: "¡Madre, no sea usted infame! No quiero ir allí. ¿Oye usted? ¡No quiero ir allí y no iré!"

La madre se la quedó viendo de hito en hito y de la cabeza abajo, hecha una furia: "¡Oiga usted á la melindrosa! ¡Eso se saca una de sacrificarse por los hijos: que á lo mejor le digan infame! ¡No sino cría cuervos para que te saquen los ojos! ¿Pues no está graciosa la niña Melindres? ¡En marcha ó te hago caminar á palos!" Y blandía sobre la cabeza de la niña, la tranca con que la puerta aseguraban.....

***

La lluvia que su rostro azotaba en la fangosa calle, una lluvia fría y tenaz que hasta la médula de los huesos calaba, apaciguó poco á poco el fuego en que ardía el cerebro de la niña. Cosida á su madre y tiritando de frío y de miedo, atravesaba las solitarias calles viendo con azorados ojos las linternas de uno que otro coche que la espesa obscuridad hendía. Aquellas luces que á lo lejos volaban como exhalaciones fugaces y temblorosas en medio de la sombra, ya rasando el nivel del piso, que dijérase se hundían entre el charco, ya elevándose como pesarosas de haberse salpicado, por instantes extinguiéndose para reaparecer más lejos siempre envueltas en su pequeña esfera de neblina cenicienta, cautivaron su infantil imaginación y la llevaban al alma dulce sensación de tristeza y de esperanza..... De pronto se imaginó que aquellas luces eran almas fugitivas en pena que iban camino de peregrinación, dando traspieses, salpicándose de lodo,

dejando despojos de su brillo y girones de su pureza, estrellándose en buscas de efímera dicha que más se aleja cuanto más cerca se cree tenerla..... "Esa luz que allí va, es mi alma"—pensó al contemplar á una que parecía rebotar sobre el mal empedrado de la calle y curvas sinuosas describir..... "¿Por qué irá de uno para otro lado? ¡Quiere salir de las tinieblas que la asfixian! Vano empeño: el lodo la atrae para bañarla.....!" Y la luz de la linterna que subía y bajaba siguiendo todos los desniveles de la calle, se extinguió de repente en una hondonada cubierta de cieno para no aparecer más.....

IV

....."¡ Allí es; allí está el farol azul!"—exclamó la madre. Un farol, un gran farol azul mugriento y quejumbroso, despedía siniestra claridad desde el dintel de una puerta lastimada y llena de remiendos, huellas elocuentes de las batallas libradas contra ella por los borrachos y trasnochadores de las tres de la mañana. Aquella luz de petróleo, humeante y hedionda, encerrada entre cuatro vidrios azules chorreados de agua y de polvo, parecía triste de su misión de señalar el macadero..... A María se la antojó luz errante de campo santo..... De la blanquecina atmósfera que al farol rodeaba, vió desgarrarse la silueta de Mefisto (que ella conocía por haberle visto en anuncios de botica) bañada por la azulina luz, atrayéndola de manera irresistible, tarareándola canciones embriagadoras, hipnotizándola..... y tuvo miedo. Quiso disputarse; pero el Mefistófeles encarnado en la madre la impelió suavemente; la dijo que dentro estaban los collares y las perlas; musitó á su oído no sé qué palabras de mágicos efectos: "¡en casa no hay más que tortillas y *frijol.....!*" Sintió de nuevo la misteriosa influencia de la virgen de Dolores; pero no fué más que un instante porque levantando los hombros en rápido movimiento cual si escurriera por ellos la última de las vacilaciones, penetró valientemente, tranquilo el rostro y en los labios la sonrisa, al palacio de las maravillas cuyas era aquel.....

Apenas los pies hubo puesto en los umbrales de espléndido salón decorado como los del teatro (los que ella viera hacía muchos años desde las alturas del *gallinero)* cuando prolongado aplauso aturdió sus oídos. De pronto, quedó abstraída, alelada y suspensa de cuanto á sus atónitos ojos se ofreció. Creíase á un palacio de hadas trasportada por el mágico poder de fantástico genio. Por todas partes arañas y candelabros erizados de luces de color de rosa; columnas espléndidas de mármol..... pintadas en la pared; estatuas blanquísimas de yeso; cuadros murales inmensos representando á Venus en todas sus más ricas posiciones: naciendo de la onda amarga en medio de un coro de sátiros, mirándose con pasión á un espejo oval, y en algún otro, bailando grotescamente el cancán, el busto hacia atrás echado, y elevada una pierna en lascivo movimiento para mejor exhibir la belleza del redondeado muslo..... Sobre todo, quedó abismada breves instantes contemplando un cuadro colosal pintado en la pared testera del salón: era una linda mujer dulce y perezosamente reclinada sobre su brazo izquierdo, la undosa cabellera desparramándose en cascadas sobre los protuberantes muslos, la mano derecha oprimiendo suavemente la mórbida cadera, los lascivos ojos naciendo al tibio resplandor de un rayo de sol rojo como la grana que intrincado follaje atravesaba para ir á quebrarse en el líquido cristal de un riachuelo. A los bordes de éste, formados por riscos y por conchas de extrañas formas, un sátiro corpulento que desnudo y de panza, soplaba un corno de concha de molusco hecho, mientras sus ojos famélicos de lujuria abismaba en el nervudo vientre de la ninfa..... Aquello

era quizás "el despertar de la aurora" pintado á brocha gorda; pero á ella la pareció de magnífica indecencia.

Media docena de mujeres que reían con risa loca y aturdida, encarnaciones suntuosas de la orgía, el pelo á raíz de la frente asentado á fuerza de infecto "aceite de goma," pintajarreadas con colorete para mejor encubrir la cetrina color ó las repugnantes arrugas, descotadas casi de medio cuerpo arriba, hediondas á olor indefinible, que no era sino la mezcla de todos los hedores y de todos los perfumes, el *ilang-ilang* en repugnante connubio con las emanaciones de la carne magullada, se apiñaron al rededor de la niña en algarabía carnavalesca. Y tras ellas formando apretado nudo, agrupáronse los hombres medio borrachos..... Perdida entre aquella batahola, la niña dejaba hacer aturdida por la inmensa grita, deslumbrada por el brillo de tanta luz, extraviada y suspensa entre el diluvio de blancas flores que por todas partes la llovían como un nublado, bello saludo á la virginidad marchita, pronto destinada al sacrificio en aras de Astarté feroz.

¡Cómo la veían los lechuguinos! Les bailaban los ojos pletóricos de lujuria al contemplarla fresca y lozana como rosa á medio abrir; sonreían y se saboreaban con fruición y había uno, color de aceituna, de irreprochable levita traslapada, de espejuelos ahumados y aire petulante, empeñado en pasar su mano ridículamente enguantada, por la barbilla deliciosa de la niña.

—"Egte eg un *bocato di cardinali*" —decía comiéndose las eses desastrosamente mientras se contorcía cual mono devorado por la lujuria. "Eg un gran

bocato, un gran *bocato*" — repetía entre los hipos del champagne.

— "*Io volette egte bocato*" — gritaba más recio para que todos le oyeran. Mirándola por encima de sus espejuelos por donde sus ojos parecían saltar: "*lo volette io*," y mostraba dos hileras de dientes mal acomodados cuya blancura hacía resaltar el relumbroso negror de su simiesco rostro.....Era el "maegtro" de moral del colegio de La Instrucción!

Los desordenados acordes de un pianucho cuyas entrañas chillaban á la somanta de un lechugino, sofocaron el murmullo de las risas y de los gritos. Entonces una princesa de alquimia, pálida, de ojos hundidos y brillantes dentro de círculos amoratados, dos grandes ojos que parecían vociferar el hastío de haber visto muchas y lindas cosas, pintajarreados de bermellón los labios, desnudos los hombros y el pecho en que la luz se quebraba caprichosamente para formar irisados revoloteos sobre la superficie de blanca pasta, se adelantó conduciendo una bandeja con copas de champagne. Todos bebieron por el próximo beso que el mundo daría á aquella virgen de arrabal, flor destinada á deshojarse á la furiosa arremetida del más afortunado..... ¿En dónde estaba? ¡Ah, luego eran mentiras todas las promesas! ¡Luego eran ilusiones todas las brillantes imágenes con que su madre atiborró su inteligencia! Luego eran realmente sueños sus sueños de grandeza! ¡Ah, lo comprendía todo perfectamente: la imponían el amor sin amor; la vendían como se vende un trozo de magnesia para calmar ardores; la arrojaban como mueble precioso para satisfacer lujurias torpes sin hacer caso de los gritos de su

corazón, sin escuchar las voces de su alma, sin parar mientes en la historia de cinco años de lucha feroz por conservarse pura para Rafael. ¡ Hasta el camino de la redención la cegaban ! Entonces maldijo la hora en que la engendraron mujer y renegó de la hora en que nació humana. ¡ Los animales eran más felices que ella pues que se unían con quien querían ! Y de un sólo trago, bebió el espumoso líquido..... Pasó por su garganta como chorro de fuego para ir á quemar sus entrañas ; y aquel licor, por sus arterias esparcido pronto, comunicó á sus carnes ardores nuevos y nuevas energías. Temblaban los sensuales labios ; brillábanla los ojos con lascivo resplandor ; la nariz ensanchaba las delicadas fontanelas como para mejor aspirar los olores incitantes ; se desbordaban los exhuberantes pechos en furiosos movimientos por encima del escote de su camisa de criada ; lujuria corría por sus venas en impetuoso torrente y lujuria vomitaban sus poros en cráteres hirvientes convertidos. Ahora sí que se sentía capaz de todas las voluptuosidades !

Y mientras la ataviaban con muselina blanca y vaporosa y la ponían zarcillos de brillantes californianos, collares de perlas falsas, guirnaldas de jazmines y de nardos entrelazados con cintajos de azache, nuevas oleadas de deseo la invadieron cual si de sus nervios se hubiese apoderado extraño fluido afrodisiaco. Tuvo ansias de beber más y bebió otra copa. Lleváronla enseguida á una especie de trono para ella preparado en mitad del salón ; y allí dejose caer medio desfallecida, viendo girar al rededor de su cabeza, las arañas con sus explosiones de luz, los farolitos chinescos balancéandose dentro de arcos de hoja de pacaya,

los cuadros murales, las estatuas y las columnas gigantescas, el piano con quien le martirizaba y al grupo de gomosos danzando por el aire al son de *Xelajuj*, cuyas notas se la ensartaban en los sesos y allí quedaban bullendo con vagas ideas y sombrías de hospital y de una mujer carcomida por las úlceras..... Desde su trono, centro de aquel aquelarre, veía muy bien el salón alargadísimo, fantástica galería interminable formada por arcos enormes, maravillosamente escalonados y reberverantes de luz. Cada columna era un sátiro encorvado bajo el peso de la bóveda, sátiros de mármol, robusta la musculatura, las fauces abiertas y la mirada fascinadora y fosforescente. Creyó que soñaba y quiso concentrar todas las facultades de su cerebro para destruir la ilusión que la atormentaba y los oídos se cubrió para no oír y cerró los ojos para no ver. Pero en vano por que las notas de *Xelajuj* á coro con las risas y los gritos y el retintín de las copas seguía envolviéndola y seguía viéndose presa entre una corona de ojos inflamados de lujuria que atisbaban el temblor convulsivo de sus miembros y el vaivén desordenado de sus pechos. ¡ Sobre todo, la figurilla de su maestro de moral ! ¡ Oh, le veía muy bien saltar grotescamente con la copa en la mano y al aire las faldas de la levita. Y el maldito brincaba realmente como mono sabio, enarcadas las cejas, de fuera los dientes, sumida y maltrecha la chistera. Sólo que la niña le veía sátiro negro volando por encima de su cabeza, con chistera y con levita, al natural lo demás: "*ío lo volette!*" Y el piano seguía chillando *Xelajuj*.

"¡ Cómo sueña una con ese aguardiente ! " Y se tocaba las alas, un par de alas de Cupido fabricadas

con cartón y tarlatana blanca que sobre sus hombros de industria la pusieron para mejor simbolizar su pureza angelical.....

—"¡ Diez pesos número ! Diez pesos número ! ¿ Quién no se lleva un tesoro por diez pesos ? Vamos, á probar fortuna ; se rifa esa lindísima joya : ¿ quién la quiere por diez pesos ?" Y una vieja desdentada y rechoncha y negra con cara de *maitraise* hotentota, agitaba en un sombrero los codiciados números que dentro se revolvían en desordenada confusión.

Sólo uno había allí—joven de brillante mirada, alta la cabeza, soberbia la frente—que no tomaba participación en el aquelarre infame. Desde un ángulo de la sala y bajo una arcada de hoja verde, lo observaba todo con sonrisa de lástima vagando por sus labios. Cuando la lotería principió á jugarse, volvió las espaldas y desgarrose de aquella chusma. Y andando, andando por los vericuetos de la casa, acertó á encontrarse frente á una habitación abierta en donde yacía profundamente dormida, una mujer que á lo sumo frisaría con los treinta años y cuyo rostro picaresco y fino, olía á origen parisiense. ¿ Por qué serie de sucesos aquella mujer que parecía artista del amor y acostumbrada á cierta clase de cultos refinamientos, había rodado hasta el infecto tugurio de "El farol azul ?" "¡ Cómo duerme esa mujer borracha !." Y la prostituta dormía con sueño de mármol, la blonda cabellera lloviendo sobre los desnudos senos, los brazos recogidos bajo su cabeza y la boca entreabierta respirando difícilmente con la respiración fatigosa del borracho. Un foco de luz eléctrica daba de lleno sobre su rostro pálido y ojeroso, lindo rostro de meretriz borra-

cha. ¿Su cuarto? Una cama de roble adornada en la cabecera con un par de ángeles desnudos toscamente esculpidos en la madera; un tocador sobre cuya marmórea plancha, hormigueaban en deliciosa confusión toda clase de aguas—agua de Colonia, agua de Florida de Lanmann y Kemp (falsificada) leche *antefélica*—mezcladas con diversidad de frasquillos *mignon* de perfumes á medio consumir; cajitas de china coquetas y graciosas llenas de polvos de arroz. Luego, retratos de mujeres hermosas, de labios remangados y sensuales y desnudas de medio vientre arriba. Estaban también retratos de toreros vestidos con sus lujosos trajes, terciada la capa y soberbia la cabeza; láminas de bailarinas de vaporosas enaguas y en posturas imposibles; y por último, en preferente lugar colocada, una preciosa miniatura, retrato de un gallardo joven vestido con uniforme de oficial de húsares..... quizá el causante de toda aquella vida, talvez el primero que aspiró los perfumes de aquella flor! Parecía fuera de lugar aquella miniatura, envuelta entre cargada atmósfera de voluptuosidad y de lujuria y presidiendo aquella chusma de toreros y de bailarinas. ¿Revelaba algún drama íntimo? Un amor apasionado que termina en retirada vergonzosa; un amor inmenso y furioso que concluye en ruptura definitiva; amor único y avasallador por el cual todo fue sacrificado y cuya explosión determinara toda una existencia azarosa de besos pagados, de abrazos y de sonrisas á tanto cada una, de borracheras y de noches de amor falsificado á tres francos una.....? ¡Sólo ella lo sabía!

Y seguía durmiendo. A veces exhalaba largo y entrecortado suspiro. ¿Soñaba? Talvez cruzaban

por su memoria rodeadas de brumas, las escenas de aquel instante fatal y supremo en que atormentada de su carne é inflamada su sangre por los besos ardientes del galán que eterna dicha la prometiera, se entregó, tal cual era — pura, virginal, hirviente la sangre y de placer sedienta — á la brutal arremetida del capitán de húsares, soberbio de formas y de músculos robusto. Soñaba quizás los instantes de supremá dicha — jamás vueltos á sentir — de aquel abrazo salvaje, de aquel beso bestial, esencia de vida, eterno beso que desató para siempre los nudos misteriosos del placer. Gozaba tal vez de nuevo la sacudida enorme que los miembros suyos sufrieron aquella noche inmortal en que temblando de amor y de placer furiosa, rodó con *él*, confundidos los alientos y compenetradas las existencias y amasadas en una las carnes frescas y palpitantes.....

"¡ Cómo duerme esa mujer borracha ! " Y de puntillas, el joven acercose, depositó dentro de la media de hilo de Escocia que la torneada pierna la ceñía, un billete de veinticinco pesos y á paso lento se alejó para que ella no se diese cuenta..... Entre el murmullo de carcajadas, de baladros y de gritos que del salón subía, percibíanse sordas y burlonas las notas de *Xelajuj*.....

— "¡ Diez pesos número ! ¡ Probar fortuna muchachos ! "

Un hombrecillo de menguada estatura, acicalado y bien oliente, ojillos maliciosos, mejillas arrugadas y labios gruesos; enjuto cual si le hubieran tallado en carne momia, cabellos y bigotes bastos cuya blancura no bastaba á disimular la tintura de Valenti, se acercó sonriendo. Habíase propuesto de hacerse dueño de la joya, magüer le costase un ojo de la cara y compró

diez números de una vez. Y mientras pagaba con grasientos billetes que uno á uno extraía de la enorme cartera, sus ojos brillaban sulfurosamente y despedían relámpagos de lujuria.

—"¡ Ge la lleva don Matías ! " — murmuró el *maegtro* con su eterno sonsonete y el eterno tragar de las eses. Don Matías sonreía socarronamente mientras acariciaba su cabeza calva, puntiaguda y relumbrosa.

Y comenzó la lotería. Agrupados todos al rededor del sombrero, de donde brotaban los números uno á uno, se cruzaron apuestas y se ajustaron ventas. Se acercaba el momento supremo y entonces las agitaciones, los gritos y los murmullos, resonaron como tempestad dentro de las bóvedas de artificio del salón. Quedaban tres números, uno de ellos, el 13, de don Matías.

"¡ Veinticinco pesos por el número 13 ! " — gritaba desaforadamente un joven rozagante, lleno de vida y exhuberante de fuerza. Don Matías seguía sonriendo...

"¡ Cincuenta pesos por el número 13 ! " — El viejecillo le vió entonces de alto abajo, encogiéndose de hombros y con su eterna sonrisa contrayendo sus cárdenos y delgados labios. Por su parte, el joven le miró burlonamente cual si comparara aquella miseria enflaquecida, aquellas arrugas que el rostro le surcaban, aquellas piernas flacuchas y quebradizas, con la cara suya mofletuda y fresca y con sus piernas robustas y ricas de músculos que parecían querer romper la tela que les aprisionaba.

Por último, los números salieron..... sólo el 13 quedó bailando y saltando dentro del sombrero. Don Matías siguió sonriendo..... paseó una mirada de

triunfo sobre la concurrencia que le veía estupefacta, siguiéndole con envidiosos ojos; y entre los acordes de *Xelajuj* — que sonaban entonces más furiosos que nunca — se dirigió á María con aire de señor y dueño. Incapaz la niña para hacer, perdida su mente en un dédalo de fantasías, descendió del trono y dejose conducir como un autómata. Durante un instante — cuando iba del brazo de su dueño — vio como esfumada dentro de nube tenuemente opalina, á la virgen de Dolores que la miraba, melancólicos los ojos, hermosas lágrimas perladas resbalando por las mejillas, pronunciado el pliegue vertical de la frente. La vio hacerla señales de ocurrir á ella á valerse y á refugiarse bajo su manto que ella veía azul, muy azul; y abrirla los brazos para en ellos precipitarse y confundirse con la reina celestial..... Pero aquello no fue más que un instante, una visión divina que al desvanecerse, dejola abandonada en destartelada estancia y á merced de sátiro brutal.....

¿Después?..... Ruido de muebles que ruedan, algo como rumor de lucha y por último el murmullo sofocado de un beso frío como la muerte.....

Xelajuj seguía sonando.....

FIN